



SEGUNDO CURSO EN SANTA CLARA

Erud Blyto

Lectulandia

El segundo curso comienza en Santa Clara con algunas novedades que no todas aceptan de buena gana: dos nuevas compañeras y el nombramiento de dos jefas de clase poco populares. Mientras que las nuevas descubrirán que la amistad les ayuda a resolver sus problemas, las jefas de clase acabarán revelando lo mejor de una y lo peor de la otra.

Lectulandia

Enid Blyton

Segundo curso en Santa Clara

Santa Clara 4

ePub r1.0

Ishamael 02.07.13

Título original: *The second form at St. Clare's*

Enid Blyton, 1944

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: José María Bea

Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

OTRA VEZ AL COLEGIO

La última semana de las vacaciones de verano pasó volando velozmente, y las mellizas, Pat e Isabel O'Sullivan, se dedicaron esos días a comprar vestidos, a probárselos, a buscar sus botas y sticks de *lacrosse*^[1], y a tratar de encontrar toda clase de cosas que aparentemente habían desaparecido.

—¿Dónde está mi bolsa de labor? —dijo Pat, mientras volcaba un cajón repleto de cosas—. Sé que la traje a casa a final del trimestre.

—Sólo consigo encontrar una de mis botas de *lacrosse* —se lamentó Isabel—. Mamá, ¿has visto la otra?

—Sí, ayer la trajeron del zapatero —replicó la señora O'Sullivan—. ¿Dónde la puse?

—Preparar el equipaje para ir al colegio es siempre mucho más complicado que cuando volvemos de allí —comentó Pat—. Isabel, ¿verdad que será divertido estar en segundo grado este trimestre?

—¿A quién tendréis de profesora? —les preguntó se madre que en aquel momento sacaba, para colocarlas bien, la mitad de las cosas que Pat había metido en el baúl.

—A la señorita Jenks —respondió Pat—. En cierto modo, sentiré dejar a la señorita Roberts y el primer grado. Nos divertimos mucho allí.

—Apuesto a que también nos divertiremos en la clase de la señorita Jenks —dijo Isabel—. No creo que sea tan exigente como la señorita Roberts.

—¡No te hagas ilusiones! —comentó Isabel, mientras trataba de introducir una lata de caramelos en una esquina del baúl—. Tal vez no tenga la lengua sarcástica de la señorita Roberts, ¡pero es muy suya! ¿No te acuerdas de cómo manejó a Tessie cuando ésta quiso tomarle el pelo fingiendo un ataque de estornudos?

—Sí, la envió a que el ama le diera una buena dosis de aquella horrible medicina que se suponía iba a curarle el resfriado —dijo Pat—. De todas formas, apuesto a que podremos hacer muchas cosas en la clase de la señorita Jenks.

—Espero que trabajéis mucho —dijo la señora O'Sullivan, al colocar la bandeja superior del baúl de Isabel—. Quedé muy contenta de vuestras notas del último trimestre. No me las vayáis a traer malas la primera vez que cambiáis de grado...

—Por supuesto que trabajaremos, mamá —dijo Pat—. Te aseguro que las profesoras de Santa Clara no son nada indulgentes en lo que al trabajo se refiere. ¡Nos hacen estudiar de firme! *Mademoiselle* es la peor. ¡La verdad es que parece creer que debemos hablar el francés mejor que el inglés!

—Entonces no me extraña que vuestro acento francés haya mejorado tanto —dijo la señora O'Sullivan con una carcajada—. Ahora, Pat, déjame ver si puedo cerrar tu baúl. Será mejor que te sientes encima mientras yo trato de ajustar las cerraduras.

El baúl se resistía y la señora O'Sullivan volvió a abrirlo para mirar en su interior.

—No puedes llevarte todos estos libros —dijo con firmeza.

—Mamá, tengo que llevármelos —dijo Pat—. Igual que esos juegos. Nos encanta montar puzzles en los trimestres de invierno.

—Bueno, Pat, todo lo que puedo decirte es que será mejor que te lleves libros, juegos, caramelos, galletas y labores, y dejes tus vestidos —dijo la madre de las mellizas—. Vamos, sé razonable: saca tres libros y podremos cerrar el baúl.

Pat sacó tres libros y, cuando la señora O'Sullivan no miraba, se apresuró a meterlos en el baúl de Isabel. Ahora el suyo se cerró con facilidad y pudieron echar la llave. Luego la señora O'Sullivan fue a cerrar el de Isabel.

—Éste tampoco se cierra —le dijo—. ¡Cielos, la de cosas que las niñas lleváis al internado hoy día! Cuando yo...

—¡Cuándo tú eras una niña, sólo llevabas una maletita con todo! —exclamaron a coro las mellizas, que habían oído este comentario otras veces—. Mamá, ¿quieres que nos sentemos las dos encima del baúl de Isabel?

La señora O'Sullivan levantó la tapa del baúl con decisión y extrajo tres libros de la bandeja superior, que miró con sorpresa.

—¡Me parece que ya los había visto antes! —dijo, y las mellizas rieron con disimulo.

Se sentaron juntas sobre el baúl, que se cerró con un crujido.

—Y ahora, preparad las bolsas de mano con vuestras cosas de noche —dijo la señora O'Sullivan, mientras repasaba la lista del colegio para asegurarse de que no había olvidado nada—. Eso no os llevará mucho tiempo.

Camisones, cepillos de dientes, toallas y esponjas fueron introducidos en las bolsas de mano. Y las mellizas pronto estuvieron dispuestas a partir con sus uniformes grises de invierno, con blusas azules y corbatas rojas. Se pusieron los abrigos y sombreros grises con la cinta del colegio, y se contemplaron mutuamente.

—Dos niñas buenas de Santa Clara —dijo Pat con aire serio.

—No tan buenas —exclamó su madre con una sonrisa—. Vamos, el coche está en la puerta dispuesto a llevaros a la estación. ¿Lo tenéis todo? Podéis escribirme si necesitáis algo más.

—¡Oh, seguro que necesitaremos un montón de cosas! —dijo Pat—. Eres un encanto, siempre nos estás enviando cosas. Es divertido volver a Santa Clara. Estoy contentísima de que nos hayas enviado allí, mamá.

—¡Y al principio no queríais ir! —replicó la señora O'Sullivan, que recordó el alboroto que habían armado las mellizas porque ellas deseaban ir a otro colegio

mucho más caro.

—Sí, y nos propusimos portarnos tan mal, que no nos quisieran en el colegio —dijo Pat—. Y vaya si nos portamos mal, pero no pudimos hacerlo mucho tiempo. El Santa Clara fue demasiado para nosotras, ¡y al final tuvimos que portarnos bien!

—Vamos —dijo Isabel—. ¡Perderemos el tren! Estoy deseando encontrarme con todas las niñas en Londres y verlas de nuevo. ¿Tú no, Pat? Me gusta mucho el viaje hasta Santa Clara.

Por fin se fueron. Tuvieron que viajar hasta Londres e ir a la estación de donde salía el tren para Santa Clara. Éste estaba reservado en su totalidad a las niñas del colegio, ya que era una institución muy importante.

En el andén había un ruido terrible y se veían docenas de niñas que aguardaban el tren. Sus madres estaban allí para decirles adiós, y las profesoras iban de un lado para otro, tratando de reunir a las chicas. Los mozos de equipajes procedían a meter las maletas en el vagón y todo el mundo estaba excitado.

—¡Bobby! ¡Oh, allí está Bobby! —gritó Pat, en cuanto llegaron al concurrido andén—. Y también Janet. ¡Eh, Bobby! ¡Eh, Janet!

—¡Hola, mellizas! —exclamó Bobby, y sus ojos alegres centellearon al sonreír.

—Cuánto me alegro de volver a ver tu nariz respingona —dijo Pat, al deslizar su brazo por el de Bobby—. ¡Hola, Janet! ¿Has aprendido más trucos de tu hermano?

—Espera y verás —sonrió Janet.

Una profesora se acercaba en aquel momento y oyó el comentario.

—Esto... ¿he oído decir «trucos», Janet? —preguntó—. Bueno, recuerda que este trimestre estás en mi clase y hay castigos terribles para las que hacen trucos como los tuyos.

—Sí, señorita Jenks —sonrió Janet. Lo recordaré. ¿Están todas las demás aquí ya?

—Todas menos Doris —replicó la señorita Jenks—. Ah, allí está. Ahora tenemos ya que subir al tren. El maquinista está bastante enojado, y lo comprendo.

—¡Carlota! ¡Sube a nuestro vagón! —gritó Bobby, al ver a una muchacha de ojos y cabellos oscuros que corría por el andén—. ¿Qué tal las vacaciones? ¿Has vuelto al circo?

Carlota era motivo de gran atracción y admiración para todas las niñas, porque antes estuvo viviendo en un circo y su habilidad y maestría para montar a caballo eran maravillosas. Ahora tenía que permanecer en Santa Clara y aprender muchas cosas de las que ni siquiera había oído hablar.

El primer grado le resultó muy difícil, pero al finalizar había hecho gran amistad con todas las compañeras de su clase y las profesoras estaban satisfechas de ella. Carlota corrió hacia las mellizas y Bobby, con su rostro expresivo rebosante de satisfacción.

—¡Hola! —les dijo—. Subiré a vuestro compartimiento. Oh, mirad: ahí va vuestra prima Alison. Parece muy triste.

—Y me siento triste —dijo Alison O'Sullivan, al acercarse con aire apesadumbrado—. Echaré muchísimo de menos este trimestre a mi amiga Sadie.

Sadie era una muchacha americana sin otras ideas en la cabeza que la ropa y el cine. Ejerció muy mala influencia sobre Alison, pero como aquel trimestre no iba a volver, era de esperar que la locuela de Alison se recuperara un tanto y procurase mejorar. Era una niña muy linda a la que no le costaba nada llorar. Sus primas la saludaron con cariño.

—¡Hola, Alison! No te preocupes por Sadie. Pronto tendrás otras amigas.

Subieron todas al tren. Doris llegó jadeando. Hilary Wentworth, que había sido la delegada en el primer grado, se sentó en una esquina. Se preguntaba si también sería la delegada del segundo. Era una niña responsable, estudiosa y formal, a quien le gustaba ser la primera en todo.

—Hola a todas —dijo—. Me alegro de volver a veros. Bueno, Carlota... supongo que habrás estado actuando en la pista. ¡Qué suerte tienes! ¡Trabajar en un circo!

—Ya sabes que ahora no pertenezco al circo —replicó Carlota—. Fui a pasar las vacaciones con mi padre y mi abuela. Mi padre me quiere muchísimo, pero mi abuela encuentra muchos defectos a mis modales. ¡Dice que este trimestre debo prestar más atención a eso, incluso más que a las lecciones! ¡Tenéis que ayudarme entre todas!

—¡Oh, no! —dijo Pat con una carcajada—. No queremos que cambies, mi querida Carlota... tan temperamental, sincera y natural. Nos divertimos contigo más que con nadie. ¡No queremos que cambies ni una pizca! Lo mismo que no queremos que cambie Bobby. Esperamos que este trimestre traigas trucos maravillosos, Bobby.

—Bien —replicó Bobby—. ¡Pero desde ahora os aseguro que también voy a estudiar!

—Ya se cuidará de eso la señorita Jenks —comentó Hilary—. Recuerda que ya no estamos en el primer grado. ¡Tendremos que trabajar para aprobar los exámenes!

—¡Ya nos vamos! —exclamó Pat, asomándose a la ventanilla—. ¡Adiós, mamá! ¡Te escribiremos el sábado!

El tren fue saliendo lentamente de la estación y las niñas retiraron sus cabezas. En todos los vagones se charlaba y se comentaba las maravillosas vacaciones que habían pasado y qué clase de trimestre sería aquél.

—¿Alguna nueva? —preguntó Isabel—. No he visto ninguna.

—Creo que sólo hay una —dijo Bobby—. Vimos a una pobre niña muy triste algo apartada en el andén. No sé si irá al primer grado o al segundo, aunque espero que no sea al segundo. ¡Parece tan poquita cosa!

—Alison ya se está peinando —dijo Pat—. ¡Alison, guárdate el peine! ¡Niñas, creo que debemos promulgar una ley que no permita que Alison se peine más de

cincuenta veces al día!

Todas se echaron a reír. Era estupendo volver a estar juntas una vez más. ¡El trimestre de invierno iba a ser divertido!

Capítulo 2

EN EL SEGUNDO GRADO

Al principio resultaba extraño estar en el segundo grado en vez de en el primero. Las mellizas se creían importantes y miraban con desdén a las de primero, considerándolas muy jóvenes e insignificantes. Pero las de tercero también miraban con desdén a las de segundo, de manera que poco a poco todas reaccionaron y las cosas retomaron su cauce normal.

—Es divertido asistir a la clase de segundo grado en vez de tener clase con la señorita Roberts —dijo Pat—. Pero me gustaría volver a repetir las bromas del primer grado.

—A mí también —replicó Janet—. Aunque la señorita Roberts pensaría que lo hacíamos a propósito, por lo que sería mejor que tuviéramos cuidado.

—Al fin y al cabo hay otras niñas nuevas en primero —dijo Pat—. La señorita Roberts debió de reunirías dentro del tren y por eso no las vimos. ¡Son unas doce!

—Jamás conoceré todos sus nombres —exclamó Isabel—. De todas maneras, no son más que bebés. ¡Algunas no llegan ni a los catorce años!

—Todas las de primero han pasado de grado —dijo Bobby—. Excepto Pam, que acaba de cumplir los catorce. ¡Apuesto a que será la primera de todo el primer grado!

Pam Boardam era una nueva del trimestre anterior y muy estudiosa. Como Bobby dijo, la hicieron delegada del primer grado y se sentía extremadamente orgullosa de tal honor. Tenía mechas niñas a su cargo y estaba ansiosa por ayudarlas a todas.

Sólo dos niñas se habían quedado en el segundo grado: Elsa Fanshawe y Anna Johnson. A las niñas no les agradó mucho verlas allí, porque nadie las quería. Elsa Fanshawe era rencorosa y Anna Johnson muy perezosa.

—Supongo que una de las dos será la delegada de la clase —dijo Hilary con una mueca—. Bueno, ninguna de las dos me gusta, ¿y a ti, Bobby?

—Las dos se creen muy superiores a nosotras —contestó ésta—, sólo porque ya llevan un año en el segundo grado.

—A mí me daría vergüenza —exclamó Carlota—. No me gusta pasar más de un año en el mismo grado. ¡Pero Anna es tan perezosa que estoy segura de que nunca pasará a tercero!

—Creo que la señorita Jenks no las ha pasado porque espera que se animen un poco al ser delegadas de clase —dijo Pat—. Me parece que las va a dar el cargo conjuntamente. Tendremos que andar con cuidado si Elsa es la delegada. Es muy chismosa.

—Creo que tendremos en nuestra clase a esa «Niña Triste» —dijo Bobby

mientras observaba a la nueva alumna, que estaba sentada con aspecto melancólico no lejos de ellas, mirando al vacío—. Nunca dice nada, pero parece como si en cualquier momento fuera a deshacerse en lágrimas.

La «Niña Triste», como sus compañeras la llamaban, era Gladys Hillman. Las niñas intentaron hacerla hablar, y Bobby ideó cuanto pudo para que riera, pero Gladys no hacía caso a nadie. Paseaba sola, como perdida en sus sueños, y apenas pronunciaba palabra.

—Es mejor que la dejemos sola —dijo Hilary—. Tal vez sienta nostalgia de su casa.

Pocas niñas del Santa Clara añoraban sus hogares cuando llegaban al colegio, porque era todo tan alegre y amable, y había tanto que hacer, que no quedaba tiempo para echar de menos la casa y los padres. El comienzo del curso era siempre divertido: libros nuevos, caras nuevas, pupitres nuevos y algunas veces había que mostrar un nuevo comportamiento.

—Hay una profesora nueva —dijo Bobby excitada—. ¡Va a dar clase de declamación! Mirad: ahí está. ¿Verdad que es muy morena?

Desde luego que la señorita Quentin era morena y extremadamente atractiva. Tenía los ojos negros y penetrantes, y una hermosa voz.

A Alison le pareció maravillosa.

—¡No me extraña! —exclamó Bobby—. Ahora te peinarás como la señorita Quentin, con los cabellos lisos sobre la frente y una onda que cubra las orejas. ¡Siempre tienes que tener a alguien a quien copiar, mi querida Alison! ¿Recuerdas cómo imitabas todo lo que hacía tu querida amiga Sadie durante el último trimestre?

Alison enrojeció. Bobby siempre se metía con ella y, a pesar de eso, no lograba acostumbrarse. Se alejó alzando su bonita cabeza y las otras se rieron a carcajadas. Alison no era tonta, pero tampoco muy inteligente. Como Pat decía muy a menudo: «¡Es una hermosa cabecita llena de pájaros!».

Las chicas de segundo grado se acostumbraron pronto a la señorita Jenks. Al principio les pareció extraño no tener a la señorita Roberts para impartirles clase la mayor parte de la mañana. Echaban de menos sus secos comentarios y sus breves frases de elogio. La señorita Jenks no era tan lista como la señorita Roberts, ni tan fría cuando se enojaba. No soportaba la más ligera grosería y tampoco le inspiraban la menor simpatía los «adornos y abalorios», como ella decía. Ninguna niña se atrevía a arreglar demasiado sus cabellos, ni a llevar otra cosa que una sencilla barrita de oro como broche en su clase.

—¡Alison lo va a pasar mal! —dijo Bobby sonriente una mañana cuando Alison tuvo que salir del aula para quitarse un lazo del pelo y un colgante de su cuello.

—¡Y Carlota también! —exclamó Pat—. A la señorita Jenks no le gustan los adornos y fantasías, pero tampoco el desaliño. Mira tus pelos, Carlota. Por lo general

son bastante rebeldes, pero en este momento parecen en nido de serpientes.

—¿De veras? —dijo Carlota, que jamás se preocupaba por su aspecto—. ¡Bueno, esos temas que tuvimos que resolver eran tan difíciles que me estuve retorciendo el pelo todo el tiempo!

—*Mademoiselle* sigue como siempre —dijo Isabel—. Vieja, apasionada, con sus pies planos, pero de todas maneras me gesta. Siempre nos proporciona alguna buena emoción. Apuesto a que en este trimestre ocurrirá lo mismo que en el pasado. ¿Os acordáis de aquella vez que ella y Carlota casi se pegan?

Sí, el trimestre de verano había sido muy emocionante. Las niñas contemplaron a *Mademoiselle* y recordaron todas las bromas que le habían gastado. La pobre *Mademoiselle* siempre se dejaba engañar. Era terrible si perdía los estribos, pero tenía en gran sentido del humor y, cuando sus ojos de miope centelleaban tras sus lentes, las niñas sentían por ella verdadero aprecio.

—Ah —dijo *Mademoiselle*, mirando a toda la clase—. ¡Ah! Ahora estáis en el segundo grado; os sentís muy importantes, muy responsables y con muchas ganas de estudiar de firme, ¿n'est-ce pas? Las de primero, que son unos bebés, no saben nada, pero en cuanto llegan al segundo grado, ya son mayores y saben mucho. ¡Vuestro francés será per-r-r-fecto! Y Doris... ¡Ah, hasta Doris será capaz de pronunciar correctamente las erres francesas!

Todas rieron. Pobre Doris, siempre era la última en francés, le era imposible pronunciar las erres. Doris sonrió. Era un poco tonta, pero a nadie le importaba. Era una imitadora maravillosa, capaz de hacer reír a toda la clase cuando quería.

—¡R-r-r-r-r! —dijo Carlota inesperadamente al reproducir el sonido de un aeroplano al despegar, y *Mademoiselle* frunció el ceño.

—Ahora estás en el segundo grado, Carlota —le dijo con frialdad—. Aquí no hacemos esas cosas.

—No, *Mademoiselle* —replicó Carlota sumisa—. Claro que no.

—Los trucos y bromas no se consienten más que en el primer grado —les advirtió la profesora—. Mientras sois bebés de primero no se espera gran cosa de vosotras, pero en cuanto pasáis de grado, es distinto. Esperamos que os comportéis con dignidad. Algún día la delegada del colegio puede ser una de vosotras y no es demasiado pronto para prepararos para ese honor.

Winifred James, la muy admirada delegada del colegio, se había marchado, y Belinda Towers, la directora de deportes, había ocupado su lugar. Aquella elección fue bien acogida porque Belinda era popular en todo el colegio y muy querida. Como directora de deportes conocía prácticamente a todas las niñas, lo que habría de serle de gran ayuda en su nuevo cargo.

No era tan amable y tranquila como Winifred, y muchas niñas temían sus desplantes, pero sin duda sería una delegada excelente.

Belinda visitó cada sala común por turno y dirigió el mismo breve discurso a las niñas que se encontraban en ellas.

—Todas sabéis que ahora soy la delegada del colegio y, además, continúo con mi cargo de delegada de deportes. Podéis acudir a mí siempre que estéis en un apuro y os ayudaré en la medida de lo posible. Todas tenéis que esforzaros en lo que se refiere a deportes, porque este invierno quiero que el Santa Clara destaque en el mapa con el *lacrosse*. ¡Tenemos que ganar todos los partidos que juguemos! Contamos con algunas jugadoras muy buenas para ser un equipo colegial, pero quiero que cada grado proporcione jugadoras para formar, además, un segundo y tercer equipos. De manera que ánimo a todas y a entrenarse de firme.

Alison lanzó un gemido cuando Belinda hubo salido de la sala común del segundo grado.

—¿Por qué tenemos que hacer deporte? —dijo—. Sólo conseguimos sudar, cansarnos y ensuciarnos.

—Olvidas que también se consiguen otras cosas —replicó Janet—. Tenemos que aprender a trabajar juntas: cada una para su equipo, para ayudar a las otras, ninguna para ella sola. Esa clase de cosas es especialmente buena para ti, mi querida Alison, que si pudieras, te sentarías en un rincón para mirarte en el espejo todo el día, lo que no haría ningún bien ni a ti ni a nadie.

—¡Oh, cállate! —exclamó Alison—. ¡Siempre te estás metiendo conmigo!

Era divertido estar de vuelta otra vez y oír las charlas ya familiares del colegio, preocuparse por los exámenes, disfrutar de opíparas meriendas, hablar de *lacrosse*, reír con el chiste de alguna compañera y aguardar la clase preferida: pintura tal vez, o música, o declamación... ¡incluso matemáticas!

Al final de la primera semana, hubo una sorpresa para el segundo grado. ¡Apareció otra niña nueva! Llegó a la hora de merendar, con los ojos enrojecidos y los labios apretados, mirando desafiante a todas, mientras tomaba asiento en la mesa del segundo grado.

—Ésta es Mirabel Unwin —dijo la señorita Jenks—. Ha llegado bastante tarde para empezar el curso, pero, no obstante, Mirabel, siempre es mejor tarde que nunca.

—Yo no quería venir de ninguna manera —dijo Mirabel en voz alta—. Intentaron hacerme venir el primer día, pero no quise. Y he venido ahora sólo porque mi padre prometió dejarme marchar a mitad de trimestre si venía ahora. Supongo que debió de pensar que, una vez aquí, me quedaría, pero no lo haré.

—Basta ya, Mirabel —dijo la señorita Jenks, que procedió a consolarla—. Estás cansada y abatida. No digas nada más. Pronto te aclimatarás y te sentirás feliz.

—No —replicó la sorprendente Mirabel—. No me aclimataré ni me sentiré feliz. No pienso intentarlo siquiera, porque ¿de qué me serviría si voy a marcharme a mitad de trimestre?

—Bueno, ya veremos —dijo la señorita Jenks—. Ahora sé razonable y come alguna cosa. Debes de tener apetito.

Las niñas miraron a Mirabel. No estaban acostumbradas a que la gente voceara sus asuntos privados en público. Pensaron que Mirabel era muy chocante, pero muy excitante también.

—Al principio pensé que era otra «*Niña Triste*», pero creo que sólo está mal criada —dijo Pat—. ¡Escuchad: el segundo grado va a ser un lugar emocionante este año!

Capítulo 3

DOS DELEGADAS DE CLASE Y DOS NIÑAS NUEVAS

La señorita Jenks nombró delegadas de clase a las dos más antiguas del segundo grado. Ella y la señorita Theobald, la directora, habían hablado sobre ellas y decidieron que tal vez fuese lo mejor para las dos.

—Elsa es rencorosa y vengativa —dijo la señorita Jenks—. Nunca ha sido popular, aunque le hubiese gustado serlo, por lo que se revuelve contra las demás con mucho rencor y diciendo cosas desagradables. Y Anna es una holgazana, ¡no hace nada si puede evitarlo!

—Bueno, cierta responsabilidad les irá bien a las dos —dijo la señorita Theobald pensativa—. Le dará a Elsa una sensación de importancia, que hará aflorar al exterior lo bueno que haya en ella, y Anna tendrá que moverse si desea conservar su posición. Dejemos que prueben las dos.

—No sé qué tal trabajarán juntas —respondió la señorita Jenks dudosa—. No simpatizan demasiado entre sí.

—Dejemos que prueben —exclamó la señorita Theobald—. Elsa es rápida y tal vez espabile un poco a Anna, y ésta es demasiado perezosa para ser rencorosa, así que tal vez le haga algún bien a Elsa en ese sentido. ¡Pero también yo tengo mis dudas!

Elsa Fanshawe estuvo encantada de ser delegada de clase, aunque, claro, le hubiese gustado mucho más serlo ella sola. No obstante, después de ser despreciada por todo el segundo grado, era un buen cambio ser la delegada de todas.

«Ahora puedo mirarlas desde arriba y ellas tendrán que alzar sus ojos hacia mí —pensó Elsa complacida—. Ahora podré vengarme. Estas tontas de primer grado que acaban de ascender tendrán que obedecerme. Podré conseguir que Anna esté de acuerdo conmigo en todo, ¡la muy holgazana! Haré que se cumplan todas las reglas, e incluso inventaré algunas por mi cuenta si me place, y acusaré a todas las que no las cumplan. ¡Vale la pena no haber pasado al tercer grado para ser la delegada del segundo grado!».

Las otras adivinaron algo de lo que Elsa estaba pensando. Aunque no la habían conocido muy bien mientras estuvieron en el primer grado, habían oído hablar de ella a las otras niñas. Sabían que Elsa procuraría «vengarse».

—Precisamente lo que no debe hacer una delegada —dijo Janet—. Debería tratar de dar buen ejemplo a las demás; si no, ¿de qué sirve serlo? ¡Acordaos de Hilary cuando era delegada del primer grado! Era una compañera estupenda que tomaba parte en todo, pero siempre sabía dónde estaba la línea que podía llegar a

molestarnos.

—Yo no puedo soportar a Elsa —dijo Carlota—. Me gustaría propinarle un bofetón.

—¡Oh, Carlota! ¿Todavía tienes esa costumbre? —exclamó Bobby, fingiendo sorprenderse—. ¡Vaya una alumna de segundo grado! ¿Qué diría Elsa?

Elsa oyó este último comentario.

—¿Qué diría yo a qué? —preguntó mientras se acercaba.

—Oh, nada. Carlota decía sencillamente que le gustaría abofetear a alguien —respondió Bobby con una sonrisa.

—Por favor, Carlota, comprende que ahora estás en el segundo grado —dijo Elsa con voz fría—. ¡Aquí ni siquiera hablamos de pegar a la gente!

—Sí que hablamos —replicó Carlota—. ¿No te gustaría saber a quién me gustaría pegar, querida Elsa?

Elsa captó el tono peligroso de la voz de Carlota y arrugó su nariz.

—No me interesa tu costumbre de pegar —dijo antes de alejarse.

—Venga, cállate, Carlota —le dijo Bobby—. No te pongas agresiva y salvaje otra vez. ¡Ya fuiste bastante mala con Prudence el curso pasado!

—¡Bueno, gracias a Dios que expulsaron a Prudence «Leche Agria»! —exclamó Carlota—. ¡Si llega a volver, yo no me hubiese quedado!

Era la hora en que todo el segundo grado se hallaba en la sala común para jugar, estudiar o charlar. Les encantaba estar así reunidas. La radio sonaba en un extremo de la habitación, y Doris y Bobby bailaban una danza ridícula al ritmo de la música. Gladys Hillman, sentada en un rincón, tenía el aspecto triste de costumbre. Nadie lograba sacar nada de ella. Isabel la miró y, compadeciéndose, se acercó a ella.

—Ven a bailar —le dijo, pero Gladys meneó la cabeza—. ¿Qué te ocurre? ¿Echas de menos tu casa? Pronto se te pasará.

—No te preocupes por mí —respondió Gladys—. Yo no te molesto.

—Sí que me molestas —dijo Isabel—. Y mucho. No puedo soportar verte siempre sentada aquí sola con ese aspecto tan triste. ¿Es que no habías estado nunca interna en un colegio?

—No —fue la respuesta de Gladys, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Isabel se sentía un tanto impaciente. ¿Es que no tenía el menor valor?

—Nada parece divertirme —insistió Isabel—. ¿No hay alguna clase que te agrade en especial... o algún juego... o cualquier otra cosa?

—Me gusta hacer teatro —dijo Gladys inesperadamente—. Y me gusta el *lacrosse*. Eso es todo, pero no me gusta jugar aquí. Aquí no me gusta nada.

No quiso decir nada más. Isabel la dejó por inútil y volvió junto a Pat.

—¡Es inútil! —exclamó—. ¡Es una mezcla de conmisericordia y lágrimas! ¡Si no se anima, se desvanecerá en el aire y ni siquiera nos daremos cuenta de que se ha ido!

Casi prefiero a esa rata Mirabel que a Gladys.

Mirabel había sido motivo de gran trastorno y diversión para el segundo grado. Era grosera hasta el punto de resultar inaguantable y no cesaba de recordarles cada día que no estaría allí más que hasta mitad de trimestre.

—No me lo digas más —suplicó Bobby—. No sabes cuánto me alegro de que te marches a medio trimestre. Es el único punto bueno que veo. Pero te prevengo, no seas demasiado ruda con *Mademoiselle* o saltarán chispas, ni te des demasiados aires delante de nuestra querida delegada, Elsa Fanshawe, o llevarás la peor parte. Elsa es bastante lista, ya sabes, y tú bastante tonta.

—¡No, no lo soy! —replicó Mirabel enojada—. Sólo lo parezco porque no hago ningún esfuerzo, pero deberías oírme tocar el piano y el violín. ¡Entonces verías!

—¡Vaya, si ni siquiera estudias música! —dijo Bobby—. Ni te he visto abrir la boca en la clase de canto. Todas llegamos a la conclusión de que no eres capaz de cantar una nota.

—¿Eso es todo lo que vosotras sabéis? —replicó Mirabel con rudeza—. ¡Cielos, vaya un colegio! Siempre creí que estar interna sería horrible, pero es peor de lo que esperaba. ¡Detesto convivir con una pandilla de niñas mal educadas que os creéis algo, sólo porque lleváis aquí uno o dos años!

—¡Oh, me cansas! —dijo Bobby, que se alejó—. ¡La verdad es que contigo, esa «Niña Triste» que en cuanto la miras o le dices algo suelta el grifo de las lágrimas y la rencorosa Elsa, estamos todas bien apañadas este año!

La señorita Jenks trató a Mirabel con mano dura.

—¡Tal vez no tengas intención de estudiar —le dijo—, pero no vas a impedir que las demás lo hagan! Harás una de estas tres cosas, mi querida Mirabel: quedarte en la clase y trabajar; quedarte en clase sin hacer nada, pero sin pronunciar palabra, o salir de la clase y aguardar fuera hasta que la lección haya terminado.

Al principio, a Mirabel le pareció maravilloso desafiar a la señorita Jenks y marcharse fuera, pero pronto le resultó muy aburrido permanecer tanto tiempo aguardando a que sus compañeras salieran. Además, siempre temía que la directora, la señorita Theobald, pasara por allí. A pesar de que Mirabel declaraba en voz alta que no temía a nadie en el Santa Clara, sí sentía verdadero respeto por la serena directora.

—¿Le dijiste a la señorita Theobald que sólo pensabas estar aquí hasta mitad de trimestre? —le preguntó Pat. Todas las niñas tenían que ir a ver a la directora el día de su llegada.

—¡Claro que se lo dije! —exclamó Mirabel alzando la cabeza—. ¡Le dije que no me importaba nadie, ni siquiera la directora!

Esto no era verdad. Mirabel pretendía decir muchas cosas, pero la señorita Theobald fue la que habló primero. Contempló serenamente a la niña pelirroja,

cuando ésta entró a verla, y le dijo que se sentara. Mirabel abrió la boca para hablar, pero la señorita Theobald le hizo guardar silencio.

—Tengo que terminar esta carta —le dijo—. Luego hablaremos.

Tuvo a Mirabel aguardando por espacio de diez minutos. La niña estudió el rostro tranquilo de la directora y sintió cierta inquietud. Era imposible ser grosera con una persona así. Cuando más aguardaba, más difícil se le hacía decir lo que tenía pensado.

Por fin la señorita Theobald alzó la cabeza.

—Bien, Mirabel —dijo—. Sé que te sientes contrariada, furiosa y desafiante. Tu padre insistió en que vinieras a este colegio porque eres una malcriada e hiciste que vuestra casa resultara insoportable. También querías dominar a tu hermano pequeño y a tu hermanita. Escogió el Santa Clara porque creyó que podríamos hacer algo por ti. No... no me interrumpas. Créeme, sé todo lo que quieres decir, pero no sabes lo que yo tengo que decirte.

Hubo una pausa. La desafiante Mirabel no se atrevió a pronunciar palabra.

—Aquí hemos tenido muchas niñas difíciles —dijo la señorita Theobald—. Y nos enorgullecemos de haber sacado el mejor partido de todas ellas. Verás, Mirabel, las niñas difíciles siempre tienen buenas cualidades escondidas en su interior, cosas que tal vez las más normales no poseen.

—¿Qué cosas? —dijo Mirabel interesada a pesar suyo.

—Pues, algunas veces las niñas difíciles tienen un gran talento para algo, un don para el arte, la danza o el teatro, la música, o también alguna cualidad excepcional, por ejemplo un valor extraordinario. Bueno, no sé si éste es tu caso, o si eres sólo una niña indómita y malcriada, ya veremos. Todo lo que quiero decirte ahora es: date a ti misma una oportunidad y déjame ver durante este medio trimestre si hay en ti algo que valga la pena. Si no lo hubiera, no nos interesa que te quedes. Nos alegrará verte marchar.

Aquello era tan inesperado que Mirabel no supo qué decir. Tuvo intención de responder que nada en el mundo le haría quedarse en Santa Clara más allá de mitad de trimestre, y allí estaba la señorita Theobald diciéndole que no deseaba tenerla allí más tiempo, a menos... a menos... que valiera la pena. ¡Qué valiese algo!

«*¡No me importa si valgo o no!* —pensó Mirabel para sí indignada—. *¿Y cómo se atreve papá a escribir a la señorita Theobald y contarle esas cosas de mí? ¿Por qué no se las guarda para él solo?».*

Mirabel expresó en voz alta sus pensamientos.

—Creo que es horrible que mi padre le haya escrito esas cosas de mí —dijo con voz temblorosa.

—Fueron contadas confidencialmente a una persona que las comprendía —respondió la señorita Theobald—. ¿Acaso tú no has ventilado tus asuntos privados a viva voz esta tarde, Mirabel? No, más bien creo que los has proclamado a todo el

colegio durante la merienda, cuándo llegaste.

Mirabel enrojeció. Sí, había hablado demasiado. Como siempre. No era capaz de dominar su lengua.

—Puedes marcharte —le dijo la señorita Theobald, volviendo a coger su pluma—. Y recuerda: no es el Santa Clara el que está a prueba, ¡sino tú! Espero no tener que decirte adiós y alegrarme de perderte de vista a mitad de trimestre. ¡Pero no me sorprendería que así fuera!

Mirabel salió de la habitación con el rostro enrojecido. Estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya, a dejar que su lengua dijese lo que le viniese en gana y a manejar a sus padres y hermanos a su antojo. Cuando su padre declaró, al fin enojado, que debía marcharse, hubo entre ellos una verdadera batalla campal. Y la niña había imaginado que también podría dominar al Santa Clara, pero no había podido con la señorita Theobald.

«¡No importa, haré danzar a todas las demás! —pensó—. Demostraré a papá y a todos que hago lo que digo. No me echarán de mi casa, si no quiero.»

Y así, Mirabel se dispuso a portarse lo peor posible para fastidiar a las demás, con la intención de dominar en la clase como siempre hizo en su casa. Ella no había imaginado el tratamiento que recibiría más adelante de toda una clase exasperada.

Capítulo 4

MIRABEL ES UN ESTORBO

Al segundo grado no le importaba que Mirabel molestase en las clases que les desagradaban, como la de matemáticas, que aquel año encontraban muy difícil, o incluso en la de *Mademoiselle*, cuando ésta les empezaba a preguntar los verbos irregulares franceses, que odiaban todas las niñas. Pero las contrariaba cuando les estropeaba, o trataba de estropear la clase de inglés, o la de arte.

—Cuando haces comentarios estúpidos, o te derrumbas en tu asiento y consigues que la señorita Jenks no cese de decir: «¡*Siéntate bien!*», echas a perder nuestras lecturas de *La Tempestad* —le dijo Hilary furiosa—. ¡O te portas lo bastante mal como para que te echen fuera inmediatamente o quédate callada!

—Y si te atreves a colocar otra vez encima de alguien el agua de tus acuarelas, con lo que nos haces perder diez minutos de la clase de arte, mientras la señorita Walker nos reprende, te arañaré —dijo Carlota de un tirón, sin respirar—. No nos importaría tanto si hicieras algo verdaderamente divertido, como hicieron Janet o Bobby el curso pasado, pero lo que tú haces no es divertido, sólo idiota, y estropeas la clase.

—Haré lo que quiera —fue la respuesta de Mirabel.

—No lo harás —dijo Elsa enojada—. Yo soy la delegada de este grado... con Anna... y nosotras te avisamos que tendrás que portarte bien o te haremos entrar en razón.

—Ya sabéis la causa —dijo Mirabel impertérrita.

—Por tu manera de comportarte, cualquiera diría que tienes seis años —intervino Bobby con disgusto—. Pues te prevengo: si sigues así, te arrepentirás. Todas nos estamos cansando de ti.

La explosión tuvo lugar durante la clase de declamación que daba la nueva profesora, la señorita Quentin, y realmente era muy interesante. Las niñas debían escribir y representar su propia comedia. La señorita Quentin, la de los ojos negros, ayudó con sus sugerencias y la obra ya casi estaba escrita.

La nueva profesora no sabía imponer disciplina. Confiaba en su atractivo y simpatía, y en el interés de sus lecciones para mantener el orden en sus clases. Alison la adoraba y, como las niñas ya previeron, la copiaba en todo, desde su manera de hablar hasta su peinado.

A la mayor parte de las niñas les gustaba la señorita Quentin, aunque no les inspiraba mucho respeto su modo de tratarlas cuando se portaban mal. En realidad preferían los métodos radicales de la señorita Roberts o la señorita Jenks. Mirabel,

claro está, pronto descubrió que la señorita Quentin no era capaz de mantener el orden.

—Ahora te toca a ti, querida Mirabel —decía la señorita Quentin sonriente, y como Mirabel fingiese no haberla oído, la profesora alzaba la voz ligeramente—. ¡Mirabel! ¡Te toca a ti, querida!

A la clase le disgustaba los «*querida*» y «*encanto*», y otros nombres que les daba la señorita Quentin, excepto a Alison. A ella le entusiasmaban. Todas miraron a Mirabel con impaciencia. Siempre perdía el tiempo de aquella manera cuando todas deseaban continuar.

Mirabel simulaba volver a la tierra con un sobresalto, iba hasta el lugar correspondiente, ayudada por la señorita Quentin, y por fin decía algo, por lo general incorrecto. Cuando se trataba de alguna representación, ella entraba inoportunamente, se equivocaba y, en conjunto, su comportamiento era de lo más desconcertante. La señorita Quentin se veía perdida para manejarla.

—¡Mirabel! Nunca he echado a ninguna niña de mi clase —decía con una voz lastimera que emocionaba el corazón de Alison—. Vamos, haz un esfuerzo y prueba otra vez.

Una mañana, Alison esperaba representar un papel que le encantaba. Lo había ensayado una y otra vez a solas, hasta hacerlo a la perfección, según ella. Deseaba que llegara su turno, para gozar de las azucaradas palabras de elogio que, probablemente, brotarían de los labios de la señorita Quentin.

Quedaban diez minutos de clase, el tiempo justo para que le tocara actuar a Alison. Y entonces a Mirabel le dio por hacer otra vez el tonto, diciendo sus frases mal y haciéndolo todo al revés, de manera que la señorita Quentin tuvo que hacérselo repetir dos o tres veces. La profesora, fiel a su costumbre de ser paciente, empleó casi los diez minutos con Mirabel.

Alison miró el reloj y se mordió los labios. Ahora todos sus ensayos se habrían desperdiciado. ¡Cómo aborrecía a aquella estúpida Mirabel que revolvía todas las clases sólo por molestar!

—Vamos, querida Mirabel —le decía la señorita Quentin con su voz melosa y paciente—, repítela así.

Aquello fue demasiado para Alison, que golpeó el suelo con un pie.

—¡Mirabel! ¡Basta de tonterías! Tu modo de burlarte de la señorita Quentin es odioso y ella es muy paciente. Has acaparado casi todo el tiempo y ahora ya no podré actuar yo.

—¡Pobrecilla Alison! —dijo Mirabel con una mueca—. Con lo mucho que ella deseaba actuar delante de su preciosa señorita Quentin y oírla decir: «¡*Muy bien, querida!*».

Hubo un silencio de muerte. Luego, Alison se deshizo en lágrimas y Carlota le

dio un cachete en la mejilla a Mirabel con toda tranquilidad. La señorita Quentin las miraba horrorizada.

—¡Niñas! ¡Niñas! ¿Qué hacéis? ¡Carlota! Me sorprendes. No tolero este comportamiento. Pide perdón enseguida a Mirabel.

—De ninguna manera —respondió Carlota—. No es mi intención ser grosera con usted, señorita Quentin, pero puede ver por usted misma que Mirabel se lo merecía. Sé que nadie más que yo se hubiese atrevido a hacerlo y hace mucho tiempo que Mirabel se lo tenía ganado.

Sonó el timbre de cambio de clase y la señorita Quentin se sintió aliviada. No tenía la menor idea de cómo resolver situaciones como aquella. Recogió sus libros rápidamente.

—No hay tiempo para hablar más, niñas —les dijo—. Debo ir a mi próxima clase. Carlota, insisto en que debes pedirle disculpas a Mirabel.

Salió de la estancia como una exhalación y Carlota miró a las demás, sonriente.

—¡Bueno! —les dijo—. ¡No os quedéis ahí mirándome como si hubiera hecho algo horrible! Sabéis muy bien que todas deseabais sacudirle un buen tortazo a Mirabel. Estamos más que hartas de ella. Es una lástima que no estemos ya a medio trimestre para verle la espalda por última vez.

—Carlota, no debieras decir esas cosas —dijo Janet—. Alison, por el amor de Dios, deja ya de llorar. Mirabel, lo tenías bien merecido, y tal vez ahora te calles y comportes como es debido.

Mirabel se había quedado muy pálida. Ni siquiera intentó devolverle la bofetada a Carlota.

—Si creéis que vais a impedir que haga lo que quiera para estropearlo todo, estáis muy equivocadas —dijo al fin con voz crispada—. Ahora seré peor.

—Lo supongo —replicó Hilary—. Bueno, voy a hacerte una advertencia. Si no dejas de ser una estúpida, nosotras te haremos la vida insostenible. No me refiero a darte de bofetadas. No haremos eso. Pero hay otros medios.

Mirabel no dijo más, pero como el día siguiente no hizo el menor esfuerzo para portarse razonablemente, las niñas decidieron poner en práctica su amenaza.

Se reunieron en la sala de música, Elsa Fanshawe estaba encantada. Aquello la excitaba, pues complacía su naturaleza vengativa y aumentaba su importancia, porque era una de las delegadas de clase y así podría dictar a cada una lo que tenía que hacer.

—Nos hemos reunido aquí para decidir cómo vengarnos de Mirabel —comenzó a decir. Hilary la interrumpió:

—Bueno, «vengarnos» no es el término más apropiado, no, Elsa. Yo diría más bien cómo impedirle que siga arruinando nuestras clases cada día.

—Llámalo como quieras —replicó Elsa impaciente—. Ahora lo que propongo es

lo siguiente: coger los libros de su pupitre y esconderlos. Cada día le haremos la petaca en su cama. Le coseremos las mangas y bolsillos de su abrigo. Le pondremos piedras dentro de sus botas. Le...

—Todo eso suena demasiado a venganza —dijo Hilary, vacilante—. ¿Es necesario hacer tantas cosas? Sé que Mirabel es muy cargante y necesita un buen escarmiento, ¡pero nosotras no vamos a ser tan malas como ella!

—Bueno, haz lo que quieras —dijo Elsa bastante molesta—. Si eres demasiado tiquismiquis para seguir a tus delegadas, no importa, hay muchas aquí que harán lo que yo diga.

—Apuesto a que Anna no aprueba ninguna de esas cosas —dijo Bobby mirando a la rolliza y plácida Anna, sentada junto a Elsa.

La reunión continuó un poco más en la discusión del asunto y terminó al sonar el timbre. Sólo Gladys no había dicho nada. Permaneció sentada, como de costumbre, en una especie de éxtasis, sin apenas prestar ninguna atención a lo que se decía. Las niñas estaban tan acostumbradas a la «*Niña Triste*», como la llamaban, que apenas notaban si estaba allí o en otro lugar.

—Bueno —dijo Hilary, mientras las niñas corrían a cambiarse para jugar—, supongo que debemos hacer algo para demostrar a Mirabel que también las demás podemos resultar molestas, pero parece como si en todo esto se hubiera mezclado un espíritu vengativo.

—¡Y cómo no, si Elsa Fanshawe nos gobierna! —exclamó Bobby—. Ojalá no fuese nuestra delegada de clase. No tiene cualidades para ello. ¡Y en cuanto a Anna, no sirve para nada, es sólo una holgazana!

—Mirabel va a llevarse varias sorpresas de ahora en adelante —dijo Alison que estaba más satisfecha que ninguna al pensar en las trastadas que iba a gastarle a esa pesada—. ¡Yo por mi parte haré todo lo que sea con el mayor placer!

—¡Espero que tu querida señorita Quentin estará contenta contigo! —dijo Bobby con una sonrisa, y escapó antes de que Alison pudiera encontrar ninguna respuesta.

Capítulo 5

MIRABEL Y «LA NIÑA TRISTE»

No resultaba agradable ser considerada como un estorbo por profesoras y niñas, y Mirabel comenzó a cansarse de su pose desafiante. Nadie la había encontrado divertida, tal como ella imaginaba. Ni siquiera nadie se rió, sólo se impacientaron. La niña lamentaba enormemente haber comenzado a comportarse de forma tan irritante.

Una tensa sensación de tristeza la sobrecogió la noche de aquel día en que Carlota le había pegado. Se daba cuenta de que nadie la quería, ni la encontraba simpática. ¿Acaso su propio padre no la había enviado fuera de casa? ¡Y su madre estuvo de acuerdo! ¿Cómo pudo aceptarlo? No había otro medio de hacer frente a esas cosas, sólo le quedaba mostrarse agresiva.

Aquella noche, Mirabel no se sentía con ánimos para ir con las otras a la ruidosa sala común y fue a refugiarse a una de las salas de música. Había dicho la verdad al afirmar a Bobby que sabía tocar el piano y el violín. Amaba la música y era una magnífica intérprete de ambos instrumentos, pero a causa de su obstinación, se había negado a estudiar ninguno de los dos en Santa Clara cuando su padre le había hablado de ello muy seriamente.

—Podrás mejorar mucho allí —le dijo—. Hay excelentes profesoras.

—¿Para qué? —replicó Mirabel—. Sólo voy a estar medio trimestre y no vas a querer pagar dos matrículas completas por dos clases de música además de las clases ordinarias.

—Muy bien. Haz lo que quieras —exclamó su padre.

De modo que nada se dijo de estudiar música y la niña echaba mucho de menos sus lecciones semanales. La música siempre había ayudado mucho a su naturaleza dominante y, ahora, sin ella, se sentía perdida. Aquella noche estaba deprimida y triste, y su mente buscaba algo a que agarrarse, algo que poder amar. Pensó en el violín que había dejado en su casa y deseó con todo corazón haberlo llevado consigo.

La sala de música estaba a oscuras. Mirabel no quiso encender la luz, temerosa de que pasara alguien y pudiera verla. En aquel momento no deseaba compañía. Apoyó los brazos encima de una mesita y se puso a pensar.

Sus manos tocaron algo: el estuche de un violín. Su contacto la hizo estremecer y, de pronto, con manos un tanto temblorosas, abrió la tapa y sacó el instrumento de su interior. Lo puso amorosamente bajo su barbilla y elevó el arco.

Y entonces la oscura sala de música se llenó de melodías. Mientras Mirabel tocaba para ella sola, para consolarse y para olvidar, las notas impregnaban la pequeña estancia con toda su belleza.

«Esto está mejor —pensó Mirabel al finalizar—. ¡Mucho mejor! ¡Cuánto echo de menos mi música! Me pregunto dónde estará el piano. Lo tocaré también. ¿Por qué no se me ocurriría antes?».

Se dirigió a tientas hasta el piano y comenzó a acariciar sus teclas en la oscuridad. Tocaba, de memoria, melodías tristes y melancólicas a tono con su propio estado de ánimo.

Se creía sola y puso todo su corazón en la música. De pronto oyó un ruido a sus espaldas y se detuvo en seco, con el corazón golpeándole en el pecho. Oyó un sollozo contenido.

—¿Quién está ahí? —preguntó Mirabel en voz baja.

No hubo respuesta, pero alguien comenzó a dirigirse a la puerta. Mirabel se enfureció. ¿Quién la estaba espiando? ¿Quién había entrado en la habitación de aquella manera? Tras levantarse de un salto, tropezó con alguien que estaba ya cerca de la puerta. Su mano cogió la manga de una blusa y no la soltó.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy yo, Gladys —dijo una voz—. Yo estaba aquí sola cuando tú entraste. No sabía que ibas a tocar. Pero interpretaste una música tan bella que no pude evitar quedarme y luego me puse triste y lloré.

—Siempre estás llorando —dijo Mirabel impaciente—. ¿Qué te ocurre?

—No puedo decírtelo —dijo Gladys—. Se lo dirías a las demás y se reirían de mí. Me llaman la «Niña Triste». Es odioso que me traten así. Ellas también estarían tristes si fuesen como yo.

—Como tú, ¿por qué? ¿Qué te pasa? —le preguntó Mirabel, cuya curiosidad se había despertado—. Venga, cuéntamelo. Te aseguro que no me burlaré de ti en absoluto.

—Bueno, entonces no enciendas la luz —dijo Gladys—. Pensarás que soy muy débil, de manera que prefiero decírtelo a oscuras.

—Eres muy rara —exclamó Mirabel—. Vamos, ¿qué te ocurre?

—Es mi madre —dijo Gladys—. Está enferma, en el hospital, y no sé si se pondrá bien. No sé cómo decirte cuánto la quiero y cuánto la echo de menos. No tengo padre, ni hermanas ni hermanos, sólo a mi madre. Nunca me he separado de ella ni siquiera una noche, hasta ahora. Sé que te parecerá tonto, llámame bebé, o niña mimada, y eso es lo que soy, supongo. Pero compréndelo, mamá sólo me tiene a mí y yo sólo la tengo a ella, y echo terriblemente de menos mi casa. Desearía estar con mi madre.

Gladys comenzó a sollozar de nuevo con tal desconsuelo, que Mirabel olvidó sus propios problemas por un momento y la rodeó con su brazo. Comprendía el poco valor que tenía Gladys para hacer frente a la situación y sintió cierto desprecio. Pero era inevitable compadecerse de la «Niña Triste». Mirabel no tenía idea de qué sería lo mejor para consolarla.

—Vaya —dijo echando mano de lo primero que se le ocurrió—, ¡a que no te gustaría ser yo! Mi padre y mi madre me echan de casa porque no me quieren y dicen que molesto a mi hermano y a mi hermana, y que les hago a todos desgraciados. ¡Eso es lo que me ocurre a mí! ¡Me parece que no soy tan afortunada como tú!

Gladys alzó la cabeza y por primera vez olvidó su desgracia para replicar a Mirabel:

—¡Tú desdichada! No seas tonta, ¡no sabes la suerte que tienes! Tú tienes padre y madre, un hermano y una hermana, que te quieren y a quienes querer. Yo sólo tengo a mi madre, e incluso a ella la separan de mí. Mirabel, mereces que te echaran de casa si no comprendes que las familias deben amarse los unos a los otros. Te aseguro que si yo tuviera a todas esas personas a quien amar, no me portaría tan mal con ellas como para que me tuvieran que echar. Deberías avergonzarte de ti misma.

Viniendo de la silenciosa Gladys, aquello era sorprendente. Mirabel la miraba en la oscuridad sin saber qué decir. Gladys se fue hacia la puerta.

—Lo siento —dijo con voz apagada—. Eres desgraciada y yo también lo soy. Debería sentir lástima y consolarte. Pero tú te has buscado tu infelicidad y yo no soy la causante de la mía. Ésa es la diferencia que hay entre nosotras.

La puerta se cerró de golpe y Mirabel se quedó sola. Permaneció sentada llena de asombro. ¿Quién hubiera imaginado que Gladys le diría todo aquello? Mirabel pensó en su casa. Vio la cabeza dorada de su hermanita, la oscura de su hermano pequeño, inclinadas sobre sus deberes escolares. Vio el rostro gentil y paciente de su madre, siempre dispuesta a complacer a todos.

Recordó el rostro simpático de su padre, ahora convertido en un semblante ceñudo, debido a sus continuas insistencias en salirse con la suya.

«La culpa ha sido de mamá por malcriarme —pensó—. Y Harry y Joan debieron hacerme frente. Pero a los pequeños les cuesta actuar por sí solos y, después de todo, yo soy difícil. Ojalá estuviera en casa ahora. Aquí me encuentro sola y me he portado como una estúpida. Sé que mamá siempre me ha querido y, sin embargo, me he portado pésimamente con ella. Además he puesto a papá contra mí. Harry y Joan estarán contentos de que me haya ido. Nadie me quiere».

La autocompasión hace brotar las lágrimas más rápidamente que cualquier otra cosa. Mirabel apoyó la cabeza sobre la mesa, lloró y se olvidó de Gladys y sus problemas. Sólo sentía pena por sí misma. Al cabo de un rato, se secó los ojos y se incorporó.

«Dejaré de portarme mal —pensó—. Dejaré el colegio a mitad de trimestre y, cuando vuelva a casa, procuraré ser mejor. Estoy cansada de ser tonta. Mañana comenzaré una nueva página y tal vez las niñas me demuestren algo más de su amistad».

Se puso en pie para encender la luz. Su reloj marcaba las nueve menos cinco, casi

la hora de acostarse. Se sentó al piano, tocó un rato y, luego, cuando sonó el timbre de las nueve, subió a acostarse llena de buenos propósitos. Empezó a imaginar lo simpáticas que las niñas iban a ser con ella cuando vieran que comenzaba de nuevo. Tal vez las mellizas descubrieran que, al fin y al cabo, valía la pena conocerla.

¡Pobre Mirabel! ¡Cuándo se metió en la cama aquella noche, descubrió que no podía estirar las piernas! Las niñas le habían hecho una hermosa «*petaca*» en la cama y, no contentas con eso, Elsa había esparcido hojas de acebo entre los pliegues de las sábanas. Mirabel lanzó un grito cuando las puntiagudas hojas le pincharon los pies.

—¡Oh! ¿Quién ha puesto estas cosas horribles en mi cama? ¡Me he arañado terriblemente el pie!

A Mirabel no le habían hecho jamás la «*petaca*» en la cama y no lograba entender lo que ocurría. Trató de que sus piernas llegaran hasta el fondo de la cama, pero lo único que consiguió fue romper la sábana.

Las niñas se morían de risa. Pronto comprendieron que Mirabel no había visto jamás una cama con «*petaca*» y no tenía ni idea de que la sábana de encima había sido doblada bajo la almohada, y luego vuelta a doblar por la mitad, en el centro de la cama, y luego sacado su embozo por encima de la manta.

Doris se revolcaba en su cama muerta de risa, e incluso la tranquila Anna lloraba de risa.

—¡Cielos! Tendrás que dar parte de ese desgarrón al ama por la mañana —dijo Elsa cuando oyó que la sábana se rasgaba en dos—. ¡Tonta! Podías haber supuesto lo que iba a ocurrir. Pasarás la próxima clase de costura remendando la sábana.

Mirabel arrojó el acebo sobre Elsa. Ahora comprendía lo ocurrido y se sentía furiosa y dolida. Se metió en la cama y se cubrió con la colcha. Las otras rieron un poco y acabaron por dormirse.

Por la mañana, Mirabel se despertó temprano y estuvo pensando lo que había decidido la noche anterior. No iba a ser fácil cambiar radicalmente, pero no veía qué otra cosa podía hacer. Una cosa era evidente: no podía continuar siendo una estúpida. Cuando uno se avergüenza de sí mismo tiene que detenerse. Si no lo hace, es que realmente es un estúpido.

Así que, todavía llena de buenos propósitos, Mirabel bajó a dar sus clases. Iba a estudiar bien y le daría una gran sorpresa a *Mademoiselle*. Complacería a la señorita Jenks y se disculparía por su grosería ante la señorita Quentin. Incluso se portaría bien con esa pequeña salvaje de Carlota, perdonándole que le hubiese pegado. Las niñas verían que no era tan mala como pensaban, y también ellas comenzarían de nuevo y la tratarían con amabilidad. Todo volvería a ser encantador y, a medio trimestre, ¡todo el mundo iba a sentir verla marchar!

¡Y con estos agradables pensamientos, la pobre Mirabel comenzó un día lleno de terribles sobresaltos y sorpresas desagradables!

Capítulo 6

UN DÍA DE SOBRESALTOS Y SORPRESAS

Alison y Elsa fueron las dos niñas que disfrutaron más que cualquier otra mortificando a Mirabel Elsa, porque era rencorosa por naturaleza, y Alison, por lo mucho que le había molestado perder su turno en la clase de la señorita Quentin.

—Yo coseré las mangas del abrigo de Mirabel —dijo Alison a Elsa—. Lo haré a conciencia y se pondrá furiosa.

—Yo cogeré algunos de sus libros y los esconderé —dijo Elsa—. Anna, ve a buscar las botas de Mirabel y ponles dentro piedrecitas pequeñas, sobre todo en las puntas.

—Oh, ¿no podría hacerlo otra? —replicó Anna—. Tendré que bajar al gimnasio para buscar las botas. Bobby, ve tú.

Elsa fue a la clase antes de que comenzasen las lecciones de la mañana y cogió varios libros y cuadernos de ejercicios de Mirabel. No había nadie más en la estancia, y la rencorosa niña volcó la tinta sobre un ejercicio de matemáticas que su compañera acababa de hacer.

«¡Esto te enseñará a portarte mejor! —se dijo para sus adentros—. Y ahora, ¿dónde pongo los libros?». Decidió ponerlos en el fondo del armario de trabajos manuales, luego los cubrió con la rafia suelta que había allí, de manera que los libros quedaron ocultos dentro del armario. Luego Elsa, que aún tenía algunos minutos libres, miró a su alrededor para comprobar si podía hacer algo más.

Al ver la «lista de tareas de clase» colgada en la pared, se acercó a leerla. Aquella semana le tocaba a Mirabel llenar de agua los jarrones. Elsa apretó los labios con aire vengativo.

«Les quitaré el agua y, luego, cuando las flores comiencen a marchitarse, la señorita Jenks se dará cuenta y Mirabel será castigada por olvidarse del agua», pensó Elsa. De manera que vació por la ventana el agua de los jarrones. Cuando sonó el timbre de la primera clase, las flores ya habían sido colocadas de nuevo.

El segundo grado entró en tropel para ocupar sus sitios. Alison fue a abrir la puerta a la señorita Jenks. Mirabel echó una mirada a sus compañeras, esperaba ver una sonrisa en alguna de ellas. Deseaba hacerles saber que tenía intención de comenzar una nueva página, pero nadie la miró, excepto Elsa, que le dio un codazo a Anna y luego apartó la vista.

—¡Ya viene! —siseó Alison, las alumnas dejaron de charlar y, puestas en pie, aguardaron en silencio. La señorita Jenks era severa en cuanto a educación y modales en clase.

—Buenos días, niñas —dijo la profesora, dejando sus libros encima de la mesa—. Sentaos, por favor. Hoy vamos a... ¡Cielo santo, Alison! ¿Qué es lo que llevas en la muñeca izquierda?

—Una pulsera —dijo Alison ceñuda.

Todas las niñas la miraron y rieron. Era muy parecida a una que llevaba la señorita Quentin. A Alison le encantaba ponerse cualquier cosa que recordara, aunque fuera remotamente, las pertenencias de su adorada señorita Quentin.

—Alison, estoy cansada de pedirte que te quites lazos, broches y pulseras, y Dios sabe qué más —dijo la señorita Jenks—. ¡Esto y tener que soportar las estupideces de Mirabel y sus vanidades, hace que me salgan canas!

La señorita Jenks tenía unos llameantes cabellos rojos, sin una sola cana. Las niñas sonrieron, porque el humor que la señorita Jenks tenía aquel día no permitía risas.

—Dame esa pulsera, Alison —dijo la señorita Jenks con voz cansada—. Te la devolveré dentro de una semana con tal de que durante ese tiempo no tenga que quitarte ningún abalorio más.

Alison le entregó la pulsera con el ceño fruncido. Sabía que el reglamento no permitía el uso de joyas con el uniforme del colegio, pero su cabecita llena de pájaros la empujaba siempre a ponerse adornos.

—Y ahora haced el favor de sacar vuestros libros de matemáticas y el ejercicio que habéis hecho, y pasaremos a la página siguiente de sumas —dijo la señorita Jenks—. Es muy parecido a lo que hicimos ayer. Hacedlas y, si tenéis alguna dificultad, decídmelo. Venid una por una, según os vaya llamando, con las matemáticas y el ejercicio, y yo lo repasaré aquí en mi mesa con vosotras.

Las alumnas se pusieron a trabajar. Abrieron los pupitres para sacar los libros. Extrajeron los lápices de sus cajas y abrieron los cuadernos de ejercicios. Todo el mundo parecía absorto en la tarea.

Mirabel buscó su libro de matemáticas por todo el pupitre.

«¡Qué extraño! —pensó—. Parece que no está aquí».

—¿Has cogido mi libro de matemáticas? —le preguntó a Janet en un susurro.

—Nada de susurros —dijo la señorita Jenks, que tenía oídos de lince—. ¿Qué te ocurre, Mirabel? Una de tus interrupciones de costumbre, supongo.

—No, señorita Jenks —dijo Mirabel, sumisa—. Es que no encuentro mi libro de matemáticas.

—Mirabel, siempre finges no encontrar esto o lo otro —dijo la señorita Jenks—. Saca tu libro enseguida y empieza.

—Pero, señorita Jenks, si es verdad que no está aquí —dijo Mirabel, buscando otra vez frenéticamente en su pupitre.

Las niñas se daban codazos unas a otras, sonriendo. Sabían muy bien dónde

estaba, en el fondo del armario de los trabajos manuales. Mirabel podía buscar todo el día en su pupitre, pero no encontraría el libro.

—Entonces, comparte el de Janet —replicó la profesora, que creyó sólo a medias a Mirabel.

Mirabel, tras exhalar un suspiro de alivio, abrió su cuaderno de ejercicios para copiar las sumas del libro de texto de Janet y preparó el ejercicio de la noche anterior para mostrárselo a la señorita Jenks, pero, al desdoblarlo, se quedó horrorizada. ¡Estaba cubierto de manchas de tinta!

«¡Precisamente cuando pensaba comenzar de nuevo me ocurren estas cosas! —pensó Mirabel con desmayo—. No sé cómo pudo mancharse de tinta mi ejercicio. La señorita Jenks no creerá nunca que yo no sabía que estaba manchado».

Mirabel estaba en lo cierto: ¡La señorita Jenks no quiso creerla! Miró con disgusto el sucio papel y ni siquiera quiso corregirlo.

—Otro de tus trucos, supongo —le dijo—. Repítelo, por favor.

—Señorita Jenks, la verdad es que yo no hice estas manchas de tinta.

Pero le había entregado tantos ejercicios mal hechos a propósito, que era natural que la señorita Jenks no quisiera creerla ahora.

—No quiero discutir más este asunto —dijo la señorita Jenks—. Hazlo otra vez y entrégamelo esta noche, sin una sola mancha.

Mirabel volvió a su pupitre y vio la sonrisa maliciosa de Elsa, pero no supo adivinar todavía que se trataba de una campaña contra ella. Se sentó furiosa y a la vez extrañada.

A continuación llegó la clase de francés y Mirabel descubrió con desaliento que habían desaparecido no sólo sus libros de francés, sino también el papel donde había hecho el ejercicio del día anterior. Lo buscó de nuevo en su pupitre y *Mademoiselle* se puso sarcástica.

—¡Mirabel! ¿Saldrás de tu pupitre antes de que la clase haya terminado? Casi he olvidado qué cara tienes.

—*Mademoiselle*, lo siento; pero no puedo encontrar el ejercicio de francés que hice ayer —dijo Mirabel al emerger de su pupitre, sonrojada y preocupada.

Si había algo que *Mademoiselle* no podía soportar era que no le presentaran los deberes. Frunció el entrecejo y sus gafas se deslizaron por su enorme nariz. Las niñas la observaban con regocijo, pues conocían bien los signos de su enfado.

Mademoiselle volvió a colocar las gafas sobre el puente de su nariz.

—¡Ah, Mirabel! ¿Dices que no puedes encontrar el ejercicio que hiciste? ¿Cuántas veces he oído esta excusa desde que estoy en Santa Clara? ¡Mil veces, diez mil veces! Tú no has hecho los deberes. Lo sé, no lo niegues. Eres una niña cargante, lo has sido desde el primer día que viniste. Y siempre lo serás. Tendrás que hacerme el ejercicio antes de que termine la mañana, o no jugarás a *lacrosse* esta tarde.

—¡Pero, *Mademoiselle*, sí que lo hice! —protestó Mirabel a punto de llorar—. Tampoco consigo encontrar mis libros de francés. Han desaparecido.

—¡Siempre tiene que ser Mirabel la que altere mi clase! —exclamó *Mademoiselle*, que alzó las manos al cielo y las sacudió de un modo que Doris deseó imitar enseguida—. Pierde cosas, las busca, inventa excusas. No puedo soportar a esta niña.

—Ni nadie —dijo Alison, satisfecha del éxito del truco.

Mirabel le dirigió una mirada de enojo. Comenzaba a preguntarse si las niñas tendrían algo que ver con la misteriosa desaparición de sus cosas.

«*Qué lástima que todo esto haya sucedido ahora —pensó—. Mademoiselle debería creerme. Le estoy diciendo la verdad*».

Pero Mirabel había mentido tontamente tantas veces, que ahora sólo podía culpársele a ella si nadie la creía al decir la verdad. Intentó una vez más convencer a la profesora.

—Créame, por favor, *Mademoiselle* —suplicó—. Elsa me vio hacer el ejercicio anoche. ¿No es verdad, Elsa?

—Desde luego que no —replicó Elsa de mala fe.

—¡Ah, esta mentirosa Mirabel! —exclamó *Mademoiselle*—. Repetirás el ejercicio una vez por no haberlo hecho y otra por haber dicho una mentira.

Mirabel comprendió que se quedaba sin recreo. Entonces tendría que hacer los dos ejercicios. Miró a su alrededor en busca de simpatía. Por lo general, las niñas intercambiaban miradas de consuelo entre ellas cuando alguna estaba en un aprieto. Pero no hubo ninguna mirada de simpatía para Mirabel. Todas se alegraban de que el «Estorbo» se viera en apuros.

¡Pobre Mirabel! Aquella mañana sus pesares no parecían tener fin. La señorita Jenks notó que las flores se marchitaban en los jarrones durante la clase siguiente y le habló agriamente de ello.

—¿Quién es la encargada de la clase esta semana?

—Yo —dijo Mirabel.

—Bien, mira las flores —exclamó la señorita Jenks—. Parece como si no tuvieran ni una gota de agua, a juzgar por su aspecto.

—Vaya, si llené los jarros ayer —dijo Mirabel indignada—. De veras.

La señorita Jenks se acercó al primer jarrón y lo inclinó.

—Ni una gota de agua —dijo—. Supongo que ahora dirás que alguien ha vaciado los jarrones, ¿no, Mirabel?

Pensó a la velocidad del rayo que alguien estaba detrás de todo aquello para hacerle pagar sus maldades, pero le parecía un truco demasiado mezquino: dejar que las flores murieran para buscar conflictos a alguien. Enrojeció y guardó silencio.

—Supongo que debiste imaginar que te perderías la mitad de la clase al tener que

ponerles agua a las flores —dijo la señorita Jenks con disgusto—. Hilary, ¿has terminado de contestar las preguntas de la pizarra? Bien, entonces ve a buscar agua para las flores, ¿quieres?

Mirabel pasó todo el recreo haciendo por partida doble el ejercicio de francés. Ahora adivinaba, por los guiños y codazos de las demás, que la mayoría de sus problemas se los debía a ellas, y se sentía enojada y dolida.

«*¡Precisamente cuando había decidido ser buena!* —pensó mientras escribía a toda velocidad—. *¡Qué malas son todas!*».

Llegó tarde para jugar porque no pudo ponerse el abrigo a tiempo para salir al campo con las otras. Alison había cosido las mangas a conciencia y tuvo que ir a buscar unas tijeras para cortar el hilo. Estaba al borde del llanto.

Y luego, cuando se calzó sus botas de goma para cruzar el campo lleno de barro, lanzó un grito de dolor. Las piedrecitas la hacían cojear y al fin tuvo que detenerse, quitarse las botas y vaciarlas.

La señorita Wilton, la profesora de deportes, ya había dado orden de comenzar el partido de *lacrosse*.

—Llegas tarde, Mirabel —le gritó—. Quédate fuera hasta la media parte. Si no te molestas en llegar a tiempo, puedes perderte la mitad del partido.

Tenía frío allí quieta mirando y se sintió muy desgraciada. Todo el mundo estaba contra ella. ¿De qué servía ser distinta? ¿De qué le servía haberse propuesto empezar una nueva vida?

La señorita Wilton le permitió jugar la segunda parte.

—¿Por qué has llegado tan tarde? Sabías la hora perfectamente. ¡Y llegas casi un cuarto de hora más tarde que las otras!

Aguardó para escuchar la disculpa de Mirabel, mientras las otras observaban. No esperaban que la señorita Wilton hiciera preguntas sobre lo ocurrido. Alison se puso nerviosa. No quería verse en un conflicto por haber cosido las mangas del abrigo de Mirabel. No deseaba otra mala nota. Las del último trimestre fueron muy bajas y su padre le había dicho varias cosas muy poco agradables de oír.

Mirabel abrió la boca para exponer sus quejas, para decir que le habían cosido las mangas del abrigo, que le habían puesto piedras en las botas y Dios sabe cuántas cosas más. Pero volvió a cerrarla. ¿Cuántas veces había reñido a sus hermanitos por acusarla cuando les había hecho cosas desagradables? Ella siempre había dicho que una soplona era algo inaguantable.

«*Las niñas se merecen que las acuse* —pensó Mirabel—, *pero no puedo hacer algo que aborrezco, sólo por vengarme*». De manera que no dijo nada.

—Bueno —exclamó la señorita Wilton, impaciente—. Como parece que no tienes excusa, quítate el abrigo y toma parte en la segunda parte del partido. Pero la próxima vez, si llegas tarde, no jugarás, podrás volver, al colegio y pedir a la señorita Jenks

que te dé algo que hacer.

El juego continuó. Una o dos niñas comenzaron a sentirse intranquilas. Mirabel había sido muy valiente al no delatarlas.

«Ya es hora de que dejemos en paz a Mirabel —pensó Hilary—. ¡Esta noche se lo diré a Elsa!»

Capítulo 7

REUNIÓN EN LA SALA COMÚN

Aquella noche se celebró otra reunión, esta vez convocada por Hilary.

Tuvo lugar en la sala común. Todas estaban allí, excepto Mirabel, que hacía de nuevo sus ejercicios de matemáticas en la clase.

—¿Para qué es esta reunión? —preguntó Elsa medio enfadada, porque otra que no era ella la había convocado.

—Es por Mirabel —replicó Hilary—. Ya sabéis, no nos ha delatado cuando tuvo oportunidad, por eso voto para que dejemos de mortificarla desde ahora. ¡De todas maneras, vaya día le hemos hecho pasar!

—Desde luego que no lo dejaremos —contestó Elsa al instante—. ¡Vaya, dejarlo cuando apenas acaba de empezar la lección! ¡Seguirá como siempre si no continuamos demostrándole que podemos hacerle cosas tan molestas como ella nos hizo a nosotras!

—No, ya hemos hecho bastante —insistió Hilary—. Me siento avergonzada. Preferiría que no hubiésemos hecho tantas cosas y, de todas formas, no sé quién manchó de tinta su ejercicio de matemáticas y quitó el agua de los jarrones. Eso no lo acordamos. ¿Quién lo hizo?

Hubo un silencio. Elsa se puso como la grana. No se atrevía a confesar que había hecho más de lo que habían acordado. Las otras podrían considerarla rencorosa y mala.

—¡Creo que fue Elsa! —dijo Carlota de pronto—. ¡Mirad qué colorada se ha puesto!

Todas la miraron y Elsa frunció el ceño.

—Por supuesto que yo no hice nada de eso —dijo—. No creo que hayamos hecho lo suficiente. Me parece que una niña que dice abiertamente que va a portarse lo peor posible para no estar aquí más que hasta la mitad de trimestre, merece que le den un escarmiento.

—Bueno, ya lo ha tenido, y por ella misma —exclamó Janet—. Ninguna habría sabido nada de sus asuntos privados de no haber ido contándolos por ahí. Creo que Hilary tiene razón, no haremos nada más.

—Hablas como si Hilary fuese nuestra delegada de clase —intervino Elsa enojada.

—Bueno, lo era en el primer grado —replicó Bobby a punto de perder los estribos—. Y permíteme decirte que era mucho mejor que tú, Elsa.

—No olvides que Anna también es nuestra delegada —dijo Pat.

Anna sonrió lánguidamente y Bobby se volvió hacia ella enseguida.

—Como si alguna se acordase de que Anna es delegada de clase o cualquier otra cosa. ¿De qué sirve una delegada siempre tan perezosa para hacer algo? ¡En este grado tenemos dos delegadas: una rencorosa, vengativa e insoportable, y la otra gorda y holgazana!

—Cállate, Bobby —le dijo Hilary molesta—. De nada sirve perder los estribos de esa manera. Volvamos a lo que interesa: no vamos a molestar más a Mirabel. Démosle la oportunidad de demostrar que las lecciones de hoy le han servido de algo. Sabe perfectamente que todas hemos actuado contra ella y eso debe ser una experiencia horrible.

—Hilary Wentworth, si no dejas de hablar como si fueras la delegada de esta clase, lo sentirás —dijo Elsa, furiosa por el discurso de Bobby—. Anna, por el amor de Dios; siéntate bien y ayúdame.

—Pero yo no creo que tengas razón —replicó Anna con su amable voz—. Yo tampoco quiero perseguir más a Mirabel. Ahora no siento el menor rencor hacia ella.

—Eres demasiado holgazana para sentir nada —exclamó Elsa, sorprendida y furiosa ante la inesperada negativa de Anna para respaldarla—. Sabes muy bien que, como delegadas, debemos trabajar juntas, y el reglamento dice que todo el grado debe regirse por lo que nosotras digamos.

—Bueno, yo no estoy de acuerdo contigo en esto —dijo Anna—. Puede que sea gorda y holgazana y todas las otras cosas que probablemente pensáis de mí y no decís, pero no soy rencorosa. De manera que digo, como delegada vuestra de clase, que dejemos de mortificar a Mirabel.

—¡Vaya! —exclamó Pat—. Esto va a resultar difícil: dos delegadas y cada una piensa de un modo distinto. Será mejor que votemos a cuál de las dos delegadas tenemos que obedecer. ¡Vamos, que levanten la mano las partidarias de Anna y de lo que ha dicho!

Todas las manos se alzaron al momento. Anna, sonriente, se sentó muy erguida por primera vez. Elsa se quedó pálida.

—Ahora que levanten las manos las que quieran seguir a Elsa —dijo Pat.

Y, naturalmente, no se alzó ninguna mano. Elsa se puso en pie muy enfadada.

—¡Esto me pasa por tener que cuidar de un montón de niñas que parecen de primer grado a medio cocer! —dijo, y su voz temblaba—. Bien, os diré quién vació el agua de los jarrones y manchó de tinta el ejercicio de matemáticas de Mirabel, ¡fue vuestra preciosa Anna! ¡Si deseáis seguir a una niña que hace cosas como éstas y luego se avergüenza de confesarlo, bueno, allá vosotras!

Y, tras salir de la habitación, cerró la puerta de golpe. Anna alzó sus bien perfiladas cejas.

—Bueno, niñas —dijo con voz tranquila—. Os aseguro que no soy culpable.

Todas la creyeron. Anna podía ser perezosa y no querer molestarse ni sobrellevar ninguna clase de responsabilidad, pero por lo menos era sincera y leal.

—No pienso considerar a Elsa como delegada de clase por más tiempo —dijo Isabel.

Sólo tendremos a Anna. Vamos, Anna, espábilate y organiza las cosas para nosotras de una manera u otra.

—Pobre Anna, por fin tendrá que abrir los ojos y despertar —dijo Carlota con bastante malicia, y Anna se puso en pie de pronto.

—Bueno, estoy tan harta como vosotras de la mezquindad y la bajeza de Elsa —dijo—. De manera que, si me queréis sólo a mí como delegada de clase, me esforzare un poco. No ha sido fácil trabajar con Elsa. No pienso acusarla, pero no puedo soportar algunas de las cosas que dice y hace. Además, dejar de mortificar a Mirabel no es suficiente. ¿No podríamos hacer algo positivo? Quiero decir, algo que la ayudara a ser buena, en vez de evitar sólo que sea mala.

Todas miraron a Anna. Era la primera vez que pronunciaba un discurso tan largo y que tomaba una decisión por propia iniciativa. Hilary consideró que su sugerencia era excelente.

—Sí, así es como hay que hacer las cosas en realidad —convino—. No es bastante dejar de hacerle daño. Tenemos que llevar las cosas por otro camino, por el bueno. Pero la verdad es que no sé cómo. Mirabel es terriblemente difícil. No creo que sirva para nada en absoluto. No tenemos ninguna base sobre la que trabajar.

—No se sabe las lecciones, no sabe jugar, no le gusta el arte y es un desastre en gimnasia —dijo Isabel—. Si hubiera algo para lo que sirviera, podríamos comenzar por ahí, ya sabéis, con alabanzas, para que tenga confianza en sí misma. Eso es lo que la gente necesita cuando las cosas le han ido mal.

Entonces el segundo grado se llevó una gran sorpresa. ¡La «Niña Triste» habló con voz tímida!

—¡Mirabel sí sabe hacer algo! ¡Y a las mil maravillas!

Todas miraron a Gladys asombradas por partida doble: por haber hablado y por lo que había dicho. Gladys pareció fundirse bajo la mirada de tantos pares de ojos. Deseaba haber permanecido callada, pero le interesó, a pesar suyo, la escena que acababa de tener lugar. De pronto sintió el deseo de ayudar a la estúpida Mirabel. Al fin y al cabo, ésta la rodeó con su brazo la noche anterior y fue muy amable con ella, a su extravagante manera.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Anna.

—Pues que le... le gusta muchísimo la música —tartamudeó Gladys, horrorizada al pensar que tenía que hablar con tantas niñas a la vez.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Janet—. Aquí jamás ha tocado un instrumento y, en la clase de canto, ni siquiera abre la boca.

—Lo sé porque la he oído —replicó Gladys—. Anoche estaba en la sala de música, ya sabéis, la que está al lado del armario de los zapatos; primero tocó el violín, y muy bien, y luego el piano. Y además a oscuras.

—¡A oscuras! —dijo Carlota realmente sorprendida—. ¿Y qué hacíais allí a oscuras? ¡Qué raro! ¿Es que tienes por costumbre ir a sentarte a oscuras en la sala de música?

Gladys no sabía qué decir. No podía confesar que a menudo iba a la solitaria sala de música cuando sentía añoranza de su casa, las niñas se reírían de ella y no podría soportarlo. Miró a Carlota sin decir nada.

—Bueno —dijo Carlota, impaciente—, ¿es que no puedes contestar? ¿Sueles ir a menudo a escuchar a Mirabel en la oscuridad?

—No, claro que no —respondió Gladys—. Yo estaba allí por casualidad, cuando entró Mirabel, que no me vio. Por eso la oí tocar.

Las niñas se miraron unas a otras. De modo que Gladys desaparecía, sola, por las noches en las desiertas y oscuras salas de música. ¡Qué niña más rara! Contemplaron su carita delgada y pálida, y dos o tres de ellas sintieron una punzada de simpatía por la «*Niña Triste*» y sus solitarios pensamientos, fueran los que fueran. Ninguna se rió, ni se burló porque hubiera estado a oscuras en la sala de música. Incluso Carlota, que era única para lanzar agudezas, se abstuvo de hacer el menor comentario.

—¿Sabéis? —dijo Janet mientras contemplaba la pequeña reunión de niñas—. ¡En algunos aspectos, Mirabel me recuerda a las mellizas O'Sullivan!

—¿Qué quieres decir? —exclamó Pat indignada.

—Bueno, ¿no os acordáis lo difíciles que erais hace un año, cuando llegasteis a Santa Clara? —dijo Janet—. ¡Os propusisteis ser un estorbo y lo fuisteis! Deberíais comprender el punto de vista de Mirabel y decirnos cómo debemos manejarla. ¿Qué os hizo cambiar de idea y desear quedaros aquí?

—Oh, en cuanto nos dimos cuenta de que nos comportábamos como unas estúpidas. Además, como erais buenas con nosotras, nos aclimatamos y aficionamos a todo —dijo Pat mientras intentaba recordar aquel trimestre tan emocionante.

—Bien —intervino Anna, volviendo a llevar la voz cantante. ¡Eso es lo que haremos! Pensemos que Mirabel ha sido muy leal al no delatarnos hoy, así que seremos simpáticas con ella en vez de fastidiarla y, de este modo, sí conseguimos que toque para nosotras y la alabamos un poco, tal vez se aclimate. ¿Qué os parece?

—¡Sí! —exclamaron todas, incluso Gladys.

Hilary miró a Anna con sorpresa. Nunca hubiera pensado que la somnolienta Anna llegara a llevar la voz cantante de aquella manera ¡Vaya, si parecía tener un gran interés por todo! Y además, tomaba el mando. Tal vez fuese una buena cosa que prescindieran de Elsa como delegada de clase. Anna daba la sensación de haber aceptado la oportunidad que le ofrecía aquella inesperada discusión.

—¡Chissss! ¡Ahí viene Mirabel! —dijo Pat mientras la puerta se abría.

Al instante, las niñas comenzaron a charlar de lo primero que les vino a la cabeza y Mirabel las miró con recelo. ¡Seguro que habían estado hablando de ella! Y habrían dicho cosas horribles. ¡Bueno, si planeaban nuevos trucos para molestarla, ella volvería a su antiguo sistema de desbaratar todas las clases que pudiera!

Capítulo 8

MIRABEL DA UNA SORPRESA A LA CLASE

Aquella noche y una vez acostadas, las mellizas siguieron hablando. Sus camas estaban una al lado de la otra y podían hablar en voz baja sin que nadie las oyera.

—¡Ahora vamos a tener grandes emociones! —susurró Pat—. ¡Apuesto a que Elsa no se resigna a esto! Encontrará algún medio de vengarse de Anna y de todas nosotras también.

—Espero que ahora Mirabel sea razonable —dijo Isabel—. Nos mira con recelo y apenas contestó a Janet cuando intentó hablarle.

—Bueno, no me sorprende, la verdad —dijo Pat con un bostezo—. Después de todo, hoy le hicimos cosas horribles. Al principio fue divertido, pero después no me gustó mucho, a pesar de que debo decir que creo que Mirabel merecía ser tratada con poca delicadeza. Escucha, ¿no te pareció extraño que Gladys nos hablase así, que admitiera que estaba sola en la sala de música? Es una niña rara, ¿verdad?

—Pat, lo que Janet dijo es bien cierto —afirmó Isabel en voz alta.

—¡Chissss! No hables tan alto —susurró Pat—. ¿Qué quieres decir?

—Pues... ya sabes que nosotras nos comportábamos un poco como Mirabel y nos dolía que todas nos despreciasen, era una sensación deprimente —dijo Isabel—. Así que cambiemos de táctica con Mirabel mañana y animémosla un poco. El Santa Clara ha hecho mucho por nosotras, hagamos un poco por Mirabel.

—¡Pat! ¡Isabel! Si no dejáis de hablar en el acto, mañana os denunciaré a la señorita Jenks —dijo de pronto la aguda voz de Elsa en la oscuridad.

—No puedes. No eres nuestra delegada —dijo la impertinente voz de Carlota antes de que las mellizas pudieran responder.

—Y te denunciaré a ti por tener los cajones y el armario desordenados —replicó Elsa furiosa.

—Bueno, sólo será por quincuagésima vez —dijo Carlota con indolencia—. ¡Adelante, señorita Elsa, acusona!

Hubo un coro de carcajadas de todo el dormitorio y Elsa se sentó en la cama, furiosa.

—¡Carlota! Si te atreves a hablarme como una niña de cinco años sin educación... —comenzó.

Pero, ante eso, todas se sentaron en sus camas indignadas.

—¡Oye, tú! —exclamó Bobby—. ¡Cualquiera que llame a Carlota niña de cinco años sin educación, merece una azotaina con el cepillo del pelo! Todas nos sentimos orgullosas de Carlota, recuerda cómo salvó a Sadie cuando fue raptada el trimestre

pasado. Tú eres la mal educada, Elsa. ¡Ahora, recuerda lo que hemos dicho del cepillo!

Elsa estaba furiosa y comenzó a decir a Bobby exactamente lo que pensaba de ella, olvidándose de hablar en voz baja y, cuando la señorita Jenks fue a ver si todo estaba tranquilo en el dormitorio, le sorprendió oír una voz en la oscuridad, ¡una voz indignada y llena de veneno!

Encendió la luz y permaneció en silencio junto a la puerta. Todas las niñas estaban sentadas en la cama y la voz de Elsa se apagó, presa de gran horror al ver a la señorita Jenks con los ojos muy abiertos.

—¿Quién estaba hablando ahora? —preguntó la profesora con su voz fría.

Nadie respondió. Elsa no era capaz de delatarse. Tragó saliva con la esperanza de que la señorita Jenks les dirigiera un sermón en general y se fuera, pero la señorita Jenks se quedó en pie, aguardaba una contestación.

—¿Quién es la encargada de este dormitorio? —preguntó—. Oh, seguro que tú, Elsa, puesto que eres una de las delegadas de clase. Pues bien, como la culpable no tiene el valor suficiente para delatarse, tal vez tú, como encargada, cuides de que esa niña sea castigada haciéndola acostar mañana una hora antes. ¿Lo harás?

—Sí, señorita Jenks —respondió Elsa en tono sumiso. Se oyó una ligera risa procedente de la cama de Carlota, que rápidamente se transformó en tos de circunstancias.

—Parece que te has resfriado, Carlota —dijo la señorita Jenks, que fingió preocuparse—. Será mejor que mañana vayas a ver al ama para que te dé una buena dosis de medicina.

—Oh, mañana estaré perfectamente, señorita Jenks, gracias —se apresuró a asegurar la niña.

—Buenas noches, niñas —dijo la señorita Jenks al apagar la luz y, en cuanto sus pasos se alejaron, todas comenzaron a reír y a cuchichear.

—¡Elsa, cuida de acostarte mañana una hora antes! —le susurró Carlota.

Elsa permanecía tendida en la cama con las mejillas ardiendo. ¿Por que no habría confesado? ¡Entonces no la habrían humillado tanto! De todas formas, no pensaba acostarse antes la noche siguiente. Se tapó los oídos con los dedos para no oír lo que las niñas cuchicheaban. No se atrevía a decirles que se callaran y, en cuanto a amenazarlas con una acusación, bueno, eso las haría reír todavía más.

Todas se sentían enojadas con Elsa, pero también consideraban que la cosa era divertida. Las niñas se habían propuesto que Elsa se acostara temprano a la noche siguiente. ¡No iba a conseguir librarse del castigo que tan humildemente se había comprometido a hacer cumplir a la culpable!

Al día siguiente, las mellizas dirigieron a Mirabel una alegre sonrisa a través de la mesa del desayuno y ella correspondió con otra, asombrada y emocionada. Había

esperado algunas trastadas más, por lo que la inesperada sonrisa le sorprendió mucho.

Después del desayuno, Pat e Isabel hablaron con Mirabel.

—¿Oíste el alboroto que se armó en nuestro dormitorio? —le preguntó Pat.

—He sabido que pasaba algo —respondió Mirabel—. Oí que las demás hablaban de ello. ¿Qué fue?

Las mellizas le contaron a Mirabel lo de Elsa y la señorita Jenks, y la niña sonrió.

—Gracias por decírmelo —les dijo—. Es divertido. Escuchad, ¿vais a hacerme muchas trastadas más mientras dure mi estancia aquí? ¿Sabéis?, había decidido cambiar de actitud, ¡cuándo me hicisteis todas esas cosas!

—¿De veras? ¿Estabas decidida a cambiar? —exclamó Pat sorprendida—. Bueno, no te preocupes; no vamos a molestarte más. Pero, por amor de Dios, pon algo de tu parte. ¿Lo harás? Es muy molesto verte desbaratar clase tras clase, ya sabes. Puede que estés enfadada por los asuntos de tu casa, ¡pero, la verdad, eso no es una razón para que toda la clase pague tu mal humor!

—No, ahora lo comprendo —respondió Mirabel—. Soy una estúpida, siempre lo he sido. Bueno, apuesto a que os alegraréis de verme marchar antes.

—Espera y verás —dijo Isabel—. Escucha, nuestro grado va a dar una representación la semana próxima, para ayudar a la Cruz Roja. Todas van a hacer algo. ¿No crees que tú podrías tocar el violín y, tal vez, también el piano?

—¿Quién te ha dicho que sé tocarlos? —preguntó Mirabel sorprendida. Pero en aquel momento la señorita Jenks reunió a toda la clase para dar un paseo naturalista y Mirabel se encontró caminando al lado de la tímida Gladys, quien, al recordar la noche en la sala de música a oscuras, tenía miedo de decir nada. Mirabel también se sentía violenta, de manera que apenas intercambiaron una palabra.

Las mellizas, en cuanto tuvieron oportunidad, se apresuraron a contar al resto de la clase que habían pedido a Mirabel que tocara en la representación organizada para la semana siguiente. Se pidió a todos los grados que aportaran algo en ayuda de la Cruz Roja y aquella iba a ser la contribución del segundo grado.

—¿Y dijo que sí? —preguntó Bobby.

—No, pero pondremos su nombre en el programa —dijo Pat—. ¡Y apuesto a que lo hará! Esta mañana estuvo muy amable.

Aquel día Mirabel encontró sus libros en el fondo de su pupitre. Anna los había sacado de su escondite para devolvérselos. Elsa frunció el entrecejo, pero no dijo nada. No sabía a quién odiaba más, si a Anna o a esa desvergonzada de Carlota.

Cuando aquella noche redactaban el programa para la representación de la Cruz Roja, Isabel le dijo a Mirabel:

—¡Eh, Mirabel! Te he anotado para un solo de violín y un solo de piano. ¿Qué tocarás? ¿Puedes darme el nombre de las piezas?

—No tengo aquí mi violín —respondió Mirabel vacilante.

—¡Bah, puedes enviar un telegrama para que te lo manden! —dijo Pat—. Y Anna te dejará el suyo para que practiques esta mañana, ¿no es verdad, Anna?

—Claro que sí —respondió ésta—. Iré a buscarlo ahora para ver si te gusta. Es muy bueno.

Anna fue en busca de su violín y, tras sacarlo de su estuche, lo puso en manos de Mirabel. En efecto, era muy bueno. Mirabel deslizó el arco por él con gesto amoroso.

—Toca algo —le pidió Isabel, y entonces, al igual que en la sala de música a oscuras, Mirabel tocó algunas de las melodías que amaba. Se olvidó de las niñas, se olvidó del Santa Clara y se olvidó de sí misma. Era una verdadera artista y ponía todo el corazón en la música que amaba.

Las niñas la escuchaban hechizadas. Dos o tres alumnas del colegio tocaban muy bien el violín, pero Mirabel lo hacía hablar. Las notas surgían puras y sinceras, y Anna se asombró de que su violín pudiera producir semejante música.

Cuando Mirabel terminó, todas la aplaudieron frenéticamente.

—¡Caramba! ¡Eres maravillosa! —exclamó Pat con los ojos brillantes—. Cielos, te aseguro que todos estarán muy atentos el día del concierto. Ahora ve a tocar algo al piano, Vamos. ¡Tienes que hacerlo!

Mirabel miró al entusiasmado auditorio con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Sólo Elsa Fanshawe no la aplaudió. Sentada ante una mesa, leyendo un libro, hizo como si no se enterara.

—¡Vamos, Mirabel, tócanos algo al piano! —insistió Pat.

Mirabel fue hasta el viejo piano de la sala común. Estaba allí para que las niñas tocaran cuando les apeteciera. Por lo general, sólo interpretaban en él música de baile o canciones populares, ¡pero aquella noche fue algo bien distinto!

Los dedos largos y sensibles de Mirabel corrían sobre las teclas y uno de los nocturnos de Chopin llenó la tranquila sala. A la mayoría de las niñas les gustaba la música y escucharon con deleite. Gladys cerró los ojos. La música siempre la emocionaba mucho, aunque no estudiaba ningún instrumento y sabía muy poco.

Las notas se fueron apagando y las niñas se incorporaron complacidas.

—Toca eso en la representación la semana que viene —le dijo Hilary—. Es estupendo. Lo oí por la radio estas vacaciones, ¡pero tú lo tocas mucho mejor!

—No —dijo Mirabel roja de vergüenza y de placer—. De acuerdo, lo tocaré. Y si de verdad queréis que también toque el violín, mañana enviaré un telegrama para que me lo manden. El de Anna es magnífico, pero yo estoy más acostumbrada al mío.

—Bien —dijo Isabel—. ¡Mira que eres rara, no decir nunca ni una palabra de música y guardártelo para ti de esa manera! Posees un verdadero don. Ojalá yo lo tuviera. ¡Eres afortunada!

Mirabel fue a ayudar a Isabel a redactar el programa. Sus palabras resonaban en su memoria.

«¡Posees un verdadero don!». Y también recordó las palabras de la señorita Theobald. «*Las niñas difíciles a menudo tienen alguna cualidad oculta, algún don, ¡algo que les hace que valgan la pena!*».

En su casa nadie consideraba que valiese la pena o, de otro modo, no la hubieran enviado al colegio. ¡Pero ella sí valía! A las niñas les había gustado mucho oír la tocar. Era una lástima no haber aceptado el ofrecimiento de su padre para estudiar música en Santa Clara. Ella no tenía otro don que el de la música y se había negado a desarrollarlo a causa de su obstinación.

Apuesto a que apruebas todos los exámenes de música a que te presentes —le dijo Isabel mientras le acercaba algunos programas para escribirlos—. En nuestro grado no hay nadie que destaque en música. Es una lástima que tú no aprendas. Nos dejarías muy bien, ¡estoy segura de que serías una de las mejores! Y seguro que ganarías el premio de música.

—Bueno, mañana por la mañana enviaré el telegrama —dijo Mirabel, escribiendo los programas con toda pulcritud.

Por primera vez durante aquel curso se sentía feliz. Era muy agradable trabajar amistosamente con alguien como Isabel. Era estupendo sentirse elogiada por algo. En su casa nadie tenía una gran opinión de su música, porque ninguno de ellos tenía sentido musical, excepto su hermano y, pobrecillo, ¡cómo lo maltrataba! Mirabel se sentía enojada consigo misma al recordarlo. Debiera haberle animado.

«*La verdad es que debo de haber sido muy cargante —pensó—. Bueno, el estar fuera de casa hace ver las cosas con claridad. Cuando vuelva a mitad de trimestre, les demostraré que no soy tan mala como creen*».

Aquella noche, a las ocho, todas las de segundo grado se guiñaban el ojo unas a otras. Si Elsa debía acostarse una hora antes, ya era hora de que lo hiciera, pero no daba señales de querer hacerlo. Había vuelto de cenar y se había sentado de nuevo a leer sin decir nada a nadie.

—¡Es hora de que se acuesten las niñas pequeñas! —dijo Carlota, pero Elsa no hizo caso.

—Las niñas malas deben acostarse pronto —dijo Bobby en voz alta, pero Elsa no se movió.

Las chicas se miraron unas a otras. Estaba claro que no pensaba levantarse. ¡No sólo no se había atrevido a decir la verdad a la señorita Jenks la noche anterior, sino que pensaba escapar al castigo!

Ante la sorpresa de todas, Anna tomó la palabra.

—¡Elsa! —exclamó—. Sabes perfectamente bien lo que debes hacer. No hagas que todas las de la clase nos avergoncemos de ti.

—¡Tú no puedes hablarme así a mí! —dijo Elsa mientras volvía una página.

—Sí puedo —dijo Anna con calma—. Soy la delegada de clase y tengo derecho a

decirte lo que debes hacer.

—No lo tienes —replicó Elsa, furiosa—. Yo también soy vuestra delegada.

—¡No lo eres! ¡No lo eres! —exclamaron una docena de voces—. Ahora sólo reconocemos a Anna como nuestra delegada. ¡A ti no te queremos!

—Sólo la señorita Jenks puede decidir una cosa así —dijo Elsa mirándolas a todas.

—Tal vez tengas razón —dijo Anna con su voz reposada—. Ven conmigo... Expondremos francamente el caso a la señorita Jenks y que ella decida.

Hilary miró a Anna con admiración. Ella sabía que ésta era la única cosa que podía vencer a Elsa. ¡Por ningún concepto iría ahora a presentarse ante la señorita Jenks! Sería demasiado humillante.

Elsa vacilaba y las niñas aguardaban. Sabían que no querría ir con Anna, aunque se puso en pie como si fuera a marcharse.

—No voy a ver a la señorita Jenks —dijo Elsa en voz baja—. Ya lo pensaba —dijo Anna, que volvió a sentarse—. Bueno, que lo decida la señorita Jenks o las niñas, me da lo mismo.

—¡Nosotras decidiremos, y ya hemos decidido! —exclamó Janet—. Anna es nuestra delegada y no queremos a Elsa. Por lo tanto, Elsa, haz lo que dice Anna y vete a la cama. La culpa es sólo tuya.

Aquello fue demasiado para Elsa. Su temperamento subió de tono y apretó sus labios.

—No pienso ir. No voy a obedecer a Anna. ¡Puede que sea vuestra delegada de clase, pero yo de ningún modo la acepto como tal!

—Bien —dijo Carlota con regocijo al ponerse en pie—. Vamos, Bobby, Janet, mellizas. ¡Cojamos a Elsa y veremos si la llevamos a la cama! ¡No podemos consentir que desobedezca las órdenes de la señorita Jenks de esta manera! Caramba, ¡lo que van a decir las de tercero cuando pasemos con la pobre Elsa!

—¡No! —exclamó Elsa con desmayo, mientras se levantaba. Sabía que la salvaje Carlota no se detendría ante nada—. Iré, iré. ¡Pero os aborrezco a todas!

Y, estallando en sollozos, fue hacia la puerta. Carlota se sentó y, cuando Elsa se hubo marchado, miró a las demás.

—La verdad es que no tenía intención de que nos la lleváramos a cuestas por la escalera, pero me imaginé que lo haría por su propio pie, si lo insinuaba.

—Mañana estará de un humor de mil diablos —dijo Bobby— y sentirá una gran compasión por sí misma. Tratará de ganar nuestra simpatía haciéndose la humilde.

—Sí, creo que tienes razón —dijo Janet—. Bueno, lo mejor es no hacerle el menor caso. No queremos ser rencorosas, sólo dejarla sola y no hacerle caso.

—Es lo mejor —replicó Anna, retornando a su labor de punto—. ¡Oh, pobre de mí, ser la única delegada de clase es muy cansado! ¡Hay tantas cosas que decidir!

Capítulo 9

ANNA VE A LA DIRECTORA

A la mañana siguiente, Mirabel quiso enviar su telegrama y Anna le dijo lo que debía hacer.

—Tendrás que pedirle permiso a la señorita Theobald y luego podrás ir a la ciudad con alguna de nosotras después de las clases de la mañana —le dijo—. Si quieres, te acompañaré.

Mirabel fue a pedir permiso. Llamó a la puerta de la señorita Theobald, que le dijo que pasara. La directora alzó la cabeza sin sonreír.

—¿Qué deseas, Mirabel? —le preguntó.

—Por favor, señorita Theobald, ¿podría enviar un telegrama a mi casa? —le preguntó Mirabel.

La señorita Theobald siguió sin sonreír, la miraba con severidad. Mirabel comenzó a sentirse molesta.

—¿De qué se trata ese telegrama? —le preguntó—. Ya sabes que no puedes marcharte antes de mitad de trimestre. No hay necesidad de molestar a tu familia con telegramas.

—No tiene nada que ver con mi marcha —dijo Mirabel—. Es que... bueno, señorita Theobald, sólo quiero pedirle a mi madre que me envíe mi violín.

La directora se sorprendió.

—¿Tu violín? —le dijo—. ¿Para qué? No estudias música, ¿verdad?

—No —respondió Mirabel—. Ahora me gustaría hacerlo, pero no quise cuando papá me ofreció la oportunidad. Verá usted, el segundo grado va a dar una representación para la Cruz Roja la semana que viene y yo les dije que tocaría. Me gustaría hacerlo con mi violín. Es una maravilla.

La señorita Theobald miró a Mirabel.

—¡De manera que tienes un don, Mirabel! —le dijo—. ¿Recuerdas lo que te dije? ¡Me maravilla que haya algo en ti que valga la pena después de todo!

Mirabel se puso como la grana y apoyó el peso de su cuerpo primero en un pie, luego en el otro. Estaba segura de que la señorita Theobald había recibido malos informes suyos de todas las profesoras.

—No sé si voy a dejarte que pidas tu violín —dijo la señorita Theobald al fin—. He oído que te portas mal en todas las clases y, al parecer, lo estropeas todo. ¿Cómo sé yo que piensas portarte bien en el concierto?

—Me portaré bien —respondió Mirabel con vehemencia—. Tal vez usted no me crea, pero ahora he comenzado una nueva página. Me he cansado de ser tonta.

—Ya entiendo —dijo la señorita Theobald—. Has dejado de portarte mal porque te has cansado, no porque te avergüences de ello o desees ser mejor, o que nosotras tengamos mejor opinión de ti. Sólo porque te has cansado. Me disgustas, Mirabel. Vete, por favor. Me has decepcionado. Había esperado que tal vez cambiases de comportamiento por un motivo mejor. Creí ver en ti cierto valor, cierta inteligencia que pudiera ayudarte a comprender tu tontería y egoísmo al comportarte como lo hacías. Ahora veo que no tienes ninguna. Sólo dejaste de hacerlo porque tú misma te has cansado de portarte mal y posiblemente de que las demás te demostraron antipatía, por favor, márchate.

Mirabel se quedó muda de horror ante aquellas palabras frías y severas. ¡Se había sentido tan satisfecha de sí misma al pensar que iba a comenzar una nueva página! Y sí se avergonzaba de sí misma, no es que se hubiera cansado únicamente de ser tonta. Abrió la boca para defenderse, pero la vista del rostro severo de la señorita Theobald la asustaba y salió de la habitación sin pronunciar palabra.

La señorita Theobald permaneció pensativa unos instantes. Luego hizo sonar el timbre.

—Dígale a la señorita Jenks que venga unos minutos —le dijo a la doncella.

La señorita Jenks no tardó en aparecer.

—Siéntese un momentito —le dijo la señorita Theobald—. Deseo hablarle de Mirabel Unwin. He recibido continuamente malos informes suyos referentes a Mirabel. ¿Ha mejorado algo?

—Sí —replicó la señorita Jenks al punto—. De pronto parece haber cambiado. No sé por qué. ¿Ha ocurrido algo? Acabo de verla ahora y parecía como si hubiese llorado.

—Es probable que lo haya hecho —dijo la señorita Theobald, y pasó a explicarle a continuación lo que había ocurrido entre ella y Mirabel.

—Me gustaría saber si esa niña ha cambiado repentinamente por motivos buenos o malos —dijo—. Tal vez puedan decírmelo las delegadas de clase. Envíemelas, ¿quiere?

—Parece que hay ciertas desavenencias entre las dos delegadas de mi curso —dijo la señorita Jenks—. No creo que a Elsa Fanshawe le haya ido muy bien con las de primer grado que pasaron a mi clase. Pero Anna parece dar señales de responsabilidad y mando. Ahora le enviaré a las dos. Tal vez ellas puedan decirle algo más de Mirabel. Personalmente creo que ahora debemos darle una oportunidad y dejarle traer su violín.

Salió de la habitación para ir en busca de Anna y Elsa, que estaban en la sala común con las otras. Cuando la puerta se abrió y apareció la señorita Jenks, todas se pusieron de pie y dejaron de charlar. Janet apagó la radio.

—La señorita Theobald quiere que las dos delegadas vayan a verla enseguida —

dijo la señorita Jenks con su voz fría—. ¿Queréis ir, por favor?

Salió de la sala, que quedó en silencio. Anna se levantó para marcharse y Elsa también, pero rápida como el pensamiento, Carlota la hizo sentar de nuevo.

—Tú no eres delegada de nada, Elsa. Ya sabes que no. No te queremos y, si nosotras no te queremos, entonces Anna es la única delegada de esta clase. ¡Tú no irás a ver a la señorita Theobald!

—¡No seas estúpida! —replicó Elsa, que se levantó de nuevo—. Tú sabes que debo ir. No puedo decir a la señorita Theobald que ya no soy delegada de clase.

—Bueno, pero Anna sí puede —respondió Hilary—. Es una lástima, Elsa, pero da la casualidad de que todas pensamos lo mismo en este asunto. No eres una buena delegada y no te aceptamos. No dejaste que decidiera la señorita Jenks, aceptaste nuestra decisión y tienes que someterte a ella. Anna irá sola.

—No, no —dijo Elsa a punto de llorar—. Es vergonzoso. ¿Qué pensará la señorita Theobald?

—Deberías haberlo pensado antes —dijo Hilary—. Anna, vete ya. Habla lo mínimo de Elsa, claro, pero haz el favor de dejar bien sentado que ahora eres tú nuestra única delegada de clase.

Anna se fue. Elsa comprendió que todo el segundo grado le impediría por la fuerza seguirla, de manera que permaneció hundida en su butaca con aspecto triste y desgraciado, y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Esperaba que las niñas se sintieran incómodas y se compadecieran, pero nadie lo hizo. En realidad nadie le hizo el menor caso y todas continuaron en animada y alegre charla. Era sábado por la mañana y, aparte de una hora de clase, estaban libres para hacer lo que quisieran.

Mirabel no estaba allí. Había sufrido un contratiempo que la había disgustado mucho. No quería que nadie viese que había llorado, de manera que se fue al cuarto de baño para lavarse los ojos. Salía de allí, cuando Anna iba a ver a la directora.

Ésta la detuvo.

—¡Hola! ¿Te ha dado permiso la directora para traer tu violín? Si quieres, yo iré contigo a la oficina de telégrafos.

—No me dio permiso —dijo Mirabel muy triste—. Anna, la señorita Theobald estuvo terrible conmigo. Cree que he comenzado una nueva página porque estaba cansada de ser una estúpida. Pero no es verdad. Ahora me siento muy avergonzada de mí misma. Fue terrible para mí que me hicierais tantas trastadas el mismo día que había decidido ser mejor y, ahora, hasta la señorita Theobald está contra mí. ¿De qué me ha servido intentarlo? De nada. No tocaré en la representación, ni haré nada.

Anna la miraba sorprendida.

—Oye, ahora no puedo entretenerme —le dijo—. La directora me ha mandado llamar, pero luego hablaré contigo, ¿quieres? Lo siento muchísimo, Mirabel. De veras

que lo siento. Anímate.

Corrió por el pasillo hasta el despacho de la señorita Theobald y llamó.

—¡Adelante! —dijo en tono imperioso la agradable voz de la directora.

Anna entró un poco asustada. La señorita Theobald era amable y justa, pero su sabiduría y dignidad asustaban a todas las niñas, acudir allí para cualquier entrevista era una dura prueba.

—Buenos días, Anna —dijo la señorita Theobald—. ¿Dónde está Elsa Fanshawe?

—Elsa ya no es delegada de clase, señorita Theobald —respondió Anna ante la sorpresa de la directora.

—No sabía nada —dijo—. ¿Y por qué?

—Todas decidimos que no era apta para serlo —dijo Anna, a quien le resultaba difícil explicarse sin comprometer mucho a Elsa.

—La señorita Jenks no sabe nada de esto —dijo la directora—. ¿Por qué no le pedisteis consejo?

—Elsa no quiso —replicó Anna—. Dijo que prefería aceptar nuestra decisión sin llevar el asunto más adelante. Es difícil de explicar sin delatar a nadie.

—¿Hilary Wentworth y las mellizas O'Sullivan están de acuerdo? —preguntó la directora, que tenía una gran fe en la lealtad y sentido común de estas tres niñas.

—Oh, sí —dijo Anna—. Yo sola no lo hubiese hecho, soy demasiado tímida. Pero una vez las niñas decidieron que aceptase la responsabilidad y siguiera sin Elsa, no pude negarme.

—Claro —respondió la señorita Theobald al ver en Anna algo mejor y más decidida de lo que antes vislumbrara en aquella niña lenta y perezosa—. Bueno, no te haré más preguntas, Anna. Creo que probablemente el segundo grado tiene razón, y espero que de todo esto salga algún bien para Elsa. ¡Ya veo que a ti ya te ha mejorado!

Anna se sonrojó. La responsabilidad era una molestia, pero reportaba premios infinitos, de los cuales tener más seguridad en una misma no era el menor.

—Anna, te he enviado llamar porque quiero hablarte de Mirabel Unwin —dijo la señorita Theobald—. Siempre quiero que las delegadas de clase sean mis confidentes, ya sabes. ¿Quieres decirme cuál es tu opinión de Mirabel, si es buena o mala, cualquier cosa que pueda ayudarme a tratarla? ¡Ya sabes los motivos por los que fue enviada aquí, puesto que ella lo ha contado a todo el colegio!

Anna no desperdiciaba palabras y, brevemente, dijo a la señorita Theobald lo que ésta deseaba saber.

—Mirabel ha sido pesada hasta la exasperación y el segundo grado la castigó. Ahora está avergonzada de sí misma y desea demostrarnos que sabe ser buena. ¿No podría usted dejar que pidiera su violín?

—Muy bien —replicó la señorita Theobald, que sonreía ante la franqueza de

Anna—. Hace un rato que se lo he negado. ¿Quieres tú, como delegada suya, decirle que he cambiado de opinión y que puede ir a poner el telegrama? Dile también que me gustará escucharla en el concierto que dará.

—Sí, señorita Theobald —dijo Anna—. Gracias.

La niña salió de allí satisfecha. Por primera vez en su ociosa vida se daba cuenta de que tenía cierta importancia. La directora la había mandado llamar y la había escuchado. Valía la pena hacer un esfuerzo si la gente como la señorita Theobald sabía apreciarlo.

Fue en busca de Mirabel, que estaba en la sala común, leyendo, bastante serena, pero con los ojos todavía enrojecidos.

—¡Mirabel! Vamos a la oficina de telégrafos a poner ese telegrama —le dijo Anna—. La señorita Theobald te da permiso. Y dice que le encantará oírte tocar en la representación de la próxima semana.

Mirabel alzó los ojos sorprendida y encantada. Aquélla era una gran sorpresa después de ver truncadas sus esperanzas y sus buenos propósitos mal interpretados. Se puso en pie radiante.

—¡Anna! Gracias a ti, la señorita Theobald ha dicho que podía enviar el telegrama. Muchísimas gracias. Eres un encanto.

—No ha sido todo por mí —respondió Anna—. Date prisa y ponte el abrigo. No tenemos tiempo.

Corrieron a la oficina de telégrafos. El telegrama fue enviado, ¡y causó un gran asombro en casa de Mirabel!

—¡Quiere su violín! —dijo su madre, sorprendida—. ¡Vaya, debe de irse aclimatando! ¡Me alegro!

De manera que el violín fue embalado y enviado enseguida. Llegó el lunes de la semana siguiente y Mirabel lo desenvolvió jubilosa. ¡Su violín! Ahora podría tocar a gusto. ¡Y enseñaría al segundo grado lo que era verdadera música!

«¡Y también asombraré un poco a la señorita Theobald! —pensó Mirabel—. Verá que poseo un verdadero don, ¡aunque no tenga nada más! Me gustaría que pensase que valgo la pena ¡y lo conseguiré!»

Capítulo 10

GLADYS ES SORPRENDIDA

El segundo grado estaba muy atareado en la preparación del espectáculo. El precio de la entrada era de seis peniques, y todo el primer grado, la mayor parte del tercero e incluso algunas alumnas de los últimos grados, habían prometido asistir. Y también todas las profesoras. Iba a ser un gran acontecimiento.

Las niñas debían organizado todo ellas mismas. Prepararon los programas y las entradas. Isabel dibujó un gran anuncio en colores y lo colocó en el gran salón de reuniones, donde todo el mundo pudiera verlo.

La representación iba a celebrarse en el gimnasio, donde había un buen entarimado. El segundo grado estaba cada vez más excitado. Demasiado para el gusto de *Mademoiselle*, que no podía soportar que sus alumnas pensarán en otra cosa durante sus clases.

—¡Isabel! ¡Pat! ¿Es que no habéis dormido esta noche y por eso estáis soñando esta mañana? ¿Cuál es la pregunta que acabo de hacer?

Las mellizas, alarmadas, miraron a *Mademoiselle*. Ninguna de ellas había oído la pregunta y Carlota les susurró quedamente: «Ha dicho: ¿Dónde están mis gafas?». Y sonrió. ¡Aquello era falso como todas sabían muy bien! Pero las mellizas cayeron en la trampa y miraron inocentes a *Mademoiselle* sin notar que sus gafas estaban sobre su enorme nariz, como de costumbre.

—¿Y bien? —dijo *Mademoiselle*, crispada—. ¿Qué he preguntado a la clase?

—Preguntó usted si habíamos visto sus gafas por alguna parte —dijo Pat—, pero están sobre su nariz, *Mademoiselle*.

Toda la clase estalló en carcajadas y la profesora, enfadada, golpeó encima de su escritorio.

—¡Ah, que vous êtes abominables! —exclamó—. ¡Insupportables!

Las mellizas miraron a Carlota, que se sujetaba los costados y meneaba la cabeza con los ojos llenos de lágrimas de risa.

—¡Espera al recreo, traidora! —le dijo Pat.

—¡Taisez-vous! —exclamó *Mademoiselle*—. ¡Pat! ¡Isabel! ¿En qué pensabais cuando yo me dirigía a toda la clase? ¡Sed sinceras!

—Pues yo estaba pensando en la representación que nuestro grado va a celebrar el sábado —dijo Pat—. Lo siento. Me he distraído.

—Lo mismo que yo —dijo Isabel.

—Si volvéis a distraeros, no asistiré a la representación —les amenazó *Mademoiselle*, y se oyó un gemido general.

—¡No lo celebraremos si usted no viene!

—¡Tiene que venir, *Mademoiselle*! ¡Usted se ríe más fuerte que nadie!

—Iré si me escribís una bonita composición. —*Mademoiselle* volvió a sonreír—: Me escribiréis una hermosa redacción en la que me diréis todo lo que va a ocurrir en ese maravilloso espectáculo. Sin equivocaciones. Eso me llenará de satisfacción. Ése será vuestro ejercicio para mañana.

Las niñas volvieron a gemir. Las redacciones en francés eran muy difíciles y ésta todavía más. ¡De todas formas, la idea había puesto a *Mademoiselle* de mejor humor y eso era algo!

Sólo dos niñas no iban a tomar parte en la representación. Elsa se había negado a hacer nada y había anunciado su intención de no asistir siquiera. Y nadie había pedido a la pobre «*Niña Triste*» que hiciera algo. Todas estaban convencidas de que Gladys no sabría hacer nada y consideraron más prudente dejarla tranquila.

Gladys se sentía herida porque no solicitaron su colaboración, aunque por una parte se alegraba porque así no la presionarían para que colaborase. Se encerró todavía más en sí misma, hablando sólo cuando le preguntaban y, durante las lecciones, permanecía tan quieta que las profesoras apenas se enteraban de que estaba allí. Únicamente en la clase de la señorita Quentin mostraba verdadera animación. Y no es que la señorita Quentin le hubiera pedido que representara algún papel, porque, como todo el mundo, siempre pasaba por alto a Gladys, ya que pensaba que un ratoncillo tan insignificante no sabría hacer nada.

Pero Gladys miraba actuar a las otras y, por unos momentos, olvidaba sus problemas al ver cómo Bobby cruzaba la estancia haciendo de rey o de duque, y a Carlota representando el papel de bufón.

Alison adoraba las clases de la señorita Quentin y allí sí trabajaba de firme, más que en cualquier otra clase. Por una parte, era graciosa y bonita, y los papeles de princesa, o de hada, le eran encomendados como una cosa natural y, por otra, vivía para merecer las palabras de elogio de la señorita Quentin. ¡Consideraba que la señorita Quentin era maravillosa!

Los preparativos del espectáculo iban adelante. Doris iba a hacer varias de sus inteligentes imitaciones.

Pensaba imitar a *Mademoiselle*, que tenía toda suerte de amaneramientos que eran el regocijo de la clase. Y también a Clara, la cocinera, una mujer alegre y dispuesta, muy querida de las niñas. Y pensaba vestirse como el ama, e imitarla cuando administraba sus consejos y sus dosis de medicinas a las alumnas del colegio.

—Doris, la verdad es que eres única —le dijo Bobby, divertida durante la representación de la niña en uno de los tantos ensayos—. ¿Sabes? Deberías trabajar en el teatro.

—Pienso ser médico —replicó Doris.

—¡Oh, bueno, serás un médico buenísimo porque harás llorar de risa a todos tus pacientes! —dijo Bobby.

Todo el mundo hacía algo, o bien recitar, tocar el piano o el violín, cantar, bailar; todas, bien hay que decirlo, excepto Elsa y Gladys. Carlota iba a ejecutar una serie de acrobacias. Era maravillosa realizando ejercicios de circo, tales como volteretas, caminar con las manos y demás.

—Tú, Doris y Carlota seréis los éxitos de la velada —dijo Pat.

Ella e Isabel iban a recitar un diálogo que se suponía divertido, pero que ambas comprendían que no era tan bueno como las actuaciones de las demás. ¡Bobby iba a hacer juegos de manos! Era muy hábil para esas cosas y, además, tenía mucha labia, de modo que las palabras brotaban de su boca como un torrente inacabable.

—Apuesto a que Mirabel también será un éxito —dijo Janet, después de que hubo tocado la pieza de concierto durante el ensayo—. ¡Qué suerte haber descubierto que sabe tocar!

—A propósito, ¿cómo lo descubristeis? —preguntó Mirabel mientras guardaba el violín en su estuche—. Quería preguntároslo hace tiempo. No creí que lo supiera nadie.

—Sí, alguien lo sabía —dijo Janet, que miró a su alrededor para ver si Gladys estaba en la sala, pero no era así—. Fue Gladys quien nos lo dijo.

—¡Gladys! —exclamó Mirabel, al recordar de pronto la noche en la sala de música a oscuras—. Sí, claro, me oyó esa noche.

—Dijo que estabas a oscuras —dijo Pat—. Lo que significa que ella también lo estaba. Es una niña extraña, mira que sentarse sola en habitaciones a oscuras. La verdad es que está muy triste. No puedo imaginar qué le ocurre. Nunca habla con nadie. Si lo hiciera, podríamos ayudarla en algo, dirigiéndole alguna sonrisa de vez en cuando.

—Oh, a mí me contó lo que le ocurre —dijo Mirabel, que recordó lo que Gladys le había dicho.

—¿De veras? —exclamó Bobby, sorprendida—. Bueno, ¿qué le pasa?

—Es su madre —dijo Mirabel—. Está en un hospital, muy enferma, tal vez se muera. Gladys dijo que sólo la tiene a ella, que no tiene padre, ni hermanos, ni hermanas, y que lo son todo la una para la otra. No se había separado nunca de ella hasta la noche en que la enviaron aquí, cuando su madre tuvo que ir al hospital. Dijo que añoraba su casa y echaba terriblemente de menos a su madre. Supongo que cada día debe de temer que le lleguen malas noticias.

Las niñas escucharon en silencio. Todas se sentían incómodas y compadecidas. La pobre «*Niña Triste*» tenía verdaderos motivos para preocuparse. Todas, excepto Carlota, tenían madre y padre, y la mayoría hermanos y hermanas. Incluso Anna, que tenía tan poca imaginación, supo comprender en un momento la clase de dolor que

Gladys llevaba día y noche en su corazón.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Bobby—. No había vuelto a acordarme hasta ahora —respondió Mirabel.

—Pues yo creo que deberías habérselo dicho enseguida —dijo Hilary—. Nos hubiéramos podido portar mejor con Gladys. Es una pobre niña, sin ningún valor ni iniciativa, pero nosotras tampoco le hemos facilitado las cosas. No has hecho bien callando, Mirabel.

La verdad es que Mirabel sentía remordimientos de conciencia. No comprendía cómo pudo olvidar los problemas de Gladys. Estaba tan absorta en los suyos y, luego, cuando las niñas le demostraron amistad y la ayudaron, se sintió tan feliz que no volvió a pensar en la pobre «Niña Triste». Miró a Hilary con pesar.

—Lo siento —dijo—. Debería habérselo dicho. De todas formas, no creo que a Gladys le guste saber que todas conocemos sus problemas. Por eso no os lo dije. Sed amables con ella y hacedle un poco de caso.

El segundo grado recibió este consejo en silencio. Mirabel comprendía que no la iban a tener en muy buena consideración por haber olvidado los problemas de otra compañera. No dijo más y se marchó a guardar su violín.

«Me pregunto dónde estará Gladys —pensó—. Voy a buscarla para preguntarle si ha tenido noticias de su madre últimamente. Después de todo, puede que le ayude un poco si alguien comparte la noticia con ella».

Mirabel fue en busca de Gladys, pero no la encontró por ninguna parte. Era muy extraño.

«¡Bueno, tiene que estar en algún sitio! —exclamó Mirabel para sí—. Me pregunto si estará arriba, en alguna de las buhardillas. El otro día la vi bajar y me extrañó que hubiera subido allí».

Subió la escalera hasta lo alto de la escuela. Allí, en las buhardillas, se guardaban maletas y baúles, pero nada más. Salía luz por debajo de la puerta de una de las buhardillas y, además, se oía una voz.

No parecía la voz de Gladys. Era profunda y potente. Mirabel la escuchó sorprendida. La voz declamaba un párrafo de *La Tempestad*, que el segundo grado estudiaba aquellos días con la señorita Jenks.

*«Ésa no es Gladys —pensó Mirabel—. ¿Quién será? Ah, ahora se oye otra voz. Debe de haber dos o tres personas ahí dentro. Pero ¿quiénes pueden ser? Sólo el segundo grado representa *La Tempestad* este año y esta noche ensayan todas, menos Gladys».*

Una tercera voz habló, femenina y gentil. Mirabel no pudo soportar por más tiempo. Tenía que ver quiénes declaman a Shakespeare tan maravillosamente.

Abrió la puerta y la voz se detuvo al instante. Mirabel miró a su alrededor, esperaba ver allí a tres o cuatro personas ensayando la obra, pero sólo había una:

¡Gladys!

—¡Cielos! ¡Eres sólo tú! —exclamó Mirabel, asombrada—. Pensé que había varias personas. He oído toda clase de voces distintas. ¿Eras tú?

—Sí —replicó Gladys—. Márchate. ¿Es que ni siquiera puedo hacer esto en paz?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mirabel al entrar en la habitación y cerrar la puerta—. Dímelo. Sonaba muy bien. ¿Lo aprendiste todo de memoria?

—Sí —fue la respuesta de Gladys—. Me encanta recitar. Siempre me ha gustado. Pero la señorita Quentin nunca me deja actuar en las clases de declamación. Me sé los papeles muy bien. Y sé que puedo hacerlo. ¡Mira cómo hago el papel de Bobby en la obra que estamos ensayando con la señorita Quentin!

Y ante los asombrados ojos de Mirabel, la niña comenzó a representar el papel que le había sido encomendado a Bobby, pero ella lo hizo mejor. ¡Ella era el papel! La pobre «*Niña Triste*» desaparecía y otro temperamento llenaba la buhardilla, alguien con una voz resonante, potente y rostro fiero. Era extraordinario.

Mirabel estaba asombrada. Su asombro y admiración eran tan patentes, que Gladys se dispuso a representar otro papel de la obra, el de Carlota, y otra vez estuvo mucho mejor que la fiera Carlota. Su voz, potente y salvaje, tan distinta de la acostumbrada en Gladys, dulce y suave, invadió la buhardilla.

—¡Gladys! ¡Eres sencillamente maravillosa! —exclamó Mirabel—. Tienes que venir para que te vean las niñas. Vamos. Bajemos enseguida. Nunca he visto nada semejante en mi vida. ¡Tú actuando de esa manera! ¿Quién lo hubiera pensado? Eres tan insignificante y tu voz es tan tranquila... y, sin embargo, cuando actúas eres alguien, casi me asustas. Tienes que bajar enseguida para que las demás vean lo que sabes hacer.

—No —respondió Gladys, que volvía a ser la de siempre. Incluso parecía tener una estatura menor que un par de minutos antes.

—Oh, Gladys —dijo Mirabel, al recordar de pronto para qué había estado buscándola—. Gladys, ¿cómo está tu madre? Espero que hayas tenido buenas noticias.

—Gracias, está por un estilo —respondió Gladys—. Mamá está tan enferma, que ni siquiera puede escribirme. ¡Si por lo menos tuviera carta suya!

—¿Ella recibe tus cartas? —le preguntó Mirabel.

—Naturalmente —dijo Gladys—. No ceso de decirle cuánto la echo de menos y lo desgraciada que me siento sin ella.

—¡Pero Gladys, qué tontería! —exclamó Mirabel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gladys casi indignada—. A mamá le gusta saberlo.

—Yo creo que preferiría saber que tratas de acostumbrarte y de estar contenta —dijo Mirabel—. Debe de sentirse muy desgraciada al ver que estás tan sola y triste.

Me parece que eso la hará encontrarse peor.

—No —dijo Gladys con los ojos llenos de lágrimas—. Si creyese que me siento feliz aquí y que tengo otras cosas por las que interesarme, pensaría que la estoy olvidando.

—Creo que eres una tonta, Gladys —dijo Mirabel, que en aquel momento deseaba ser Hilary o Anna y, de ese modo, saber cuál era el mejor medio de manejar a alguien como Gladys. ¿No quieres que tu madre se sienta orgullosa de ti? Pensará que eres muy cobarde, sin coraje, que te dejas llevar por el pesimismo y lloras y gimes.

—¡Oh, eres odiosa! —exclamó Gladys—. ¡Cómo si mi madre fuese a pensar nunca una cosa así de mí! Márchate, no quiero bajar contigo. Y no te atrevas a decirle a nadie lo que me has visto hacer. Es mi secreto. No tienes derecho a venir a espiarme así. Márchate.

Mirabel miró el rostro enojado de Gladys mientras se preguntaba qué hacer o decir. Estaba segura de no haberle hecho ningún bien.

«Supongo que no tengo temperamento para ayudar a las demás, como Hilary o Anna —pensó Mirabel al bajar tristemente la escalera—. Tengo mucho que aprender. Cuando vuelva a mi casa a mitad de trimestre, la semana que viene, procuraré ser mejor».

Bajó a la biblioteca a buscar un libro. Pero, mientras revisaba las estanterías, no cesaba de pensar en Gladys. Ella no podía hacer nada. Si ella, Mirabel, no era capaz de ayudar a Gladys, tal vez alguien supiera: Hilary. Era siempre tan sensata. Lo mismo que Bobby y también las mellizas. Iría a decirles lo que acababa de ocurrir y dejaría que ellas hicieran lo que pudiesen. Mirabel comenzaba a tener muy pobre opinión de sí misma y de su capacidad.

Salió de la biblioteca para ir en busca de Hilary. Tuvo la suerte de encontrarla en una sala de música con Bobby, Janet y las mellizas, ensayando algo para la representación. ¡Bien! ¡Aquella era la ocasión para contarles lo ocurrido!

Capítulo 11

UNA DESILUSIÓN PARA EL SEGUNDO GRADO

—¡Escuchad! —dijo Mirabel al abrir la puerta—. ¿Puedo interrumpir un momento?

—Claro que sí —respondió Bobby—. ¿Qué ocurre?

—Es referente a Gladys —exclamó Mirabel, que procedió a contarles cómo había encontrado a la niña actuando sola en la buhardilla. Luego les explicó lo que ella le había dicho, cómo fracasó en su intento de ayudarla y que lo único que consiguió fue enfurecerla.

—Bueno —dijo Hilary tras escuchar atentamente—. Yo creo, Mirabel, que has dado a Gladys un consejo muy sensato. De veras. Claro que Gladys debería dejar de lloriquear a su madre. Tiene que buscar alguna distracción o va a destrozarse. Hiciste bien al decirle que a su madre le ayudaría saber que Gladys se iba amoldando y trataba de hacerlo bien.

—Oh, me alegro de que pienses así —replicó Mirabel—. Yo no soy tan buena como tú cuando se trata de saber qué es mejor para las demás. A propósito, Gladys dijo que no quería que se lo contase a todo el mundo.

—Claro, y no lo has hecho —contestó Hilary—. Sólo nos lo has contado a nosotras cinco, y lo comprendemos perfectamente. ¡Pero, como parece ser que Gladys te ha tomado a ti como confidente exclusiva, creo que lo mejor será que sigas manejando el asunto, Mirabel!

—¡Sí! —exclamaron las otras.

—Oh, no —dijo Mirabel, horrorizada—. He venido a pedir vuestra ayuda. Yo no sirvo para esta clase de cosas.

—Bueno, pues ya es hora de que aprendas —le dijo Hilary con firmeza—. Y ahora escucha, Mirabel, todas hemos tratado de ayudarte cuando lo necesitabas y, ahora, tú tienes que hacer lo mismo con Gladys. Sé su amiga, ánimo y, si puedes convencerla de que nos demuestre que sabe declamar, todas la escucharemos y aplaudiremos. ¡Y tiene que actuar en la representación!

—No puede ser. Es pasado mañana y todos los programas están escritos —objetó Isabel—. No podemos hacerlos todos de nuevo.

—De todas maneras, tampoco querrá actuar en la representación —dijo Mirabel—. De acuerdo, Hilary. Haré lo que pueda. Pero la verdad es que no sirvo para estas cosas.

Para Mirabel fue muy violento volver a hablar del asunto con Gladys. Siempre le molestaba todo lo que requiriera tacto o comprensión hacia los problemas de los demás. Hubiera preferido dejárselo a las otras; sin embargo, una vez se comprometía

a hacer una cosa, cumplía.

Gladys quedó sorprendida y no demasiado complacida, al ver que Mirabel siempre estaba a su lado al día siguiente.

—Gladys, no era mi intención hacerte enfadar —le dijo Mirabel cuando estuvieron solas unos minutos—. A la hora de hablar, soy muy torpe. Lo sé. Pero soy sincera y te ofrezco mi simpatía. No espero que eso te ayude mucho, pero me gustaría.

—Bueno —respondió Gladys, mientras miraba el rostro preocupado de Mirabel—. Ayer estaba furiosa. A nadie le gusta que le llamen cobarde. Pero he estado reflexionando y, en algunos aspectos, creo que tienes razón. Ya no escribiré a mi madre para decirle lo triste y sola que me encuentro. Sé que eso la preocuparía y podría perjudicarla.

—Sí —dijo Mirabel, satisfecha al ver que, después de todo, lo que le había dicho surtía efecto en Gladys—. Oye, ¿no le emocionaría saber que tomaste parte en la representación y actuaste como tú sabes hacer y fuiste aplaudida por todas? ¡Cómo me gustaría que las niñas te vieran actuar!

Gladys vacilaba. Con toda certeza, a su madre le agradecería conocer cualquier éxito suyo, pero era tan insignificante, con tanto miedo a todo, sería una verdadera prueba actuar delante de todas las niñas. Y, naturalmente, no podría hacerlo en el espectáculo. ¡Se moriría del susto!

Al ver que vacilaba, Mirabel continuó presionándola un poco más.

—¡Vamos, Gladys, sé valiente! Mira, si demuestras lo que puedes hacer y consigues que las niñas te incluyan en el programa, yo escribiré a tu madre para contarle lo bien que lo hiciste. ¿De acuerdo? Porque yo sé que lo harás bien. ¡Qué satisfecha estará tu querida mamá!

Pensar que Mirabel iba a escribir a su madre emocionó más a Gladys que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho. Miró el rostro ansioso de Mirabel e intentó contener las lágrimas que le brotaban en abundancia.

—Eres muy buena —le dijo—. De verdad. Al principio pensé que eras una niña egoísta y fría de corazón, pero no es verdad. Sé mi amiga, Mirabel. Tú no tienes ninguna amiga aquí y yo tampoco. Haré todo lo que me pidas si eres mi amiga.

—Bueno —dijo Mirabel, que recordó que la semana siguiente doblaban el ecuador del trimestre—. Ya sabes que voy a marcharme pronto, a mitad de trimestre. Nunca tuve intención de quedarme más tiempo. De manera que, en realidad, no va a servirte de mucho ser mi amiga, porque pronto me iré a casa.

—¡Oh! —exclamó Gladys, que se volvió de espaldas—. Ésa es mi suerte. La gente que me gusta, siempre se va.

—No te pongas otra vez así —dijo Mirabel impaciente—. De acuerdo. Seré tu amiga hasta que me vaya. Pero escucha, tienes que ser razonable y hacer lo que te

diga. Y lo primero que digo es, ¡qué tienes que demostrar a las niñas que sabes declamar!

¡Era muy agradable que alguien se tomase tanto interés por ella! Gladys se sintió confortada. Era de carácter débil y tímido.

Mirabel era fuerte y decidida, aunque se equivocase a menudo.

—Sí, si tú quieres, actuaré ante las niñas —dijo Gladys.

—Bueno, esta tarde en la sala común, después de merendar —dijo Mirabel—. Yo aplaudiré a rabiar cuando termines, de manera que no hay por qué tener miedo. Tal vez las niñas te incluyan en el espectáculo cuando vean lo buena que eres. Isabel dijo que no podía retocar los programas, pero estoy segura de que puede hacerse. Yo la ayudaré.

Mirabel se sentía muy orgullosa por haberse salido con la suya respecto a Gladys. Se lo dijo a Hilary y a las otras, y esperaron la llegada de la tarde para ver lo que Gladys sabía hacer.

¡Desde luego que fue una sorpresa para todas! Al principio, Gladys estaba terriblemente nerviosa y la voz le temblaba, pero al cabo de un par de minutos se olvidó de sí misma y puso alma y corazón en el papel que estaba representando. Parecía como si la «*Niña Triste*» ya no estuviera allí; se había transformado en alguien totalmente diferente, alguien a quien no habían visto antes.

Gladys representó muchos personajes de distintas obras de Shakespeare: Lady Macbeth, Miranda, Malvolio, Hamlet. Los sabía de memoria. Su madre era una gran aficionada a las obras de Shakespeare y las dos las estudiaban juntas noche tras noche. El padre de Gladys había sido muy buen actor y Gladys había heredado ese don.

Gladys se detuvo al fin, pasando de Boeften el Tejedor a su propia personalidad. Las niñas aplaudieron entusiasmadas.

—¡Mira que no decimos que sabías hacer todo esto! —le dijo Pat—. ¡Vas a hundir el colegio el día de la representación! Escuchad, tenemos que incluirla. ¿Es posible?

—No, no, por favor —suplicó Gladys alarmada—. No podría hacerlo delante de todo el colegio. Bueno, podría, si tuviese más tiempo para ensayar con vosotras. Pero la representación es mañana. ¡Me moriría si tuviera que aparecer! ¡No, por favor!

—Bueno, si te pones así, supongo que tendremos que prescindir de ti —dijo Janet. ¿Hay por casualidad alguna otra cosa que nos hayas ocultado? ¿Sabes pintar cuadros maravillosos, o hacer complicadas operaciones matemáticas de memoria?

Gladys rió, su primera risa desde que llegó al Santa Clara.

—Sólo hay una cosa para la que sirvo —exclamó—. Y es el *lacrosse*.

—Pues no te has prodigado demasiado —exclamó Bobby, sorprendida.

—Lo sé. No me preocupaba —dijo Gladys—. Me daba lo mismo correr o no,

marcar un gol o nada. Por eso la señorita Wilton siempre me coloca de guardameta. Pensaría que sólo sirvo para parar goles y nada más. Pero sé jugar bien si quiero. En mi antiguo colegio era del primer equipo.

—Bien —intervino Mirabel—. Te haremos marcar docenas de goles y luego también podrás escribirselo a tu madre.

—Lamento lo de tu madre, Gladys —le dijo Hilary—. Comunícanos todas las noticias que tengas. Nos interesa a todas.

Aquella noche, Gladys se fue a la cama sintiéndose realmente feliz. Tenía una amiga. Había sido aclamada y aplaudida. Se había despojado de su reserva y permitido que las otras niñas le hablaran de su madre. Las cosas no le parecían tan malas ahora y, por primera vez desde que llegó al colegio, se quedó dormida sin temores ni preocupaciones.

A medianoche, cinco de las niñas se debatían inquietas. Pat e Isabel, Doris, Bobby y Carlota no podían dormir. Les dolía la garganta. Tosían y estornudaban. ¡Era descorazonados, la representación debía celebrarse al día siguiente!

«*No podré pronunciar palabra* —pensaba Doris mientras procuraba aclarar su garganta—. *Esto sí que es mala suerte. No podré actuar en el espectáculo. ¡Qué contrariedad! ¡Lo esperaba con tanta ilusión!*».

Por la mañana, las cinco fueron a ver al ama, se sentían muy tristes y se compadecían de sí mismas. El ama les tomó la temperatura.

—Habéis pescado ese horrible resfriado que corre por todo el colegio. Todas tenéis fiebre, excepto Carlota. Tendría que estar más enferma para que la tuviera, pero debe acostarse también. ¡Y ahora, todas a la enfermería!

—¡Pero, ama! ¡Si la representación es esta noche! —exclamó Bobby con voz ronca—. No podemos acostarnos.

—Poneos los sombreros, los abrigos y las bufandas —dijo el ama sin hacer el menor caso a Bobby—. E id inmediatamente a la enfermería. Todas tenéis un fuerte resfriado y fiebre, eso está claro. Lo pescaríais el otro día que soplaba un viento tan frío, mientras mirabais jugar a *lacrosse*, por eso el virus encontró en vosotras presa fácil. Bobby, ¿estás sorda? Ve enseguida a buscar tu abrigo y tu sombrero y no discutas.

Nunca servía de nada discutir con el ama. Había tratado con niñas durante muchos, muchos años, y en su opinión la cama, el calor y la medicina apropiada curaban rápidamente muchas cosas. De manera que, con representación o sin ella, las cinco niñas tuvieron que acostarse en la enfermería y allí quedaron gimiendo y lamentándose por el espectáculo y preguntándose qué iba a ocurrir.

El resto del grado no tardó en decidir lo que iba a hacer.

—No podemos celebrar la representación sin ellas cinco —dijo Hilary.

—Doris es una de las estrellas —dijo Janet.

—Y Bobby —exclamó Hilary—. Y también Carlota.

—Sería un gran fracaso sin ellas tres. Tendremos que aplazarla. La celebraremos la semana que viene.

—No podemos —dijo Anna—. Las de tercero darán la suya.

—Bueno, entonces la otra semana —dijo Hilary—. Eso dará tiempo a las enfermas a curar sus resfriados. ¡Espero que a nadie más se le ocurra empezar a toser y estornudar! ¡Si eso ocurre, por amor de Dios, id enseguida a la enfermería y curaos para que podamos dar la representación dentro de quince días!

—¡Entonces Gladys podrá actuar! —dijo Kathleen—. Así tendremos otra buena artista.

—¡Oh, bien! —exclamó Anna, mirando a Gladys—. Será estupendo. Ahora tendrás tiempo de sobra para ensayar, Gladys.

Gladys no pudo reprimir su emoción. Le encantaba declamar y sería divertido ensayar con las otras. No le había gustado verse relegada a un lado. Ahora podría tomar parte y ser aplaudida como las demás. Tendría montones de cosas que contarle a su madre cuando le escribiera. Sintió una oleada de gratitud hacia Mirabel. Era ella quien había hecho que aquello fuera posible.

Se acercó a Mirabel y la rodeó con su brazo.

—Es una lástima por las demás, ¿verdad? —dijo—. Pero dentro de quince días estarán bien y ahora me gustará tomar parte en la representación. Aplaudiré como una loca cuando llegue tu turno, Mirabel. Creo que serás la mejor de todas.

Mirabel no sonrió. Estaba muy seria y miraba al vacío. Gladys se preguntó qué le ocurriría.

—¿Cuántas piezas vas a interpretar? —le preguntó—. ¿Quieres que te vuelva las páginas cuando toques el piano?

—Yo no tomaré parte en la representación —dijo Mirabel con voz extraña—. Ya sabes que me vuelvo a casa a mitad de trimestre. Cuando llegue el día del concierto, ya me habré ido. ¡Claro que me siento decepcionada, de manera que no hablemos más!

Y, tras coger del brazo a Gladys, echaron a andar. ¡Todo era enloquecedor!

Capítulo 12

GLADYS CONVENCE A MIRABEL

El segundo grado pareció haber disminuido considerablemente con la ausencia de las cinco enfermas. Hilary y Alison cayeron enfermas al día siguiente, de manera que había muchos pupitres vacíos. La representación se aplazó dos semanas y las niñas de segundo estaban desanimadas y tristes.

Elsa era la única que estaba plenamente satisfecha. Se había negado a interesarse por la representación y se alegraba de la decepción de sus compañeras de grado. Según había previsto Anna, Elsa adoptó una actitud de mártir haciéndose la triste y abandonada todo el tiempo, pero nadie le hizo el menor caso.

La niña se sentía herida en su orgullo. No quiso preguntar a Anna qué le había dicho la señorita Theobald el día en que ambas fueron llamadas, pero ahora veía claro que no sólo las niñas ya no la consideraban una de sus delegadas de clase, sino que también la señorita Jenks daba la sensación de haber asumido que Anna era la única delegada. Era exasperante. Algunas veces Elsa deseaba ser como Carlota y dar de bofetones a las demás cuando le viniese en gana. ¡Daría bofetadas a toda la clase!

Las siete niñas lo pasaron mal en la enfermería durante los dos primeros días. Luego, a medida que su fiebre remitió, se sentaron en la cama algo más animadas.

Era divertido estar todas juntas. Podrían practicar distintos juegos y charlar.

—La semana que viene se cumple la mitad del trimestre —dijo Isabel—. Nuestra madre va a venir a buscarnos.

—La mía también —exclamó Doris—. Carlota, ¿va a venir a buscarte tu padre?

—Sí, y mi abuela también —contestó Carlota con pesar—. Ahora me llevo muy bien con mi padre, pero parece ser que para mi abuela soy vulgar y mal educada. Recuerda mis tiempos de circo y ella los odia. Oh, pobre de mí. Tenía la intención de ser terriblemente bien educada este curso y no pegar a nadie, ni perder los estribos por nada.

—Mirabel va a dejar el colegio a mitad de trimestre, ¿verdad? —exclamó Bobby de pronto—. Entonces no estará para la representación, ni tampoco sabrá si ha sido escogida para jugar en algunos de los partidos de *lacrosse* y se perderá la fiesta de cumpleaños que va a dar Carlota.

—Es una tonta —comentó Doris—. No piensa nada a derechas. Eso es lo que pasa.

—No será tan mala cuando se ha propuesto cambiar y ser razonable —replicó Pat—. Ahora me gusta mucho. Y debo decir que es buena con la pequeña y tímida Gladys.

Cuando Kathleen vino a vernos ayer dijo que a Mirabel le gustaba cuidar de ella y salir de paseo en su compañía, y Gladys es como un perrito para ella, camina siempre detrás Mirabel y hace todo lo que le dice.

—¡Vaya, quién iba a pensar que esas dos harían tan buenas migas! —dijo Isabel—. Y hay otra cosa también sorprendente, ¿quién iba a creer que la perezosa Anna se espabilaría como lo ha hecho?

Al final de la semana, las siete enfermas estaban muchísimo mejor. Como es lógico no hubieran podido haber asistido al espectáculo de haberlo aplazado sólo una semana, de manera que hicieron muy bien en aplazarlo tres. Y desde luego estarían lo bastante repuestas para asistir al del tercer grado que iba a celebrarse el martes antes de mitad de trimestre.

Mirabel estaba apesadumbrada. La mitad de trimestre se aproximaba rápidamente, y el aplazamiento del concierto que iba a dar había sido una amarga desilusión. Las clases resultaban aburridas con la mitad de las alumnas en la enfermería.

La única nota brillante era su nueva amistad con Gladys. La niña le mostraba, poco a poco, aspectos insospechados de su carácter. Era capaz de hacer chistes excelentes y poseía un buen sentido del humor. Era divertido pasear con ella porque mantenía una charla alegre. Daba la impresión de haber olvidado sus preocupaciones. La verdad era que apreciaba mucho a Mirabel, y a ésta, a la que de ordinario no le gustaban las demostraciones de afecto, le encantaba que Gladys la cogiera del brazo.

—¡Mirabel! No te irás a casa a mitad de trimestre, ¿verdad? —le dijo Gladys aquel fin de semana—. Nada más quedan unos días y es estupendo ser tu amiga. No te irás, ¿verdad?

—Pues claro que me voy —replicó Mirabel impaciente—. Ya te dije que había decidido volver a casa a mitad de trimestre mucho antes de venir aquí. Y no voy a volverme atrás. Nunca me vuelvo atrás cuando decido algo.

—No. Lo sé —dijo Gladys con un suspiro—. Sólo las personas como yo cambian de opinión y cambian sus decisiones. Pero yo querría que no te marchases, Mirabel.

Gladys se lo dijo aquel mismo día a Hilary, cuando fue a verla a la enfermería.

—Desearía que Mirabel no se marchase —le dijo—. Me siento completamente distinta desde que es mi amiga y todas vosotras me aplaudisteis el día que actué.

—¿Por qué tiene que irse? —exclamó Hilary—. Se ha aclimatado a la perfección. Es feliz. Ahora es una de nosotras y disfruta de la vida. ¿Por qué quiere irse a casa a mitad de trimestre ahora que está bien aquí?

—Pues, verás —respondió Gladys, preocupada—. Una vez ha dicho algo, no puede volverse atrás. Afirmó que volvería a su casa a mitad de trimestre, tomó esa decisión, así que no puede cambiar de parecer porque tiene un carácter muy firme, ¿entiendes?

—Bueno, pues son los caracteres firmes los que deben poder cambiar de parecer algunas veces —dijo Hilary—. Yo le llamo «ser débil» a aferrarse a algo que una sabe que es una tontería. Y es una tontería que Mirabel vuelva ahora a su casa. La necesitamos para el concierto y ella lo sabe. ¡Lo que hace es comportarse como si fuera débil y no enérgica!

Gladys quedó asombrada al oír aquello. Vistas así, las cosas parecían distintas por completo. La pequeña y débil Gladys había creído que los caracteres firmes debían ser capaces de tomar decisiones sensatas y cumplirlas, pero ahora comprendía que un carácter firme también podía cometer un error o una tontería por ser demasiado orgulloso para rectificar su decisión. Era algo completamente nuevo para ella y, por tanto, le pidió a Hilary:

—Me gustaría que esto se lo dijeras a Mirabel.

—Díselo tú misma —replicó Hilary—. Tú eres su amiga, ¿no? ¡Bien, pues ve y díselo!

—A mí no me escuchará —exclamó Gladys.

—¡Lo que quieres decir es que te da miedo decírselo! —dijo Hilary con una carcajada—. Adelante, ratoncito, coge al toro por los cuernos y, si realmente te interesa Mirabel y la quieres como amiga, no temas decirle lo que piensas. ¡Ten un poco de valor!

¡Pobre Gladys! Todos le decían siempre que tuviera valor y era algo que nunca tendría, de eso estaba convencida. Había sido una niña tan mimada por su madre, que ahora le resultaba difícil mantenerse sobre sus propios pies.

«De todas formas, de nada sirve tener una amiga a menos que se haga algo por ella —pensó Gladys tratando de armarse de valor—. Perderé a Mirabel si no la convengo y, si la pierdo porque se enfada por tratar de persuadirla... bueno, ya no puede ser peor. De manera que lo intentaré».

No fue fácil. Nunca es fácil para una persona tímida enfrentarse a una fuerte, en particular si es para poner de relieve que está última está equivocada. Gladys fue en busca de Mirabel y la cogió del brazo.

—Mirabel —le dijo—, he estado pensando en lo que me dijiste sobre lo de volver a casa y no cambiar de opinión y demás, y la verdad, creo que estás equivocada.

—Eso es asunto mío —dijo Mirabel con bastante rudeza.

—No, no lo es. También lo es mío —replicó Gladys con la esperanza de que no le temblase la voz—. Eres mi amiga y no quiero que te marches.

—Ya te he dicho que no puedo volverme atrás. Nunca lo hago —explicó Mirabel—. No te molestes.

—Si verdaderamente fueras tan firme de carácter como pretendes, cambiarías de opinión —dijo Gladys con osadía—. Ahora sabes que puedes permanecer aquí y ser feliz, pero eres demasiado orgullosa para reconocer que has sido una tonta, ¡y a eso le

llamas ser lo bastante fuerte para no cambiar de opinión!

—¡Gladys! ¿Cómo te atreves a hablarme así? —exclamó Mirabel asombrada y furiosa—. Cualquiera diría que eres la señorita Theobald, haciéndome pedazos, diciéndome que no soy buena, ¡qué no valgo nada!

—Yo no te digo eso —dijo Gladys desconcertada—. Sólo que no dejes que tu orgullo se interponga en el camino de tu felicidad. Eso es todo.

Mirabel retiró su brazo del de Gladys y se alejó con el rostro enrojecido. ¿Cómo se atrevía Gladys a decirle cosas como aquéllas? Se puso el sombrero y el abrigo y salió a los jardines del colegio echando chispas.

Gladys la miró marchar muy triste.

«*Sabía que no iba a servir de nada —pensó—. Claro que Mirabel no debía querer que le dijera cosas como éstas. ¡Ahora no querrá ser mi amiga ni siquiera estos dos o tres días que quedan antes de que se marche!*».

Mirabel paseó por los jardines acalorada y furiosa, pero, a medida que su furor remitía, su mente comenzó a trabajar con más calma. Había mucho de cierto en lo que Gladys le había dicho.

«*¡Lo que me maravilla es cómo se le ha ocurrido todo eso a una niña tan tímida!* —se dijo Mirabel para sí—. *En ella debe de haber algo más de lo que yo pensaba. ¡Y el modo con que me ha hecho frente! ¡Ha adelantado mucho! Debe apreciarme lo suficiente para decidirse a hacer una cosa así, para intentar hacerme cambiar de opinión y así poder conservarme como amiga*».

El viento refrescó sus acaloradas mejillas. Se subió a la tapia y contempló el valle. Era muy agradable estar allí sentada y, en verano, debía de ser maravilloso. Santa Clara era muy divertido, de eso no cabía la menor duda.

«*Ahora vamos a pensar con calma —dijo Mirabel para sus adentros—. Yo estaba furiosa porque mi familia me hubiese enviado fuera para que no molestara en casa y me propuse volver lo más pronto posible para demostrarles que no podían echarme. Ahora me gusta estar aquí y veo que soy mejor fuera de casa y regresaré con verdaderos deseos de verlos a todos. Aquí he aprendido muchas cosas que debería haber sabido antes: a pensar en los demás y a no salirme siempre con la mía y cosas por el estilo. Bueno, entonces, ¿qué es lo que me impide seguir aquí?*».

No le resultaba agradable buscar una respuesta mientras contemplaba el valle, pero tenía que hallarla.

«*Lo único que me detiene es mi orgullo, como bien señaló Gladys. Soy demasiado orgullosa para decirle a papá que quiero quedarme. Me puse tan furiosa cuando me enviaron aquí, que quise vengarme con mi insistencia en regresar lo antes posible y mi comportamiento insoportable. ¡Y me creo con un carácter firme! ¡Cielos, todo esto me hace parecer tan odiosa como la vengativa Elsa!*».

Permaneció allí algunos minutos más y luego bajó de la tapia. Una vez en el

interior del colegio fue a quitarse el abrigo y, luego, directamente al despacho de la señorita Theobald.

—¡Adelante! —le dijo la señorita Theobald cuando llamó.

Estaba hablando con la señorita Jenks y *Mademoiselle*. Mirabel se sobresaltó un poco al ver allí a la directora con dos profesoras, pero tenía que decir lo que había ido a decir, no importaba cuantas personas hubiese en la habitación.

—Señorita Theobald —dijo en voz bastante alta—, ¿puedo continuar en el colegio y no regresar a casa a mitad de trimestre? ¿Me dejaría usted? Me gusta estar aquí un montón y lamento haber sido tan tonta al principio.

La señorita Theobald miró a la niña y sonrió con la más calurosa y mejor de sus sonrisas.

—Sí, celebraremos mucho tenerte aquí —le dijo—. ¿No es cierto, señorita Jenks y *Mademoiselle*?

—Sí —respondió la señorita Jenks, que miró con cariño a Mirabel.

—¡Ah! —exclamó *Mademoiselle*—. ¡C'est bien, ga! Yo estaré encantada.

—Telefonaré a tus padres —dijo la señorita Theobald—. Celebro, Mirabel, que haya algo en ti que valga la pena, ¡y no me refiero sólo a tu música! Es algo mejor que eso. ¡Bien hecho!

Una alabanza como aquélla resultaba muy agradable y Mirabel salió de la habitación feliz y confortada. Sabía que le quedaba mucho que aprender, que las cosas irían mal y que cometería errores, pero nada conseguiría arrancar aquel momento de su memoria.

Fue en busca de Gladys, a quien encontró acurrucada en un rincón de la sala común con aspecto triste y encogida. Se acercó a ella y la abrazó por sorpresa.

—¡Bueno, Gladys! ¡Me quedo! Acabo de decírselo a la señorita Theobald. ¡Y todo porque me hiciste frente y me obligaste a pensar!

Gladys le devolvió el abrazo, estaba a punto de llorar. Era maravilloso. Ella, una niña débil, había reunido la fortaleza suficiente para convencer a un carácter firme y conseguido al fin lo que se había propuesto. Era demasiado bueno para ser verdad.

—¡Actuarás en la representación! —le dijo—. Y asistirás a la fiesta de Carlota. ¡Cómo nos divertiremos! ¡Oh, Mirabel, qué orgullosa me siento de ti!

—Yo también estoy orgullosa de ti —dijo Mirabel—. Me diste una buena sorpresa al decir verdades como catedrales. Eres una buena amiga que es preciso conservar.

—¡Cuántas cosas tendré que escribir a mi madre! —exclamó Gladys—. ¡Y qué contentas estarán todas al saber que afortunadamente has cambiado de opinión y que te quedas!

Las niñas se alegraron. Habían comenzado a querer a Mirabel y la admiraron por ser capaz de cambiar de opinión al comprender que estaba equivocada. Pronto

olvidarían el inaudito comportamiento de Mirabel durante las tres primeras semanas del trimestre.

Sólo una niña estaba disgustada: Elsa. ¿Por qué armar tanto alboroto por una estúpida Mirabel que se había portado tan mal y que, en parte, era la causa de su desgracia? Elsa pensaba todo esto mientras lanzaba miradas llenas de rencor a Mirabel y se preguntaba cómo se las arreglaba para ser tan popular, cuando a ella, Elsa, nunca le hicieron el menor caso.

Pero Mirabel tenía la piel muy dura y ni sentía ni veía la hostilidad de Elsa, sino que aguardaba con ansia la agradable perspectiva del resto del curso en el Santa Clara.

Capítulo 13

VACACIONES DE MITAD DE TRIMESTRE

La mitad del trimestre llegó y pasó. Fue un agradable intermedio para todas. La mayoría de los padres sacaron a las niñas para llevar a cabo alguna actividad y, aquellas que vivían lo bastante cerca, fueron a pasar el fin de semana a sus casas. Los padres de Alison estaban ausentes, así que ella se fue con las mellizas y su madre.

—Vaya, ¿qué tal va este trimestre? —les preguntó la señora O'Sullivan—. Trabajando de firme, seguro.

Pero nadie habló del trabajo. Las mellizas le contaron lo de la representación y el *lacrosse*, y que Carlota iba a dar una fiesta el día de su cumpleaños. Alison no hablaba más que de su querida señorita Quentin.

—¡Oh, deja de hablar de la señorita Quentin! —gimió Pat—. Mamá, el trimestre pasado, Alison no podía pasarse sin Sadie Greene, la niña americana, quien, dicho sea de paso, ni siquiera te ha escrito, Alison. ¡Y este año es la señorita Quentin! ¿No hay ninguna medicina o pildora que podamos dar a Alison para que deje de entusiasmarse por la gente?

A Alison le había dolido mucho que su mejor amiga, Sadie, no se hubiera tomado la molestia de escribirle, y pensó que Pat era muy cruel al recordárselo.

—Bueno, la señorita Quentin no es así —respondió—. Le he hecho prometer que me escribiría todas las semanas durante las vacaciones. Ella es leal, lo sé. Me parece maravillosa.

—Es bonita, es maravillosa, es estupenda, es magnífica —dijo Isabel con una sonrisa—. Pero el caso es, ¿qué piensa ella de ti, Alison? ¡No gran cosa, me apuesto lo que quieras! Tú siempre tienes que pensar que alguien es maravilloso y nunca te paras a pensar que puedas molestarles.

La idea de que su adorada señorita Quentin llegara a sentirse molesta hizo que Alison se acalorase y enfureciera. Miró a las mellizas y la señora O'Sullivan sorprendió su mirada.

—Vamos, vamos —exclamó—, no malgastéis vuestro precioso tiempo en discusiones, por favor. No tengo la menor duda de que la señorita Quentin es una persona admirable, y estoy segura de que Alison trabaja de firme, por lo menos en su clase, si es que no lo hace también en las demás.

Los padres de Mirabel fueron a verla a mitad del trimestre y se la llevaron a comer, al teatro y luego a merendar. Mirabel estaba excitadísima al pensar en verlos y olvidó todo el furor que la dominaba cuando se separó de ellos. Olvidó también todas las cosas desagradables que les había dicho y las amenazas que les hizo. Estuvo

aguardándolos en la puerta principal llena de ansiedad.

Cuando llegaron, les sorprendió arrojándose sobre ellos para abrazarlos y exclamar con voz sincera y emocionada:

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Cuánto me alegro de volver a veros!

Sus padres miraron a aquella niña tan excitada cuyos ojos brillaban de alegría. ¡Aquella era una Mirabel completamente distinta! Abrazaron a la niña y miraron hacia el colegio con interés. Ninguno de los dos lo había visto antes. El padre de Mirabel había decidido de repente enviarla interna y escogió un colegio que le había recomendado un amigo. Todo ocurrió tan de prisa que los padres no tuvieron tiempo de ir a verlo.

—¡Qué lugar más encantador! —exclamó la señora Unwin—. ¿Tenemos tiempo de visitarlo?

—Mamá, tienes que verlo todo —exclamó Mirabel, que arrastró a sus padres por todo el colegio y les enseñó incluso el cuarto de aseo y el lugar en que tomaban diariamente su baño nocturno. Había un gran orgullo en la voz de la niña, y sus padres intercambiaron varias miradas de contento.

Estaba bien claro que Mirabel se sentía ya muy orgullosa del Santa Clara y lo consideraba su propio colegio.

—Papá, estoy muy contenta de que escogieras el Santa Clara —dijo Mirabel cuando por fin volvieron a la puerta principal—. Es maravilloso, de veras. —Miró a sus padres con vacilación. Tenía algo que decirles que le resultaba difícil.

A Mirabel no le gustaba tener que pedir perdón por nada. Nunca lo había hecho.

—Sabéis, siento de veras haber sido tan mala en casa —dijo la niña apresuradamente—. Ahora puedo verlo claro porque estoy lejos de vosotros y creo que me porté mal con todos.

—Lo hemos olvidado —respondió su padre—. Y jamás volveremos a recordarlo. Lo único que nos preocupa ahora es que seas feliz y que sigas siéndolo cuando vuelvas otra vez a casa. Nos sentimos muy orgullosos cuando la señorita Theobald nos hizo saber que deseabas quedarte. Nos dijo un par de cosas muy agradables sobre ti.

—¿De veras? —preguntó Mirabel, satisfecha—. Al principio la odiaba, me dijo cosas terribles, pero ahora me parece estupenda. ¡Oh, mamá, ojalá hubieseis traído con vosotros a Joan y a Harry! Estoy deseando verlos.

—Ellos también quieren verte —replicó su madre—. Pero esto está demasiado lejos para traerlos. Y ahora, ¿y si nos fuéramos? Si no nos vamos no comeremos nunca.

—Mamá, ¿querrías hacer algo por mí? —preguntó Mirabel de pronto—. Tengo una amiga aquí y su madre está en el hospital, de manera que nadie vendrá a verla estos dos días de vacaciones. ¿Crees que podría venir con nosotros?

—Naturalmente —respondió la señora Unwin sorprendida y contenta al ver que su difícil hija tenía una amiga. Se preguntó qué tal sería. Nunca le habían gustado las amigas que Mirabel tuvo hasta entonces, siempre fueron ruidosas, descorteses y díscolas, muy parecidas a la propia Mirabel.

—¡Iré a buscarla! —dijo Mirabel, que salió a la carrera para llamar a Gladys. Ésta se estaba preparando para la comida del colegio. Se sentía un poco sola, ya que casi todas las demás niñas se habían marchado estos dos días de vacaciones de mitad de trimestre con sus padres.

Mirabel corrió hacia ella.

—¡Gladys! ¡Vas a venir a comer conmigo! ¡Ve a preguntarle a la señorita Jenks si puedes venir, deprisa! Papá y mamá dicen que vengas.

Un rayo de alegría iluminó a Gladys. Se sentía nerviosa por tener que conocer a los padres de Mirabel, pero pensar que Mirabel quería que fuera con ella era maravilloso. Su abatimiento desapareció en el acto y miró a su amiga con alegría. Había gozado de muy pocas diversiones en su vida y le pareció que ir a comer a un restaurante y al teatro era demasiado bueno para ser verdad.

—Gladys, ¡no te quedes ahí parada mirándome! —exclamó Mirabel impaciente—. Date prisa. Ve a buscar a la señorita Jenks. Yo iré a recoger tu abrigo.

A los tres minutos, Gladys estaba en la puerta principal con Mirabel, roja de timidez e incapaz de pronunciar palabra. Los señores Unwin miraron a la nerviosa niña y quedaron asombrados. De manera que ésta era la amiga de Mirabel. Bien, ¡vaya un cambio, comparada con las niñas cargantes que escogía antes! Gladys les gustó desde el primer momento, y la señora Unwin le sonrió maternalmente.

En ciertos aspectos, la señora Unwin se parecía a la madre de Gladys. Ambas eran dulces y amables, y Gladys apreció enseguida a la señora Unwin. No tardó en contarles todo lo de su madre, animada por la amabilidad y la comprensión de la madre de Mirabel.

—¡Oye! ¡Tienes una madre estupenda! —susurró a Mirabel cuando fueron a lavarse las manos al hotel antes de comer—. Después de la mía, es la más simpática que he conocido. Y tu padre, ¿no es magnífico? Impone respeto, pero me gusta. ¡Qué afortunada eres!

Mirabel estaba satisfecha y miraba a sus padres con ojos distintos ahora que había estado separada de ellos varias semanas. Era agradable oír que alguien les encontraba tan simpáticos.

Cogió a su amiga del brazo.

—Es divertido tenerte conmigo —le dijo—. Me alegro de que les hayas gustado a mis padres.

A Gladys le aguardaba una verdadera sorpresa cuando la señora Unwin le preguntó en qué hospital estaba su madre. Escuchó la respuesta de Gladys con

asombro.

—Vaya, si está muy cerca de donde vive mi hermana. Yo voy muy a menudo a verla y tal vez pueda llegarme al hospital para preguntar cómo sigue tu madre. Incluso puedo visitarla si me lo permiten.

Gladys miró a la señora Unwin roja de entusiasmo. Saber que alguien iría al hospital, le hacía pensar que tenía a su madre mucho más cerca. ¡Y en el caso de que se la dejaran ver, podría escribirle y contárselo!

—¡Oh, gracias! —exclamó la niña—. ¡Si usted pudiera! ¡Sería maravilloso!

El fin de semana pasó demasiado aprisa. Todas las niñas disfrutaron mucho. Fue un descanso muy agradable y, de regreso al colegio, hablaron animadamente sobre lo que habían hecho.

—¡Hola! —dijeron las mellizas al encontrar a Carlota cuando regresaron—. ¿Qué tal te ha ido? Y tu abuela, ¿te ha regañado mucho?

—No, parecía muy contenta conmigo —dijo Carlota sonriente—. No anduve sobre mis manos ni hice nada de lo que ella desapruera, y me peiné tan bien que no me hubierais reconocido. Fui muy cortés con ella, y mi padre estaba muy satisfecho conmigo. ¡Me dio un billete de una libra para mi cumpleaños!

—¡Cielos! —exclamó Pat—. ¡Qué suerte!

—Y mi abuela me dijo que podía encargarse todo lo que quisiera en la tienda de la ciudad para la fiesta de mi aniversario —dijo Carlota con los ojos brillantes—. ¡Vaya si encargaremos cosas! También me dio algunos comestibles de su despensa. Todavía no sé lo que hay, pero apuesto a que mi abuela me ha puesto muchas cosas.

—¡Qué estupendo! —dijeron las mellizas—. Parece como si hubiera comida suficiente para alimentar a todo el colegio.

—No, sólo es para nuestra clase —replicó Carlota—. Todavía no sé si celebrarlo por la tarde, como es debido, o sí haremos algo verdaderamente excitante, como repetir la fiesta de medianoche. Yo creo que cada grado debería tener una fiesta de medianoche. ¡El curso no parece completo sin ella!

Parecía que la segunda mitad del trimestre iba a ser muy emocionante. Aquella semana tenían la representación en perspectiva, varios partidos de *lacrosse*, ¡y ahora la fiesta de Carlota! Todas las niñas estaban contentas. ¡Cómo iban a divertirse!

Bobby tenía un secreto y Janet también. Este fin de semana habían salido juntas con los padres de Bobby y con el hermano de Janet, cuyas vacaciones de mitad de trimestre coincidían con las de las chicas. Él era tan travieso como Janet, siempre dispuesto a preparar trucos, y les había enseñado, a Janet y a Bobby, un viejo truco con el cual engañarían a *Mademoiselle*. Era una cosa muy curiosa: consistía en un largo tubo de goma muy estrecho con un pequeño globo en un extremo y una pera de goma en el otro que, al ser presionada, enviaba aire a través del tubo hasta el globo, que al instante se hinchaba aumentando de tamaño.

—Pones el globo debajo del plato de alguien durante la comida —rió Bobby— y escondes el tubo de goma debajo del mantel. Luego, cuando aprietas la pera, el globo se hincha y levanta el plato. ¡Imagínate el asombro de *Mademoiselle* cuando su plato comience a bailar! ¡Nos vamos a desternillar de risa!

Aquello era realmente otro aliciente más. *Mademoiselle* era una persona maravillosa para gastarle bromas. Siempre picaba y les había proporcionado más risas que todas las demás profesoras juntas.

—¡Oh, Bobby! Hagámoslo pronto —suplicó Doris—. Hazlo. Este trimestre no hemos gastado ninguna broma todavía. Ya es hora de preparar alguna.

—Bueno, después de todo, ahora estamos en el segundo grado —exclamó Janet.

—¡Bobby seguiría con sus bromas aunque fuera delegada del colegio! —exclamó Isabel—. Me sorprende que haya llegado hasta medio trimestre sin poner en práctica ninguna.

—Oh, he pensado muchas cosas —exclamó Bobby—, pero la señorita Jenks no es persona fácil para gastarle bromas. Ella no sabe dominar su genio como la señorita Roberts. Se enfurece de repente y no me gustaría que me enviase ante la señorita Theobald, ahora que estoy en el segundo grado. ¡Puede que os haya pasado por alto que este año estoy trabajando de firme! No olvidéis que ya no soy «*Bobby la Despreocupada*» del año pasado. ¡Ahora empleo mi cerebro en otras cosas, aparte de bromas y chistes!

—Vamos a ensayar para la representación —propuso Pat—. Ahora sólo nos quedan unos días. Trae tu violín, Mirabel. Gladys, hazte a la idea de que vas a actuar y escoge entre los cientos de papeles que eres capaz de representar. ¡Vamos todas a divertirnos!

Capítulo 14

UN ESPECTÁCULO MARAVILLOSO

Los días pasaron volando y llegó la noche de la representación. La señorita Jenks tuvo que ser condescendiente con el segundo grado porque comprendía que ponía verdadero empeño en que su espectáculo fuese un gran éxito. *Mademoiselle* era la única profesora que no hacía concesiones, de manera que la clase gemía y trabajaba lo mejor que podía.

—Es una lástima que haya espectáculos en mitad del trimestre —se lamentaba *Mademoiselle* ante la señorita Jenks—. Estas niñas piensan en todo menos en su trabajo. Cuando yo era colegiala...

—Estudiaba todo el día y toda la noche, y no jugaba ni preparaba representaciones —recitó la señorita Jenks con su amplia sonrisa. Las profesoras habían oído mil veces lo mucho que trabajaba *Mademoiselle* en su juventud.

—Hay otras cosas tan importantes como las lecciones —dijo la señorita Roberts—. No sólo debemos llenar de conocimientos las cabezas de las niñas durante todo el día, sino que también tenemos que ayudarlas a formar su carácter para que sea firme y amable. Este espectáculo de ahora, por el que usted tanto gruñe, está haciendo que el segundo grado trabaje unido de un modo maravilloso y ha sacado a la luz toda clase de talentos insospechados. Mire a Mirabel y a Gladys, por ejemplo, y ayudará a una gran causa. También motiva a las niñas para que desarrollen su ingenio y busquen toda clase de recursos. Debería ver el traje de cocinera que Doris se ha confeccionado, y el de ama.

Mademoiselle no sabía que Doris iba a imitarla a ella también, las otras profesoras lo imaginaban y aguardaban expectantes. Todas querían a *Mademoiselle* y admiraban su sentido del humor. Era capaz de soportar una broma de buen grado.

—La representación del tercer grado estuvo bastante bien —dijo la señorita Lewis, la profesora de historia—. Pero me parece que la del segundo será más divertida. La del tercer grado fue demasiado seria y no nos sacó ni una sola carcajada. ¡Me imagino que este sábado nos reiremos mucho!

El segundo grado estaba muy excitado. Sólo Elsa quedaba aparte de toda emoción y diversión. La niña continuó con su obstinada negativa a tomar parte en nada, ni siquiera quiso hacer de apuntadora.

—Pero, Elsa, todas encontrarán muy extraño que seas la única que no toma parte en el espectáculo de segundo —dijo Pat con impaciencia—. No cesamos de ofrecerte cosas y las rechazas todas. Creo que hemos sido muy amables al tener tanta paciencia contigo.

—Sólo tomaré parte con una condición —dijo Elsa ceñuda.

—¿Cuál? —preguntó Bobby, acercándose a ella.

—Que me dejéis volver a ser delegada de clase con Anna —repitió Elsa—. Me habéis castigado hace semanas al quitarme mi autoridad como delegada vuestra. ¿No os parece que ya es hora de que me la devolváis?

—Bueno, se lo preguntaremos al resto de la clase —dijo Pat.

De manera que, aquella noche, en la sala común, antes de celebrar el ensayo, Anna propuso el asunto a la reunión.

—Elsa dice que tomará parte en el concierto si la dejamos ser delegada de clase otra vez. ¿Qué pensáis todas de esto?

—¿Por qué ha de exigirnos nada? —exclamó Carlota—. ¡Somos nosotras las que podemos exigir! Podemos decirle: «*¡Podrás ser otra vez delegada cuando demuestres que lo mereces!*».

—Eso es —dijo Doris.

—Fijaos cómo se ha comportado todas estas semanas —intervino Janet—. ¿Ha tratado de merecer una opinión mejor? ¿Ha demostrado que podíamos confiar en ella otra vez? No, lo único que ha hecho es mirarnos con rencor, ser vengativa en cuanto ha tenido ocasión y adoptar una pose de mártir con la esperanza de ganar nuestra simpatía. Bueno, pues no lo ha conseguido. No le hemos hecho el menor caso y a ella no le ha gustado.

—No sé por qué debemos molestarnos por ella —dijo Isabel—. La verdad es que no lo sé.

—¿Por qué no lo hacemos del modo acostumbrado si la queremos o no? —preguntó Anna—. Que levanten la mano las que quieran dar a Elsa otra oportunidad como delegada de clase.

No se levantó ni una sola mano y Anna sonrió.

—Bueno —dijo—, ahí está. Elsa tendrá que enfrentarse con la realidad. Debo decir que no ha salido muy bien parada. Yo hubiera estado dispuesta a trabajar con ella otra vez si vosotras así lo hubieseis decidido, pero celebro no tener que hacerlo.

Elsa no estaba allí y nadie se preocupó de ir a decirle lo que había ocurrido. Comenzaron el ensayo y pronto estuvieron enfrascadas entre la crítica y el aplauso de las actuaciones que se iban sucediendo. Gladys ya se había acostumbrado al público y actuaba con la misma naturalidad que las demás. Ella y Doris eran dos actrices innatas, aunque en forma distinta. Doris sabía imitar a cualquiera que hubiese visto, pero no representar un papel, y Gladys, aunque era incapaz de imitar a nadie, sabía representar muy bien cualquier personaje. Las dos se admiraban y Gladys hizo rápidamente una nueva amiga.

—Bueno, ahora creo que ya lo tenemos todo a punto —dijo Bobby al fin—. ¡Será divertido! Doris, echarás la casa abajo con tu imitación de *Mademoiselle*. Sólo espero

que a ella no le importe, pero no creo que se enfade.

La puerta se abrió para dar paso a Elsa.

—Habéis ensayado sin mí —exclamó. ¿Qué queréis que haga el día de la representación?

—Bueno, Elsa, tú dijiste que sólo tomarías parte si te reconocíamos otra vez como delegada de clase —dijo Anna con decisión—. Planteamos la cuestión al segundo grado y me temo que han decidido no darte esa oportunidad. De manera que en este caso no queremos que nos ayudes en la representación.

—¿Y no podíais haber dicho que no me queríais como delegada de clase, pero que, no obstante, podía intervenir en la representación? —dijo Elsa.

Las otras la miraron.

—No seas tonta —dijo Bobby al fin—. Ésa no es la cuestión. El caso es que tú siempre te has negado; luego trataste de negociar con nosotras, pero nosotras no lo consentimos. Supongo que debes de empezar a sentirte violenta por verte excluida del espectáculo delante de todo el colegio; por eso te has doblegado un poco y quieres ayudar, aunque no te aceptemos como delegada de clase otra vez. Bueno, ayuda si quieres, pero no esperes que caigamos todas de rodillas para darte una calurosa bienvenida y prodigarte adulaciones, porque no lo haremos.

Aquél fue un largo discurso que Elsa escuchó con creciente indignación. Todo lo que Bobby dijo era cierto. Elsa empezaba a sentirse horrorizada al verse dejada de lado. Todo el mundo en el colegio iba a notarlo y la criticarían. Se darían codazos unas a otras al verla pasar y ella no podría soportarlo, pero tampoco tuvo el coraje suficiente para dominar su furor y aceptar la cálida oferta de Bobby de dejarla ayudar; y mientras lanzaba un extraño rugido de furor, salió de la estancia.

Doris imitó aquel rugido inmediatamente y todo la clase estalló en una carcajada. Elsa oyó las risas y se detuvo. Sintió el impulso de volver para reñirlas, pero luego una ola de humillación la invadió y se deshizo en lágrimas.

La representación fue un éxito enorme. Estaba presente la mitad del colegio y todas las profesoras. El telón se alzó puntualmente a las ocho y todo se desarrolló con una puntualidad matemática. El tercer grado había tardado mucho en empezar, y hubo largos intervalos entre las diversas actuaciones, cosa que aburrió al público. Pero el segundo grado fue muy eficiente.

Cada actuación fue aplaudida ruidosamente. Mirabel tuvo que repetir y estaba tan emocionada por su éxito que apenas podía hablar de alegría. Tocando el piano era realmente una maravilla y, con un solo de violín, asombró a todas, incluso a las profesoras de música, que estaban acostumbradas a las niñas prodigio que surgían de vez en cuando en sus clases.

Las acrobacias de Carlota fueron aclamadas con entusiasmo por todo el colegio. Todo el mundo sabía que Carlota había vivido en un circo y la aplaudieron hasta

dolerles las manos cuando hizo algunos de sus graciosos números circenses. Las de primer grado la contemplaron con admiración, con la secreta determinación de imitar todas sus acrobacias.

Gladys también obtuvo un gran éxito. Cuando aquella niña pálida y nerviosa apareció en escena, el público aguardó expectante, suponiendo que iban a aburrirse, pero ante sus ojos la niña cambiaba según el papel que representaba, lo que mantuvo a todas hechizadas. Tenía un don natural, de eso no cabía la menor duda.

La más sorprendida de todas fue la señorita Quentin. Ella daba la clase de declamación y se preciaba de conocer las aptitudes de todas las alumnas del segundo grado. Particularmente había pensado que Doris y Carlota eran las únicas a las que valía la pena enseñar, y ahora resultaba que aquella poquita cosa de Gladys echaba abajo su teoría con sus magníficas interpretaciones de muchos de los papeles más difíciles de las obras de Shakespeare.

La señorita Theobald se inclinó hacia la señorita Quentin.

—¡Debo felicitarla por la actuación de una de sus alumnas! —le dijo con voz agradable—. Debe usted haberla ayudado mucho. Nunca hubiera podido hacerlo por sí sola. Es sorprendente.

La señorita Quentin no fue lo bastante sincera como para decirle a la señorita Theobald que estaba tan sorprendida como ella. Le gustaban los elogios tanto como a Alison y asintió con la cabeza, fingiendo haber enseñado a Gladys todo lo que ésta sabía. Interiormente se propuso cultivar a Gladys Hillman y darle el papel más importante en la obra que el segundo grado iba a representar con ella. Alison lo estaba esperando, pero no pensaba dárselo. Gladys lo merecía. ¡Y entonces la señorita Quentin podría adjudicarse todo el éxito de la excelente representación que estaba segura iba a ofrecer Gladys!

El espectáculo prosiguió. Las mellizas fueron aplaudidas, lo mismo que Janet. A las de primero les encantaron los trucos de magia de Bobby y sus parrafadas ridículas e interminables, y le dedicaron una ovación. ¡Pero la verdadera estrella de la noche fue Doris!

Cuando apareció en escena vestida como la rechoncha cocinera, hubo un rumor de carcajadas. Doris simuló elaborar un pastel mientras mantenía un monólogo con el acento irlandés de la cocinera e introducía todas las frases que las niñas tan bien conocían. Se desternillaron de risa.

Luego varió convenientemente su uniforme de cocinera ¡y allí estaba el ama! Doris corrió por el escenario con grandes botellas de medicamentos y un termómetro, y luego procedió a reconocer a varias niñas supuestamente enfermas.

El ama estaba entre el público muerta de risa, y las niñas reían a más y mejor, perdiéndose muchos de los chistes de Doris por no poder dejar de reír. Era muy lista y extremadamente divertida.

—Deberías trabajar en el teatro —dijo el ama, mientras se secaba los ojos—. ¡Oh!, ¿de verdad soy tan divertida? Ya es hora de que me retire si hago reír tanto. ¡Esa niña va a ser mi muerte! ¡Aguarden a que venga por medicinas! ¡Entonces será mi venganza!

Doris salió de escena sonriendo. El público aguardó su próxima actuación, otra imitación, pero ¿de quién?

Lo supieron en cuanto volvió a aparecer. Se había engordado a fuerza de almohadillas y peinado con moño. Se puso un par de enormes zapatos planos, que cogió secretamente de la habitación de *Mademoiselle*, y llevaba las gafas en el puente de la nariz.

—¡*Mademoiselle*! —exclamaron las niñas con entusiasmo—. ¡Maravillosa!

Doris, se acercó al borde del escenario, se dirigió a las niñas con voz idéntica a la de *Mademoiselle*, imitando a la perfección su acento francés. El público se desternillaba de risa mientras Doris las reprendía por su mal comportamiento.

—¡C'est abominable! —concluyó.

Luego se fue a arreglar algunas cosas que tenía encima de un pupitre, y procedió a tomar la lección en la forma que solía hacerlo *Mademoiselle*, alzando las manos al cielo y haciendo que las gafas resbalasen sobre su nariz.

Todas miraron a *Mademoiselle* para ver cómo lo encajaba. La profesora de francés estaba recostada en su asiento muerta de risa, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Las niñas sintieron gran simpatía hacia ella, ¡qué simpática era al reírse de alguien que imitaba sus pequeñas debilidades y amaneramientos! Las niñas se reían por igual de las carcajadas de *Mademoiselle* como de la insuperable actuación de Doris.

Fue una representación maravillosa y un gran éxito. Todas habían disfrutado y, al final, se congregaron para aplaudir a las que acababan de actuar y felicitarlas. A Gladys y Mirabel les entusiasmó oír los aplausos y las generosas frases de alabanza.

«*Mamá apenas podrá creerlo —se dijo Gladys para sí con el rostro resplandeciente de alegría—. Debo contarle hasta el último detalle. ¡Y qué bien ha tocado Mirabel! La he aplaudido hasta que me han dolido las manos*».

—Hemos recaudado cuatro libras, tres chelines y seis peniques con las entradas, los programas y alguna suscripción extra —anunció Anna—. ¿Verdad que está bien? Apuesto a que a ningún grado le ha ido tan bien.

El segundo grado disfrutó de café y galletas después de la representación, invitadas por el ama y *Mademoiselle*.

—¡Aunque no sé por qué hacemos esto por un grado cuyo éxito principal consiste en ponernos en ridículo a *Mademoiselle* y a mí! —exclamó el ama, dedicando una sonrisa a todas—. A propósito, ¿dónde está Elsa? No la he visto ni antes ni ahora.

Las de segundo estaban tan satisfechas de su éxito que deseaban que Elsa

participara del café y las galletas, pero no la encontraron por ninguna parte.

Estaba acostada, sola, pero no dormida. ¡La única niña que no había compartido ni participado de los aplausos de su grado! Pobre Elsa, ¡sus pensamientos eran tan amargos aquella noche mientras oía los ecos de las risas de la sala de fiestas!

Capítulo 15

ELSA PARECE TONTA

El siguiente gran acontecimiento fue el cumpleaños de Carlota. Eran quince los que cumplía y planeaba una fiesta realmente magnífica. Había abierto la caja de golosinas que le regaló su abuela, estaba mucho mejor provista de lo que el segundo grado imaginaba.

—¡Sardinias! —exclamó Bobby, mientras sacaba tres o cuatro latas ovaladas—. Y esto es una lata enorme de piña tropical. Hace siglos que no pruebo la piña. ¡Y qué grande! ¡Es súper!

—¡Barras de chocolate! —dijo Janet—. ¡Suficientes para alimentar a todo el colegio!

—¡Latas de gambas! —gritó Hilary—. Vaya, con lo que me gustan las gambas. Cielos, gambas y piña, ¡qué combinación más deliciosa!

—Aquí hay un pastel de jengibre —dijo Alison—. ¿Verdad que es grande? ¡Caramba, debo decirte que tienes una abuela de primera! La mía es buena para un pastel y un bote de frutas confitadas, pero nada más. ¡La tuya es súper!

—Bueno, sólo está empezando a ser súper —replicó Carlota con una sonrisa—. Cuando no se enfadaba me regalaba dos chelines y un nuevo clip para el pelo. ¡Mirad lo que ocurre cuando la complazco!

—Enseñémosle a Carlota unos modales exquisitos —dijo Janet—, para que cause una magnífica impresión a su abuela durante las vacaciones de Navidad. ¡Supongo que entonces volverá al colegio con media tienda de ultramarinos!

—Oh, mirad, ¿qué es esto? —preguntó Bobby al sacar una gran botella de medicamento llena de un líquido amarillo.

Al leer la etiqueta, se echó a reír.

—Escuchad: «¡Cada niña debe tomar una cucharada sopera de esto después de la fiesta de cumpleaños!». Oh, Carlota, tu abuela es divertidísima.

—¿Y dices que puedes ir a la confitería del pueblo para encargarte todo lo que quieras para tu cumpleaños? —le preguntó Hilary, que contemplaba la colección de cosas esparcidas por el suelo—. Yo no creo que desees nada más, ¿verdad?

—Me gustaría un buen pastel de cumpleaños, muy grande y con quince velitas —respondió Carlota—. Sé que eso de las velitas resulta un poco infantil cuando una ya tiene quince años, pero no puedo evitarlo. Es que el pastel resulta muy bonito cuando están todas encendidas. ¡Y si celebramos la fiesta de noche, podemos dejar que las velas nos iluminen!

—¿De verdad va a ser por la noche? —preguntó Mirabel emocionada—. A

menudo he leído relatos de colegios en que se celebran fiestas a medianoche, pero no creí que fuera realidad.

—¡Pues claro que las hay! —exclamó Bobby—. Espera y verás lo que haremos.

—Tengo que encargar montones de bebidas de cola —dijo Carlota—. Por la noche siempre tengo ganas de beber. Y también limonadas. Y bollos para untar de mantequilla y rellenar de mermelada. Me gestan mucho. Es una lástima que no podamos traer sardinas. Me encantan las sardinas.

Todas se echaron a reír. A Carlota le encantaban las sardinas y la piña, dos cosas relacionadas con su antigua vida de circo. A menudo había descrito a las niñas lo bien que olían las sardinas cuando los freían al aire libre, encima de una estufa, por la noche, después de alguna representación.

—No, Carlota. Deberíamos suprimir las sardinas —dijo Anna—. El olor despertaría a todo el colegio. Ya sabes cómo huelen al freírlas, incluso cuando la cocinera tiene cerradas las puertas de la cocina y de la despensa.

Elsa oyó hablar del cumpleaños de Carlota. Sabía que iba a haber una fiesta o reunión y, al ver la cantidad de golosinas que sacaban de la caja de Carlota, se preguntó si la invitarían o no.

Las otras discutieron la cuestión cuando Elsa no estaba presente.

—¿Vamos a invitar a la vengativa Elsa, o no? —preguntó Pat.

—No —respondieron casi todas.

—Oh, sí, invitémosla —dijo Anna—. Le gustan las cosas buenas, como a todas.

—No estoy segura, no queremos ver su rostro rencoroso todo el tiempo —dijo Isabel.

En aquel momento, Elsa llegaba a la puerta de la sala común y se detuvo a escuchar. Siempre se preguntaba si las otras estarían hablando de ella. ¡Y esta vez así era!

—Bueno, es mi cumpleaños y puedo escoger a mis invitadas —dijo Carlota—. Yo soy la que tiene que decir si invito a la vengativa Elsa o no.

—Sí, es cierto, ¡decide tú, Carlota! —exclamaron media docena de voces a una.

—Bueno, lo que yo digo es que la invitaré, pero al mismo tiempo le indicaré que tiene que abandonar esa pose de mártir y comportarse con sensatez —replicó Carlota—. Va por ahí que parece un trapo húmedo. Estoy segura de que todo el colegio debe reírse de ella. Es una vergüenza para nuestro grado. De todas formas, yo la invitaré a la fiesta y veremos si es agradecida y se porta bien.

—Sí, hazlo —le dijo Anna, tan cansada como cualquier otra de ver a Elsa deambulando con aquella expresión de echarse a llorar de un momento a otro—. Tal vez haya aprendido la lección al no participar en el concierto. Quizás aproveche la oportunidad que tiene a mano para hacer las paces.

—Pobre Elsa, la vengativa —dijo Doris, imitando la voz aguda de Elsa, excitada

y llena de lágrimas. Todas se echaron a reír.

No tenían la menor idea de que Elsa estuviera fuera, en la puerta, escuchando. Se hubieran enfadado mucho de haberlo sabido, porque escuchar detrás de las puertas estaba muy mal visto por todas. Tenían unas ideas muy estrictas sobre el honor y les gustaba observarlas.

Elsa olvidó que quien escucha detrás de las puertas «*su mal oye*». Permaneció allí temblorosa, llena de furor y conmiseración, llena de odio hacia todas las niñas que pronunciaban su nombre con tanto rencor y se reían de ella.

Un movimiento hacia la puerta hizo que huyera a toda prisa. Dobló la esquina, se metió en un guardarropa y fingió buscar un par de zapatos. Las de segundo grado, al salir de la sala común para ir a la clase de ciencias naturales, no advirtieron que había oído lo que dijeron.

No tuvieron tiempo para invitar a Elsa a la fiesta porque iban con el tiempo justo para no llegar tarde a la clase. Elsa se reunió con ellas y se sentó en silencio mientras las niñas discutían diversos puntos referentes a la clase. No oyó ni una palabra de lo que decían; en cambio recordaba lo que acababa de escuchar y miró con odio a Carlota y las otras. ¡Cómo le hubiera gustado poderlas castigar de algún modo!

Aquella noche Carlota se acercó a la mesa en la que cosía Elsa en la sala común.

—¡Elsa! Supongo que sabrás que voy a celebrar mi cumpleaños, ¿no?

—Yo diría que lo sabe todo el colegio —respondió Elsa con ironía.

—Bueno, voy a dar una fiesta —prosiguió Carlota—. Y van a asistir todas. El caso es que yo quisiera que tú vinieras también, pero sólo si te comportas como es debido. Estamos hartas de tu actitud. Vamos, Elsa. ¿No quieres tener un poco de sentido común y ser una de nosotras? No nos gustas nada como eres ahora, pero estamos dispuestas a cambiar nuestra opinión sobre ti, si eres razonable.

—Muy amable, muy amable, ya lo creo —dijo Elsa con voz temblorosa y sarcástica—. ¡La gran Carlota es muy bondadosa y condescendiente! ¡Y yo sé que debería estarle muy agradecida e inclinarme ante ella para darle las gracias por su amabilidad!

—No seas tonta, Elsa —le dijo Carlota violenta.

—No lo soy —dijo Elsa, que cambió el tono de su voz y sobresaltó a la sorprendida Carlota—. Sólo te digo: ¡No, gracias! No pienso ir a tu estúpida fiesta. Oh, sé buena niña y podrás venir a la fiesta. ¡Eso es lo que me dices a mí; a mí, que tendría que ser la delegada de clase! ¡No iría por nada del mundo! Y lo que es más: si vais a celebrarla de noche, será mejor que Anna se ande con cuidado. Ahora sois de segundo grado, no de primero, y si os pescan, Anna tampoco será la delegada de clase.

—Eres imposible —dijo Carlota con disgusto ante el tono de voz de Elsa—. Bueno, si no quieres venir, no vengas. Por mí, encantada.

—¡Y por nosotras también! —exclamaron Pat, Isabel y algunas otras que habían escuchado con indignación el discurso de Elsa—. No vengas, Elsa. ¡La fiesta será mucho mejor sin ti!

Elsa continuó cosiendo mientras apretaba sus finos labios. Habría deseado ardientemente ir a la fiesta porque le gustaban las cosas buenas como a todas, pero su rencor y obstinación hizo imposible que se doblegase y aceptase.

Siguió con la costura mientras pensaba que, si podía impedir que celebrasen la fiesta, lo haría.

«*Si pudiese averiguar dónde y cuándo va a celebrarla Carlota, podría decírselo a la señorita Jenks, que no mira con buenos ojos estas cosas. Sólo tengo que decir una palabra o escribir una carta anónima y la fiesta terminará antes de empezar. ¡Eso sería estupendo!*».

¡Pero las otras no pensaban dejar que Elsa supiera cuándo iba a celebrarse la fiesta! Estaban seguras de que procurarían estropearlo todo de alguna manera. Habían decidido celebrarla la noche del cumpleaños de Carlota, en la sala común. Si echaban las persianas y cerraban las puertas, estarían relativamente a salvo. La sala común estaba muy apartada de las habitaciones de las profesoras y bastante cerca de los dormitorios.

Lo discutían excitadas siempre que Elsa no estaba con ellas. En cuanto aparecía, cambiaban de tema enseguida. Ninguna de ellas, ni siquiera la tontuela de Alison, mencionó el asunto cuando Elsa estaba presente, por mucho que lo deseara.

Carlota había ido al pueblo a encargarse de lo que deseaba. El pastel iba a ser magnífico, con quince velas de colores. Tendría una capa de azúcar rosada con una guirnalda de rosas en el borde, y bolitas de plata y violetas de azúcar como adorno. Las velitas irían sujetas a unas rosas hechas de azúcar. Todas estaban muy excitadas.

—Han llegado las bebidas de cola —anunció Carlota alegremente—. Le dije al chico que las trajo que las dejara al fondo del cobertizo de las bicicletas. Temía que a la señorita Jenks le diera un ataque al ver que llegaban tantas botellas de cola y limonadas para mí. Cada una de nosotras tendremos que ir trayéndolas de dos en dos cuando podamos y sin que nadie se dé cuenta.

—Será divertido —exclamó Mirabel, mirando a Gladys, que también resplandecía—. Me alegro de haberme quedado. ¡Imagínate, perderme la fiesta de Carlota! ¡Hubiera sido una tonta!

—Sí —respondió Gladys, que ya no era la «Niña Triste». Reía y sonreía como las demás, y seguía a Mirabel como una sombra. Mirabel la quería mucho y las dos eran inseparables. ¡Santa Clara había hecho mucho por ellas!

—Será mejor que no guisemos nada —dijo Pat—. Recuerda cuando freímos salchichas una vez a medianoche, olieron de un modo terrible. Será mejor que nos contentemos con cosas frías. Cogemos algunos platos del armario del comedor. Hay

montones de platos viejos en los estantes de arriba que no echarán de menos durante un par de días.

Era divertido planearlo todo, escamotear platos, vasos, tenedores y cuchillos del comedor, y esconderlos en la sala común. El cumpleaños de Carlota estaba cada vez más cerca. El pastel ya estaba hecho y las niñas fueron a la tienda para verlo. Era maravilloso.

—¡Me muero por que llegue la noche de tu cumpleaños, Carlota! —dijo Pat—. ¡Cómo nos divertiremos! ¡Y qué festín!

Capítulo 16

LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS DE CARLOTA

El día anterior al cumpleaños de Carlota, las niñas estaban reunidas en la sala común. Alison echó una ojeada a su alrededor. Elsa no estaba allí.

—¿A qué hora es la fiesta mañana? —preguntó—. ¿A las doce en punto? ¡Qué sea a las doce en punto! Es mucho más emocionante. La señorita Quentin la llama «*la hora de las brujas*» y, de algún modo...

—Supongo que te gustaría invitar a tu adorada señorita Quentin —le dijo Isabel y le dio un tirón a los rizados de Alison—. ¿Puedes imaginarla sentada aquí, en nuestra sala común, con los rulos puestos y el rostro embadurnado de crema, mientras se come la piña tropical y las sardinas? Yo no.

—Ella no se pone rulos —replicó Alison indignada—. Tiene un cabello muy bonito, rizado natural. ¿Por qué eres siempre tan poco amable con ella? Ojalá pudiera venir a la fiesta. Estoy segura de que le encantaría.

—Bueno, pues a nosotras no —dijo Pat, que no sentía especial predilección por la afectada profesora de declamación—. Me pone mala verte gemir detrás de la señorita Quentin, que no es tan maravillosa como te imaginas. Yo creo que fue bastante mezquina al dejar que creyeran que ella era la responsable de la actuación de Gladys la otra noche, en nuestro concierto.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Alison indignada.

—Bueno, Alison, ya sabes que Gladys hizo aquella gran representación de los personajes de Shakespeare la otra noche —dijo Pat, que pensaba que ya era hora de que Alison se curase de su insensata admiración hacia la señorita Quentin.

—Sí —dijo Alison.

—Pues bien, al final, la señorita Theobald se inclinó hacia la señorita Quentin para felicitarla por la actuación de Gladys y le dijo que estaba segura de que ella se lo había enseñado —dijo Pat sin la menor clemencia—. Y tu maravillosa señorita Quentin se limitó a asentir con la cabeza y sonreír complacida, y no dijo que no sabía nada en absoluto de las aptitudes declamatorias de Gladys Hillman. Todas pensamos que era muy hipócrita.

—¡No lo creo! —exclamó Alison, presta a defender a la profesora que tanto admiraba.

—Bueno, Pam Boardam estaba sentada cerca y lo oyó todo —insistió Pat—. Ella nos lo dijo. De manera que ahora deja de pensar que la señorita Quentin es la mayor maravilla del mundo.

Alison cambió de tema rápidamente. La verdad es que le dolía oír aquellas cosas

de la señorita Quentin y estaba siempre dispuesta a cerrar los oídos a las cosas desagradables.

—Volviendo a lo que decía —exclamó—, ¿a qué hora es la fiesta de mañana?

—Bueno, como deseáis tanto que sea exactamente a medianoche, que sea entonces —dijo Carlota—. Tengo un reloj despertador y lo pondré a esa hora. Una niña de otro dormitorio puede ponerlo debajo de la almohada para que os despierte sin que se entere todo el edificio. Yo no me atrevo a ponerlo debajo de la mía porque la señorita Elsa, la vengativa, duerme cerca de mí y también se despertaría. Queremos estar seguras de que no sabe la hora.

—De acuerdo, entonces, mañana a las doce en punto.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Hilary, que había ido a la biblioteca en busca de un libro. Se dirigió a todas las niñas:

—Espero que no estuvierais hablando de nada importante, porque nuestra dulce y sincera Elsa ¡estaba escuchando detrás de la puerta!

Las otras se miraron con desmayo.

—¡Maldición! —exclamó Carlota—. Hemos hablado de la fiesta y hemos repetido varias veces que sería mañana a medianoche. ¡Maldición, maldición, maldición!

—Bueno, pues seguro que Elsa hará cuanto pueda por estropearnos la fiesta —dijo Pat—. Nos fastidiará de algún modo, estoy completamente segura.

—No voy a dejar que estropee nuestra fiesta —dijo Carlota con voz resuelta—. Pat, ve a la puerta y mira que Elsa no ande por ahí ahora. Quédate junto a la puerta y avísame si viene.

Pat miró fuera de la estancia. No había nadie ¡Elsa, una vez conseguida la información que deseaba, se dio por satisfecha!

—Ahora, escuchad —dijo Carlota—. ¡La fiesta no será mañana por la noche, sino esta noche!

—¡Bien, bien! —exclamaron todas a grandes voces contentas.

—Debemos asegurarnos de que Elsa no nos oiga salir del dormitorio —dijo Bobby.

—Tiene un sueño muy profundo —exclamó Carlota—. Creo que podremos arreglarlo. ¡Y ahora ni una palabra a nadie. Celebraremos la fiesta esta noche! ¡Y mañana Elsa se llevará una gran sorpresa al ver que todo ha pasado y que no ha podido estropearlo!

Elsa no tenía la menor idea del cambio de planes. Guardaría su secreto todo el día, sin dejar de pensar cómo estropear la fiesta sin que nadie sospechara que había sido ella.

¿Se lo diría a la señorita Jenks? Así detendría la fiesta, desde luego, pero a la señorita Jenks no le gustaban las acusonas. ¿Y si se lo escribiera en una nota, pero sin

firmarla? Aquello le pareció una buena idea, pero la señorita Jenks podría arrojarla al fuego sin hacerle caso. Elsa le había oído decir una vez que nadie debería hacer caso de los anónimos, que eran demasiado despreciables incluso para ser leídos.

«*Es inútil escribir una nota que la señorita Jenks no va a leer ni prestar atención* —pensó la niña—. *Ojalá se me ocurriera el mejor medio de aguarles la fiesta*».

Lo pensó sin cesar; tanto, que *Mademoiselle* casi echaba humo, como decía Bobby, porque Elsa prestaba poca atención a la clase de francés.

—¡Elsa, Elsa, es la tercera vez que te digo que salgas a escribir a la pizarra! —exclamó *Mademoiselle*, exasperada—. Ah, tengo más paciencia que un asno; de otro modo, no te soportaría.

—Querrá usted decir más paciencia que un buey, *Mademoiselle* —rió Bobby.

—Los asnos también tienen paciencia —replicó *Mademoiselle*—. Yo necesitaría la paciencia de vacas, asnos, ovejas y bueyes para tratar con personas como Elsa. O prestas atención a lo que digo o te marchas del aula. No quiero distracciones en mi clase.

Por consiguiente, Elsa tuvo que dedicar sus pensamientos a la lección de francés, pero durante el rato de estudio de aquella tarde, decidió lo que iba a hacer.

«*Mañana noche aguardaré a que todas se hayan ido del dormitorio y, entonces, iré a decir a la señorita Jenks que estoy muy preocupada porque todas las demás han desaparecido* —pensó Elsa—. *Ella vendrá a verlo y luego las buscará por todas partes y las encontrará en pleno festín en la sala común. Puedo decir que temo que las hayan raptado o algo por el estilo. Después de todo, Sadie, la niña americana, estuvo a punto de ser raptada el trimestre pasado. ¡De manera que puedo fingir que ha vuelto a ocurrir!*».

Esto le pareció una buena idea. Si fingía estar asustada por temor a que las otras hubiesen sido raptadas, la señorita Jenks no pensaría que las estaba delatando y sus compañeras no sabrían que ella era la soplona, porque iba a ser la señorita Jenks la que las sorprendería.

Elsa no tenía la menor idea de que la fiesta iba a ser aquella noche y no la siguiente. Las de segundo grado guardaron muy bien el secreto. ¡En realidad, Carlota y Bobby fueron algo más lejos: con susurros y risas de complicidad, dejaron que Elsa oyera sus comentarios sobre lo que iba a ocurrir la noche siguiente! Elsa lo creyó todo y sonreía para sí. «*¡Esperad las de segundo y veréis lo que le ocurre a vuestra maravillosa fiesta nocturna de mañana!*».

Aquella noche Carlota preparó su pequeño reloj despertador y lo entregó a Kathleen, que dormía en la habitación contigua con las otras niñas.

—Ponlo debajo de la almohada —le dijo—. Cuando suene, despierta a las demás sin hacer ruido. Luego ven a mi dormitorio y despiértame. Yo despertaré a las nuestras y todas iremos a la sala común tan silenciosas como ratones.

Kathleen puso el reloj debajo de su almohada, segura de no necesitarlo, porque estaba demasiado excitada para dormir, pero el sueño fue venciendo a todas las niñas y pronto los dos dormitorios se sumieron en el más profundo silencio.

Elsa también dormía como un tronco. Tenía un sueño profundo y, algunas veces, roncaba. Aquella noche estaba acurrucada debajo de las sábanas porque tenía frío. Su intención era dormir bien aquella noche para estar descansada y poder permanecer despierta la noche siguiente.

A medianoche todas dormían. De pronto sonó el timbre del despertador debajo de la almohada de Kathleen, que se despertó sobresaltada. Introdujo la mano bajo la almohada para pararlo. Nadie más se había despertado y la niña se sentó en la cama, rebosante de alegría. ¡La fiesta de medianoche estaba a punto de comenzar!

Saltó de su lecho, se puso las zapatillas y la bata, y fue de cama en cama para despertar a las durmientes, al mismo tiempo que susurraba en sus oídos estas palabras mágicas:

—¡Fiesta de medianoche! ¡Fiesta de medianoche!

Se incorporaron enseguida. Todas buscaban sus batas y sus zapatillas en la oscuridad, y poco a poco se levantó un murmullo de excitación.

—¡No puedo encontrar mis zapatillas!

—¡Maldita bata! ¡Hay un nudo en el cinturón!

—¡Chiss! —les previno Kathleen—. Ya sabéis que debemos tener cuidado de no despertar a Elsa.

Se deslizó hasta el dormitorio contiguo para despertar a Carlota, que estaba acurrucada bajo las sábanas y mantas como un animalito. Kathleen la sacudió suavemente. Carlota se incorporó y Kathleen le presionó en el hombro a modo de advertencia.

—Medianoche —susurró en su oído, y el corazón de Carlota dio un salto de alegría. ¡Claro, su fiesta de cumpleaños! Fue por todo el dormitorio silenciosa como un felino despertando a todas las chicas, menos a Elsa.

¡En aquella habitación no hubo susurros ni una sola risa! Cada niña cogió sus zapatillas y su bata, y fue en silencio hacia la puerta. Elsa roncaba ligeramente para tranquilidad de todas. ¡Carlota cerró la puerta sin hacer ruido y echó la llave! Luego se la guardó en el bolsillo de su bata.

¡Ahora, si Elsa se despertara, no podría salir y estropear la fiesta!

Todas fueron a la sala común y, hasta que estuvo la puerta cerrada y la rendija cubierta con almohadones, no encendieron la luz. ¡Luego, qué de risas y susurros!

—¡Elsa roncaba cuando salimos! —rió Carlota—. ¡Qué ronquidos más bonitos y agradables! Vamos, adelante, saquemos los platos y todo lo demás.

Extrajeron las cosas de sus escondites: del fondo de los armarios, de detrás de los estantes, de las cajas y de detrás de los libros de las estanterías. Pronto las mesas de la

sala común estuvieron dispuestas con los platos vacíos.

El mayor de todos fue colocado en el centro. Era para el hermoso pastel de cumpleaños.

—¡Y ahora a por el festín! —exclamó Carlota, feliz. Entonces sacaron todas las golosinas que tenían juntas: pasteles, bollos, galletas y dulces. Abrieron las latas y vaciaron su contenido en los platos, sardinas, macedonia de fruta, piña tropical, gambas, ¡la más maravillosa selección imaginable!

Carlota abrió una docena de botellas de cola.

—¡Por nuestra querida y bella durmiente Elsa! —dijo Bobby con una carcajada, mientras tomaba un sorbo de la burbujeante bebida—. ¡Vamos todas a divertirnos!

Capítulo 17

LA JUGARRETA DEL SEGUNDO GRADO

Ciertamente, las de segundo grado se divirtieron. Al cabo de un rato se olvidaron de los susurros y comenzaron a hablar en tono normal. La verdad es que no importaba. Estaban demasiado lejos de los dormitorios de las profesoras para que las oyeran. Reían por todo y les saltaron las lágrimas cuando Doris comenzó a hacer tonterías con las botellas de cola vacías.

Lo comieron todo. Carlota incluso las sardinas y la pina tropical juntas. Alison probó a mojar gambas en la bebida de cola, que según Pat e Isabel resultaba delicioso, pero a ella le dio náuseas. No obstante, a las demás no les importó y mezclaron todos los alimentos con resultados sorprendentes.

—Nadie hubiera podido imaginar que las sardinas con bizcocho fueran tan buenas —dijo Janet—. Mi hermano me lo dijo y no quise creerle, pero es cierto.

El pastel de cumpleaños era maravilloso. ¡Se deshacía en la boca! Encendieron las velas muy pronto y apagaron las luces. Todas las niñas masticaban felices al observar el resplandor de las quince velitas encendidas. Era precioso.

—¡Te deseo un año muy feliz, Carlota! —le dijo Pat mientras alzaba su vaso de bebida—. Ahora ya es tu cumpleaños, porque es más de medianoche. ¡Qué puedas repetir muchas veces este venturoso día!

—Gracias —dijo Carlota con el rostro radiante. Sus ojos negros resplandecían cuando miraba a sus amigas. Era estupendo poder proporcionar felicidad a las demás. Se lo diría a su abuela.

—¡Felicidades! —dijeron una voz tras otra—. ¡Feliz cumpleaños! ¡Viva Carlota!

Carlota cortó un pedazo de su enorme pastel de cumpleaños para cada una. Quedó un gran trozo, suficiente para dos raciones más.

—Dos raciones más —dijo Carlota, que procedió a cortarlo por la mitad—. ¿A quién se las daremos?

—¡Una a la señorita Jenks! —exclamó Pat—. ¡No necesitas decirle que nos comimos el pastel a medianoche!

—¡Y otra para la señorita Quentin! —dijo Alison con vehemencia.

—No seas tonta —replicó Carlota—. ¿Tú te crees que voy a malgastar mi pastel de cumpleaños en la señorita Quentin? ¡Primero le daría un pedazo a Elsa!

—Bueno, pues dáselo —intervino Anna inesperadamente—. Se supone que es bueno que la gente devuelva bien por mal y, de todas formas, ¡qué sorpresa se llevará Elsa cuando le demos el pastel y comprenda que ya hemos celebrado la fiesta!

—Entonces se lo daremos pasada la noche de mañana —dijo Carlota con una

sonrisa—. Dejemos que intente estropearnos la fiesta mañana por la noche y, luego, al día siguiente, le presentamos el pedazo de pastel La verdad es que será divertido.

Todas estuvieron de acuerdo. No es que desearan obsequiar a Elsa, sólo querían ver su cara cuando viera el pedazo de pastel y comprendiera que la fiesta se había celebrado en paz sin que ella la estropease.

—Bueno, un pedazo para la señorita Jenks y otro para la querida Elsa —dijo Carlota al guardarlos dentro de una lata—. Y ahora, niñas, ¿queda algo más que comer?

—No, no queda nada, y apenas algo para beber.

—Eso está bien —dijo Anna—. ¡La verdad es que no podría comer ni una migaja más!

—¡Mira que decir eso tú, Anna! —exclamó Pat con una carcajada contemplando el rostro rechoncho de la niña—. ¡Yo creía que podrías seguir comiendo hasta la hora de desayunar!

—No seas ruda con tu delegada de clase —dijo Anna tranquila. Nada alteraba su buen carácter—. Carlota, será mejor que lo recojamos todo y regresemos. ¡Hace siglos que estamos aquí!

—¡Qué lástima! —dijo Alison con un suspiro. No le gustaba recoger las cosas.

Las niñas se pusieron a trabajar. Escondieron de nuevo los platos en el fondo de los armarios con la esperanza de poder lavarlos y devolverlos a sus respectivos lugares a la mañana siguiente.

Barrieron las migajas y las arrojaron por la ventana. Pusieron las botellas de cola y limonada en un armario del pasillo. Luego contemplaron la sala común. No había el menor rastro del estupendo festín que acababan de regalarse.

—Buenas noches, chicas —les dijo Anna—. Ahora vayámonos lo más calladas posible, para no despertar a Elsa.

Las de segundo grado regresaron en silencio a sus dormitorios. Carlota abrió la puerta del suyo y lo primero que oyó fue el ligero ronquido de Elsa. Ni siquiera se había movido.

«*Bien* —pensó Carlota al meterse en la cama—. *Todo ha salido de maravilla. ¡Oh, ojalá pudiéramos repetirlo mañana por la noche!*».

A la mañana siguiente, las de segundo grado tenían mucho sueño y les costó mucho levantarse.

Alison dijo que se sentía mareada, lo mismo que Kathleen.

—Bueno, no importa, valía la pena, ¿no? —exclamó Pat—. ¿Queréis ir a ver al ama?

—No —replicaron Alison y Kathleen a una.

El ama les daría una dosis de aquella medicina que sabía tan mal. Tenía una enorme habilidad para adivinar cuándo se había celebrado una fiesta a medianoche y

guardaba una medicina especial para las niñas que se sentían mareadas al día siguiente.

Elsa no sospechó ni por un momento que se había celebrado la fiesta. Nadie dijo ni una palabra en su presencia y la sala común quedó tan limpia que ni una sola migaja descubrió el secreto.

Elsa contempló a las de segundo grado mientras trabajaban en la clase de geografía de la señorita Jenks.

«*¡Podéis pensar que vais a disfrutar mucho esta noche, pero no será así! —se dijo—. ¡La señorita Jenks vendrá a estropearlo todo y os estará bien empleado por ser tan malas conmigo!*».

Ni Alison ni Kathleen se encontraron mal y, como no quisieron desayunar ni comer, la señorita Jenks las envió a ver al ama, quien les tomó la temperatura y comprobó que no tenían fiebre.

—¡Hummm! —exclamó pensativa—. ¿Alguna de vosotras cumple años ahora?

—Sí, Carlota los cumple hoy —respondió Kathleen.

—Eso pensaba —dijo el ama—. Las dos tenéis un buen empacho. ¡Una dosis de medicina os pondrá bien enseguida!

Aquella noche las de segundo se acercaron entre risas y señas. Estaban convencidas de que Elsa iba a delatarlas, o por lo menos eso esperaban. Tenían un plan estupendo.

—Nos despertaremos a medianoche y saldremos de la habitación —había planeado Bobby—. Luego, en cuanto nos hayamos marchado, Elsa irá a decírselo a la señorita Jenks, o tal vez a la señorita Theobald. ¡Nunca se sabe! Cuando la veamos salir, volveremos a la cama y fingiremos dormir profundamente. Y cuando llegue la señorita Jenks, ¡qué trago para nuestra querida Elsa!

Todas aprobaron el plan. Elsa las vio cuchichear y reír, y dio por sentado que se trataba de la fiesta de aquella noche. Y se hizo el propósito de mantenerse despierta, ocurriese lo que ocurriese.

Carlota puso su despertador para las doce de la noche, pero no lo dejó debajo de su almohada, pues quería estar segura de despertar a Elsa. Sonó a las doce en punto y Carlota se incorporó, sonriendo en la oscuridad.

Fue de cama en cama para despertar a todas, haciendo bastante ruido. Elsa también se despertó, porque al fin y al cabo se había quedado dormida. Fingió seguir durmiendo y, hasta que las niñas se hubieron marchado del dormitorio, no se levantó para ponerse la bata.

«*¡Las muy frescas! ¡Divirtiéndose sin mí! —pensó con malicia, olvidando que hubiera podido disfrutar de la fiesta si hubiera dicho que estaba dispuesta a comportarse razonablemente—. Bueno, ahora iré a despertar a la señorita Jenks y fingiré estar asustada porque las otras han desaparecido*».

Salió del dormitorio, y Carlota, que estaba escondida en una esquina, la vio avanzar por el pasillo en dirección contraria, camino de la habitación de la señorita Jenks.

—Vamos —susurró a las de segundo grado, que apenas conseguían contener la risa—. ¡Se ha ido! ¡Apuesto a que la señorita Jenks estará aquí en menos de un minuto! ¿Qué le dirá a Elsa cuando nos vea a todas sanas y salvas en nuestras camas?

Las niñas se quitaron sus batas y zapatillas y se apresuraron a meterse en sus camas, que seguían todavía calentitas. Se acurrucaron para esperar, riendo de vez en cuando sí alguna hacía algún comentario gracioso.

En ese momento, Elsa llamaba a la puerta de la habitación de la señorita Jenks. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar más fuerte. Se oyó crujir la cama y luego la voz de la profesora.

—¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre?

Elsa abrió la puerta y la señorita Jenks encendió la luz y vio la expresión asustada de la muchacha.

—¿Hay alguna enferma? —preguntó la señorita Jenks al saltar de la cama y ponerse la bata—. ¡Dime, deprisa!

—¡Oh, señorita Jenks! Estoy tan asustada —tartamudeó Elsa llenando de inquietud a la profesora—. Todas las niñas de mi dormitorio han desaparecido, todas. ¡Oh, señorita Jenks! ¿Cree usted que pueden haberlas raptado? ¡Estoy tan asustada!

La señorita Jenks gruñó. Sabía hacerlo maravillosamente y Doris la imitaba muy a menudo.

—¡Mi querida Elsa, no seas ridícula! ¡Cómo si siete u ocho niñas pudieran ser raptadas de tu habitación sin que oyeras nada! ¡Ten sentido común, por el amor de Dios!

—Señorita Jenks, de verdad, no están allí —dijo Elsa con una expresión más asustada que nunca—. Ni una sola. ¿Dónde pueden estar?

—Hoy es el cumpleaños de Carlota, ¿verdad? —dijo la señorita Jenks enojada—. Supongo que se trata de una fiesta de medianoche. ¡Es muy propio de ti intentar estropearla!

—¡Oh, señorita Jenks, yo jamás haría eso! —exclamó Elsa, dolida y con aire de asombro—. ¡Oh, con tal de que no las hayan raptado!

—La verdad es que me pones furiosa —dijo la señorita Jenks, que conocía muy bien a Elsa después de tenerla más de un año en su clase—. Bueno, vamos, supongo que tendré que averiguar lo que ocurre, pero tú vendrás conmigo, hija mía, ¡y el segundo grado verá que eres tú quien les estropeas la fiesta!

¡Esto no era lo que Elsa había planeado! Pero era inútil, ya no podía volverse atrás, sino acompañar a la señorita Jenks.

Fueron al dormitorio de Elsa. Las niñas las oyeron llegar y se acurrucaron en sus

camas con los ojos bien cerrados con la esperanza de que no las descubriera ninguna risa. Doris lanzó dos o tres ronquidos suaves, tan reales, que Carlota se preguntó si se habría dormido de veras.

La señorita Jenks los oyó y encendió la luz del dormitorio.

Contempló en silencio las camas que, excepto la de Elsa, estaban ocupadas por las niñas que, al parecer, dormían. Doris lanzó otro maravilloso ronquido y, luego con un gruñido, dio media vuelta y se quedó quieta de nuevo. La señorita Jenks la observó, segura de que estaba despierta.

Elsa contempló con el mayor asombro y horror las camas ocupadas. No podía entenderlo. No había estado fuera más de tres minutos, pero, a pesar de todo, allí estaban todas las niñas durmiendo en sus camas. ¿Lo habría soñado? ¿Qué había ocurrido?

—Bien, Elsa —dijo la señorita Jenks sin preocuparse por bajar la voz, pues estaba segura de que todas las niñas estaban despiertas—, me parece que me has hecho salir de caza inútilmente. Mañana hablaremos de esto. No me gusta nada que me despierten con una historia de raptos en masa, para descubrir luego que todas las niñas están en sus camas. No ha sido una actuación que te acredite precisamente.

Elsa se metió en la cama sin decir palabra. La señorita Jenks apagó la luz y volvió a acostarse, cerrando sus oídos a las risas y cuchicheos que surgieron de inmediato. Nadie dijo una palabra a la acobardada Elsa. ¡Qué siguiera intrigada por lo que había ocurrido! Después de diez minutos de risas, la habitación quedó de nuevo en silencio, todas dormían excepto Elsa, que permaneció despierta sin dejar de preguntarse qué iba a ocurrirle al día siguiente.

La primera cosa que ocurrió tuvo su lado cómico. Carlota se aproximó solemnemente a ella y le entregó un pedazo de pastel.

—Como tú no estabas, te hemos guardado este pedazo —le dijo con expresión radiante.

Elsa quedó muy asombrada y, mirando el pastel, dijo: ¿De manera que celebrasteis la fiesta a pesar de todo?

¿Cuándo?

—Pues cuando nos raptaron —replicó Carlota con aire solemne—. ¡Ooooh! ¡Elsa, fue emocionante! Alguien llegó en plena noche y nos raptó a todas, y se nos llevó, pero le ofrecimos un pedazo de pastel de cumpleaños y quedó tan complacido que nos dejó en libertad.

—¡No digas mentiras! —exclamó Elsa furiosa.

Y estalló un coro de carcajadas.

—¿Mentiras? Vaya, ¿quién fue a decirle a la señorita Jenks que nos habían raptado? ¡Tú no puedes hablar de mentiras!

Elsa le volvió la espalda. No tomaría el pastel. Le dolía el corazón y deseaba

recibir una mirada o una palabra amable. Ahora tendría que enfrentarse a la señorita Jenks y eso también sería terrible. Debía ir antes de las clases de la mañana, a las nueve menos diez la esperaba en la clase.

Y allá fue. La señorita Jenks estaba atareada como siempre en la corrección de los cuadernos de ejercicios. ¡Encima de su mesa había algo sorprendente: un gran pedazo de pastel de cumpleaños! ¡Se lo había ofrecido Carlota con un guiño simpático y fue aceptado con otro guiño! Elsa lo miró mientras se mordía los labios. ¡Pensar que la señorita Jenks había aceptado el pastel! Vaya, debió de figurarse lo de la fiesta y hete aquí que aceptó el pedazo de pastel. ¡Qué mala suerte!

—Elsa, este trimestre debe de ocurrirte algo muy serio —comenzó la señorita Jenks—. Tuviste una gran oportunidad como delegada de clase, y la señorita Theobald y yo esperábamos que la aprovecharas. Al parecer no lo has hecho. En vez de hacer frente a las cosas y comprender que tenías que ser mejor y cambiar de actitud, te pones a hacer tonterías como eso de venir anoche con un cuento absurdo, sólo para vengarte de las demás. Me complace ver que ellas han sido más listas que tú. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Vas a seguir en esta línea el resto del trimestre? De ser así, tus notas no van a resultar muy agradables de ver. ¿O piensas demostrar que en realidad tienes coraje y sentido común para dejar tu estúpido comportamiento antes de que sea demasiado tarde?

Hablar con claridad era el punto fuerte de la señorita Jenks, y Elsa la escuchó en silencio mirando los ojos serenos de su profesora. No cabía otra cosa que hacer, sino admitir que se había equivocado y decir que sí tenía el coraje suficiente para ser mejor. Era duro, pero la alternativa era más dura todavía, obtener malas notas y soportar las burlas o la indiferencia de las niñas durante el resto del trimestre.

—Trataré de compensar el haber sido tonta —dijo Elsa con voz ronca.

—Has sido más que tonta —replicó la señorita Jenks—. Decídetes. Ya sabes que el Santa Clara sólo quiere niñas de las que pueda salir algo de provecho. Las de segundo grado son buenas. Si ven que demuestras un poco de voluntad y sentido común, te ayudarán.

—¡Está bien! —dijo Elsa—. Pero, no me obligue a pedirles perdón, señorita Jenks. No puedo hacerlo. De veras no puedo.

—Mi querida Elsa, no en vano te he tenido en mi curso más de un año para saber que no debo esperar que tengas ni los buenos sentimientos ni el valor de decir que lo sientes —dijo la señorita Jenks con impaciencia—. Ahora ya vienen las otras. Ve y tráeme los libros de la sala de las profesoras, anima un poco esa cara. ¡No puedo soportar por más tiempo verte como una gallina mojada bajo la lluvia!

Elsa fue a buscar los libros de la señorita Jenks mientras las de segundo entraban en la clase. Se sentaron enseguida, sorprendidas de ver allí a su profesora.

—Esta mañana quiero deciros unas palabras respecto a Elsa —exclamó la

señorita Jenks—. Se ha comprometido a tener un poco de coraje e intentar ser mejor de ahora en adelante, de bastante mala gana, debo admitirlo. Me ha dicho que no le es posible decirnos que lamenta su estúpido comportamiento. De todas formas, no creo que lo sienta, pero procurad comportaros de forma que la ayudéis en sus esfuerzos, sin ponerle obstáculos, ¿de acuerdo? Después de todo, anoche le gastasteis una broma maravillosa, ¿no es cierto?

Aquel final inesperado hizo que todas las niñas sonrieran encantadas. De manera que la señorita Jenks lo había adivinado todo ¡y allí estaba el pedazo de pastel de cumpleaños a la espera de ser comido! ¡Bien por la señorita Jenks! Las niñas estaban dispuestas a hacer cualquier cosa que les pidiera.

—De acuerdo, señorita Jenks, seremos todo lo amables que podamos con Elsa —dijo Hilary sonriente—. Anoche se la jugamos bien, de manera que podemos ser generosas.

Elsa volvió a la clase y dejó los libros encima de la mesa, procurando poner un semblante amable.

—Gracias, Elsa —le dijo la señorita Jenks con simpatía al dedicarle una sonrisa.

Las niñas lo vieron y lo aprobaron. Lo que la señorita Jenks hacía, podían hacerlo también ellas. ¡Las cosas iban a ser más fáciles para Elsa de lo que se merecía!

Capítulo 18

UN PARTIDO EMOCIONANTE

El trimestre siguió adelante feliz y entretenido entre lecciones, juegos y diversiones. Se jugaron partidos de *lacrosse* y todo el colegio se volcaba para contemplar y animar los partidos jugados en casa.

El segundo grado estaba muy orgulloso de su Gladys. Anna le había dicho a la señorita Wilton, la encargada de deportes, que valía la pena que probara a Gladys en otro puesto que no fuera el de guardameta, y la señorita Wilton, poco convencida, se avino a darle gusto.

Así que Gladys, para su contento, fue colocada en una posición en la que podía correr y tirar a puerta. Resultó ser muy buena. Era menuda, pero rápida y ágil, y sorprendente a la hora de desconcertar al enemigo y pasar rápidamente la pelota a cualquier compañera.

—¡Bien, Gladys, bien! —le dijo la señorita Wilton una vez y otra, un lunes por la tarde—. ¡Estás progresando!

Gladys enrojeció de placer. Aquellos días parecía muy feliz. La señorita Quentin le prestaba mucha atención en la clase de declamación y, ahora, la señorita Wilton la elogiaba cuando jugaba a *lacrosse*, las dos cosas que más le gustaban. También escribía a su madre cartas muy animadas y, aunque aún no había obtenido respuesta, recibió una carta de la madre de Mirabel que le encantó.

Querida Gladys:

He pensado que te gustaría saber que hoy pude ir al hospital donde está tu madre. La enfermera me permitió verla un par de minutos, puesto que era uno de sus días buenos.

Le hablé de ti y de tu amistad con mi Mirabel. No la dejaron hablar mucho, pero me dijo que estaba encantada de saber el éxito que tuviste en el espectáculo. Tal vez puedas verla en las vacaciones. Es pronto todavía para saber si está mejorando realmente, pero creo que puedes ser optimista. Iré a verla de nuevo si me es posible.

Dale mi cariño a Mirabel y dile que espero que te trate como es debido. ¡Tú eres un ratoncito y Mirabel todo lo contrario! Un abrazo de, Elisa

Unwin.

Esta carta tuvo para Gladys el valor de un gran tesoro y le hizo sentir una inmensa gratitud hacia la señora Unwin. Comenzó a tener esperanzas de que su madre sanara realmente. Sabía que, cuando estuviera lo bastante repuesta, debía someterse a una seria operación y esto la preocupaba mucho, pero ahora que era más feliz no veía las cosas tan negras.

Entretanto se jugaba al *lacrosse* y se vivía la excitación del siguiente encuentro, que iba a celebrarse en casa contra el St. Christopher. Belinda Towers hizo saber que le gustaría escoger a una niña del segundo grado para el equipo. En el primero no había ninguna chica lo bastante buena todavía, pero el segundo grado, en conjunto, no era del todo malo.

—¡Tienen que escogerte a ti, Gladys! —exclamó Mirabel medio en broma. Ella no pensaba en serio que escogieran a aquella niña tímida, que, aunque ahora jugaba muy bien, no tenía ni la mitad de la altura de las otras niñas del grado.

—¡Ojalá! —dijo Gladys—. ¡Pero sé que escogerán a Hilary! Es muy buena.

Cierto que Hilary era muy buena, muy segura y muy eficiente. Daba gusto verla jugar y era probable que fuese seleccionada para el partido.

Pero, dos días antes del partido, Hilary volvió a resfriarse. El ama la obligó a acostarse, a pesar de sus quejas por el *lacrosse*.

—¡Belinda dijo que podría jugar el día del partido! —exclamó—. ¿Está segura de que podré levantarme mañana?

—Nada hay seguro en un mal resfriado —replicó el ama—. De manera que no te hagas ilusiones.

Así resultó que Hilary, a pesar de haber sido seleccionada por Belinda, no podría jugar, y Belinda, al repasar la lista de nombres del segundo grado, se detuvo de pronto en el de Gladys Hillman. Se sentó a reflexionar.

«*Esa chica es buena —pensó la joven—. Ayer la vi jugar. Es rápida y posee una técnica muy buena, aunque es menuda. Estoy decidida a probarla.*»

Así que cuando la lista de las convocadas fue colocada en la pizarra de anuncios con los nombres de las niñas seleccionadas para el siguiente partido, Gladys Hillman apareció en el último lugar. ¡La única seleccionada del segundo grado! Mirabel al verlo, fue corriendo en busca de Gladys.

—¡Gladys! ¿A que no sabes una cosa? ¡Te han seleccionado para el partido!

—¿De veras? —exclamó Gladys con el rostro enrojecido de placer—. ¡Oh, es maravilloso! ¡Cielos, aunque voy a estar muy nerviosa!

—No, no lo estarás. Te bastará recordar que tu madre desea oír que has marcado doce goles para el Santa Clara, ¡y que has ganado el partido para el colegio! —dijo Mirabel riendo—. Oh, cuánto me alegro. ¡Bien por Gladys!

Gladys quedó muy contenta al ver la auténtica alegría de Mirabel. Eso es lo mejor de las amigas, que comparten sus pesares con una y doblan tus alegrías. Es estupendo tener una amiga.

El colegio se volcó, como de costumbre, para presenciar el partido. Las niñas del St. Christopher llegaron en un gran coche con sus palos. Las niñas del Santa Clara las vitorearon.

Comenzó el juego. Belinda era el árbitro y, al hacer sonar su silbato, se oyó el entrecocar de los palos de *lacrosse* y las dos rivales situadas en el centro del campo comenzaron el partido. Luego la pelota fue lanzada a lo lejos y Margaret Fenworthy, del tercer grado, la recogió en su red de *lacrosse* y corrió por el campo con ella. La pasó a Lucy Oriell, su amiga, y cuando Lucy fue bloqueada, volvió a coger la pelota una vez más y se la pasó a Gladys, que aguardaba excitada y dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad.

¡Clic! Gladys cogió la pelota, despistó a una jugadora contraria y luego la pasó a Lucy.

La pelota fue de una a otra y Lucy trató de tirar a gol, pero la guardameta del equipo contrario detuvo la pelota.

El juego fue muy movido e igualado. Las niñas del Santa Clara eran mejores corredoras y lanzadoras, pero la guardameta del St. Christopher era maravillosa. Tenía muy buenos reflejos, una muñeca firme y un verdadero talento para detener la pelota cada vez que las niñas del Santa Clara tiraban a gol.

El St. Christopher marcó el primer gol y las niñas del Santa Clara aplaudieron, aunque sus rostros denotaron preocupación. Iba a ser un partido más difícil de lo que habían pensado. Gracias a Dios que jugaban Margaret Fenworthy y Lucy Oriell, ambas de primera clase. Algunas del Santa Clara miraron a Gladys Hillman con cierto recelo. Se la veía tan pequeña comparada con las otras. ¡Margaret Fenworthy, por ejemplo, era una niña corpulenta que le pasaba a Gladys una cabeza y media!

—¡Ánimo, Gladys! —le gritaba Mirabel cada vez que su amiga pasaba cerca de ella.

¡Vamos, ánimo!

Y todo el segundo grado gritaba a coro:

—¡Ánimo, Gladys! ¡A ver si marcas un gol!

¡Media parte y ningún gol para el Santa Clara! ¡Uno a cero! Las niñas del Santa Clara rodearon a las de su equipo con la intención de animarlas y alentarlas.

—Lo estáis haciendo muy bien, Margaret y Lucy —dijo Belinda Towers en tono de aprobación. Sus ojos captaron el rostro enrojecido de Gladys Hillman y le dedicó una de sus amplias sonrisas—. ¡Tú tampoco lo estás haciendo mal, pequeña! Pero mantente un poco más cerca de Margaret, ¿quieres? Así podrás marcar un gol cuando ella te pase la pelota.

—Sí, Belinda —le dijo Gladys feliz—. Lo intentaré.

Y mantuvo su palabra. Se colocó cerca de Margaret para recoger cada vez la pelota. Dos veces fue bloqueada y tuvo que pasar la pelota antes de tirar a gol, pero la tercera vez arrojó la pelota a bastante distancia con todas sus fuerzas hacia la red.

—¡Gol, gol! —gritaron las niñas del Santa Clara. Pero no, la guardameta del St. Christopher desvió la pelota. ¡No fue gol, aunque sí un buen intento!

—¡Vamos, Gladys, vamos! —gritaron las del segundo grado, saltando de excitación—. ¡Prueba otra vez!

Gladys hizo cuanto pudo. Estaba en todas partes, corría, regateaba, pasaba. El tiempo transcurría y el Santa Clara seguía sin marcar ningún gol. Por otro lado, tampoco marcaron las del St. Christopher. Era el partido más difícil que habían jugado jamás.

—¡Oh, cielos, es casi la hora! —gimió Mirabel al mirar su reloj—. ¡Gladys! ¡Ánimo! ¡Sólo quedan cuatro minutos!

Gladys la oyó. Corría para detener a una niña enorme del otro equipo. La niña regateó y Gladys cayó con tan mala suerte que se torció un tobillo, lo que le hizo lanzar un gemido. Ahora iba a resultarle muy doloroso correr. ¡Pero no podía darse por vencida!

La pelota pasó cerca de ella. La recogió con su red y corrió, cojeando por el campo. Se la pasó a Margaret, que volvió a pasársela inmediatamente cuando la marcaron. Gladys no cogió la pelota, sino una niña mucho más alta que saltó en el aire. La pelota entró en su red y ella se volvió para correr por el campo, pero rápida como el pensamiento, Gladys alzó su palo de *lacrosse* y la pelota voló por el aire. Gladys pudo cogerla, corrió de nuevo y consiguió tirar a gol.

No fue un tiro tan bueno como el de antes, pero la pelota rebotó sobre una protuberancia del terreno en su camino hacia la meta y esquivó la red de *lacrosse* de la guardameta, que con gran desaliento la vio entrar en su portería.

Las niñas del Santa Clara se volvieron locas de alegría. Las de segundo grado se daban palmadas unas a otras en la espalda y gritaban con toda la potencia de sus voces:

—¡Bien por Gladys! —Todo era muy emocionante.

El partido terminó en empate a uno. Las niñas del St. Christopher merendaron con las del Santa Clara, discutiendo el partido a voz en grito. Las del segundo grado obsequiaron a Gladys con un pastel especial por haber marcado el gol del empate.

—¡Bravo, pequeña! —le dijo Belinda al pasar.

¡Y aquél fue el mayor premio para Gladys! ¡Las palabras de alabanza de la delegada de todas las alumnas, valían la pena!

Capítulo 19

ALISON Y LA SEÑORITA QUENTIN

El trimestre transcurría con rapidez y las niñas comenzaron a hablar de las vacaciones de Navidad y de lo que iban a hacer: pantomimas, fiestas y funciones de teatro. Gladys pareció algo desconcertada cuando las niñas comenzaron a hablar animadamente de las próximas vacaciones.

—¿Tu madre estará lo bastante bien para abandonar el hospital y tenerte en casa con ella? —le preguntó Mirabel.

—No. Me quedaré en el colegio durante las vacaciones —respondió Gladys—. Ya sabes que el ama se queda aquí, y también unas niñas del tercero y cuarto grado, cuyos padres están en la India. Pero me sentiré muy sola sin ti, Mirabel.

—¡Pobre Gladys! —exclamó Mirabel con desaliento—. Debo confesar que yo aborrecía tener que quedarme en el colegio durante las vacaciones. Al fin y al cabo, lo más divertido de estar interna en un colegio es poder estar día y noche con las demás. ¡No te resultará divertido estar sola con una o dos! ¿Es que tu madre no está mejor?

—Pronto tendrá que sufrir una seria operación —replicó Gladys—. Por eso sé muy bien que no podrá salir del hospital, Mirabel pero esa operación puede dejarla bien de nuevo. Por eso espero lo mejor y estoy dispuesta a quedarme en el colegio durante las vacaciones, sólo por oír que mamá sale bien de la operación.

La señora Unwin había escrito a Mirabel para hablarle de la madre de Gladys, le rogaba que no le enseñara la carta.

«Estoy muy preocupada por la madre de Gladys —escribía—. Pronto tendrá que someterse a una operación y no puedo por menos de preguntarme si la resistirá, porque está muy débil. Si hubiera alguna mala noticia, debes consolar cuanto puedas a Gladys. Se alegrará mucho de tener una amiga, si la adversidad la golpea. Te comunicaré enseguida si hay buenas noticias».

Mirabel no dijo nada a su amiga de la carta, pero se mostró más cariñosa y complaciente con ella. Era inusitado en la egoísta y dura Mirabel pensar en otra persona con ternura y altruismo. Dulcificaba su naturaleza dominante y la hacía mucho más agradable.

Gladys se alegró de poder contarle a su madre lo del partido. Hubiera deseado lograr el gol del triunfo, ¡pero ya era algo haber conseguido el empate!

—Yo también escribiré a tu madre para contárselo —le dijo Mirabel, que no sabía qué más hacer por su amiga.

—¡Oh, Mirabel, qué buena eres! —exclamó Gladys encantada—. Escribiste a

mamá después de la representación y me imagino que le gustaría mucho todo lo que le dijiste. Qué tonta fui al principio de trimestre, siempre triste y aburrida, sin interesarme por nada. Supongo que debiste odiarme.

—Bueno, no me gustabas mucho —respondió Mirabel, sincera—. ¡Pero me imagino que yo tampoco te gustaría mucho con lo estúpida que era!

¡Gladys no sólo empezaba a destacar en *lacrosse*, sino también en la clase de declamación! La señorita Quentin, que había quedado realmente sorprendida ante la representación de Gladys la noche del concierto, hacía grandes elogios de su talento. A Alison no le gustaba nada. Estaba celosa y algunos días apenas dirigía la palabra a Gladys.

La representación de la comedia debía tener lugar a final de trimestre. La señorita Quentin había probado a Alison, Doris, Carlota y, ahora, a Gladys para el papel principal. No cabía duda de que Alison era la más bonita, que se sabía el papel a la perfección y de que había ensayado sin descanso, pero Gladys era mejor actriz.

La señorita Quentin había dado a entender a Alison que ella haría el papel principal. No es que se lo dijera exactamente con palabras, pero toda la clase daba por hecho que Alison sería la protagonista. Les parecía lo más natural porque no ignoraban que la niña había estudiado de firme para aprenderse el papel, cosa muy difícil para ella.

Alison estaba verdaderamente loca por la señorita Quentin. La esperaba en las esquinas con la esperanza de recibir una sonrisa y sorbía cada una de sus palabras. Estaba mucho peor de lo que estuvo el trimestre anterior por Sadie Greene. Sadie había tenido muy buen sentido común y algunas veces se reía de Alison, pero la señorita Quentin no tenía ni una pizca de sensatez. De manera que Alison empeoró en vez de mejorar, y las de segundo grado estaban frenéticas con ella.

Alison oyó cierta noticia que le causó un fuerte sobresalto: ¡la señorita Quentin no iba a volver el trimestre siguiente!

—¿Estás segura? —preguntó Alison a Hilary con los ojos muy abiertos, que había ido con la noticia.

—Pues oí cómo *Mademoiselle* decía a la señorita Quentin: «¡Vaya, vaya, de manera que el próximo trimestre usted trabajará en el teatro mientras nosotras seguiremos luchando con estas niñas traviesas!». Al parecer, la señorita Quentin acababa de saber la noticia, porque tenía una carta en la mano. Creo que sólo la contrataron para este trimestre. Y es la primera vez que tenemos clase de declamación. Tal vez la señorita Theobald estuviese probando la idea. —Hilary miró a Alison, que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Anímate, Alison, ¡el mundo no se acaba porque tu adorada señorita Quentin no esté aquí el próximo trimestre! ¡Ya encontrarás a alguien a quien perseguir, no te preocupes!

Fue un gran golpe para Alison, que había soñado con un curso tras otro con las

clases de declamación de la señorita Quentin, encargada de representar siempre los principales papeles en todas las obras con el estímulo que para ella representaban las almibaradas frases de elogio de su profesora. Se alejó para llorar con amargura. Aquella niña tonta entregaba su corazón con demasiada facilidad a cualquiera que la atrajese o se preocupase por ella.

—¿Qué te pasa Alison? —le preguntó Pat sorprendida cuando su prima apareció con los ojos enrojecidos—. ¿Te has peleado con alguien?

—Sólo está triste —dijo Janet— porque su adorada señorita Quentin no estará aquí el próximo trimestre para darle palmaditas en la espalda y decirle que es muy buena.

—¡Alison, no seas tonta! —exclamó Isabel—. Sabes perfectamente bien que la marcha de la señorita Quentin no significará ninguna gran pérdida. ¡Todas la consideramos demasiado blanda! Y pienso en lo mezquina que fue al atribuirse todo el mérito de la actuación de Gladys en el concierto.

—Nunca lo he creído —respondió Alison mientras los ojos se le volvían a llenar de lágrimas—. ¡Tú no conoces como yo a la señorita Quentin, es la persona más sincera, decente y leal! Nunca he conocido a nadie como ella.

—¡Ni yo tampoco! —replicó Pat—. Y doy gracias a Dios. Alison, ¿por qué escoges siempre a personas que no valen nada para admirarlas? Sadie Greene era divertida, pero vacía, igual que la señorita Quentin. Ahora, fíjate por ejemplo en la señorita Jenks.

—¡La señorita Jenks! —exclamó Alison, alzando la cabeza—. ¿Quién quiere imitar a la señorita Jenks con su lengua mordaz y sus ojos de hielo?

—Bueno, pues a mí me parece muy eficiente —dijo Pat—. Y no es que quiera imitarla, ni a ella ni a nadie. Sólo te digo que siempre escoges personas poco merecedoras de tu afecto. Sadie jamás te ha escrito siquiera, ¡y apuesto a que la señorita Quentin tampoco lo hará!

—¡Sí que me escribirá! Me aprecia mucho —dijo Alison.

Las otras la dejaron por inútil. ¡Alison nunca aprendería a ser sensata!

—¡Es una lástima que no vea lo tonta que es en realidad la señorita Quentin y qué poco responsable! —dijo Hilary—. Pat, tu primita con su cabeza llena de pájaros, necesita una lección de sentido común, es una lástima que no pueda descubrir que todas sus ideas respecto a la señorita Quentin son sólo sueños. ¡La verdadera señorita Quentin no se parece en nada a la imagen que de ella tiene Alison!

—Bueno, nosotras no podemos hacerle ver la realidad —respondió Pat—. ¡Ahora estará triste el resto del trimestre y todas las vacaciones, supongo!

Alison se sintió verdaderamente desgraciada al saber que su profesora favorita iba a marcharse. Pensó acercarse a la sala de las profesoras a esperar a que saliera la señorita Quentin y, entonces, decirle lo triste que estaba.

De manera que fue a un pequeño rellano próximo a la sala de las profesoras y simuló buscar a alguien. Podía oír la voz de la señorita Quentin que hablaba con *Mademoiselle* detrás de la puerta cerrada de la sala, pero no pudo entender lo que decían.

Luego alguien abrió la puerta para salir. Era la señorita Lewis, la profesora de historia.

—¡Deje la puerta abierta! —gritó *Mademoiselle*—. ¡Hace calor aquí!

Así que la señorita Lewis dejó la puerta abierta y se fue hacia la biblioteca. Alison permaneció en el rellano, a la espera de que saliese la señorita Quentin de la sala de profesoras. El corazón le latía con fuerza ¡Seguro que ahora no tardaría!

Las profesoras siguieron con su conversación. Algunas de ellas tenían la voz clara, reconocible, otras hablaban demasiado bajo para que Alison entendiera nada. No era su intención escuchar, sólo esperaba a la señorita Quentin, pero de pronto oyó su propio nombre en boca de la señorita Quentin. Alison se quedó de piedra mientras el corazón le saltaba en el pecho. ¿Iba a ensalzarla delante de las demás? ¡Sería muy propio de ella decir algo agradable!

—Alison O'Sullivan va a llevarse un disgusto —decía la señorita Quentin con su voz clara y profunda, que tan hermosa le parecía a Alison—. ¡La muy tonta se cree lo bastante buena para ser la protagonista de la obra del segundo grado! Se ha agotado ensayando, ¡y le hará bien descubrir que no va a hacer ese papel!

—¿Quién lo hará entonces? —preguntó la señorita Jenks.

—Gladys Hillman —respondió la señorita Quentin sin vacilar—. He puesto el ojo en esa niña desde el principio de curso. Es tres veces mejor que cualquiera. Estará maravillosa en el papel de la condesa Jeannette.

—Ojalá Alison trabajase tanto en mis clases como en las suyas —comentó *Mademoiselle* con voz aguda y áspera.

¡Ah, sus ejercicios de francés! Pero tengo entendido, señorita Quentin, que estudia de firme en declamación.

—Oh, bueno, ella me adora, sencillamente —replicó la señorita Quentin—. Siempre consigo hacer estudiar a las de su tipo. Haría cualquier cosa por una sonrisa o una palabra amable, como un cachorrito. ¡Pero a mí, deme a alguien como esa salvaje de Carlota, que tiene algo dentro! Alison me exaspera con sus incesantes: «Sí, señorita Quentin». Le hará bien llevarse un chasco y ver que tiene que ceder su papel a Gladys Hillman.

—Yo no estoy tan segura —dijo la señorita Jenks con su voz fría—. Los chascos no son siempre buenos para los caracteres débiles, señorita Quentin. Espero que le dé la noticia a la pobre Alison con suavidad; de otro modo, llorará todo el día y, como los exámenes empiezan mañana, ¡no quiero que saque un mal resultado por su culpa!

—¡Oh, no se preocupe! Le acariciaré sus rizos y le diré unas cuantas palabras

amables —dijo la señorita Quentin—. Y comerá en la palma de mi mano, como siempre.

La señorita Lewis regresó y cerró la puerta. Alison no pudo oír ni una palabra más. Sentada en un banco del pasillo, se sentía herida y conmocionada. Su mente era un remolino. No había podido evitar escuchar y, una vez hubo comprendido que su ídolo, la señorita Quentin, se burlaba de ella, ya no fue capaz de marcharse. Continuó sentada allí, oyendo en su interior todas sus crueles palabras.

No iba a ser protagonista de la obra. La señorita Quentin no la apreciaba, sólo se divertía con ella y la comparaba con un cachorrito, al que uno acaricia y se ríe de él. La señorita Quentin había mentido. ¡No había reparado en Gladys Hillman hasta la noche del espectáculo! ¡A la señorita Quentin le fastidiaba!

Alison estaba demasiado dolida para llorar. Permaneció sentada en el banco, muy quieta con la mirada fija. ¿Qué era lo que había dicho la señorita Jenks? «Los chascos no son siempre buenos para los caracteres débiles». ¿Acaso ella tenía un carácter débil? La niña se pasó la mano por la frente, estaba húmeda y caliente.

«Tengo que pensar en todo esto —dijo Alison para sus adentros—. No puedo explicárselo a nadie. Estoy demasiado avergonzada. Pero debo reflexionar. Oh, señorita Quentin, ¿cómo ha podido decir todo eso?».

¡Pobre Alison! ¡Éste fue el mayor chasco de su vida! Toda su admiración y afecto por la señorita Quentin se desvanecieron en un momento, pasaron como un sueño en la noche. No quedó nada más que su dolor. Vio a la profesora de declamación como la veían sus compañeras, una persona agradable y simpática, pero irresponsable, desleal y rastrera.

Alison era una niña tonta, variable como una veleta que gira a uno y otro lado, fácilmente enojada y fácilmente contenta. Como decían las otras: ¡no tiene mucho seso! Pero en aquella hora de horror, para ella fue un horror, encontró algo en sí misma que no imaginaba poseer: ¡El sentido de la dignidad!

¡No iba a dejarse abatir por alguien como la señorita Quentin! ¡No iba a ser un cachorro que comiera en su mano! Tenía demasiada dignidad para eso. Demostraría a la señorita Quentin que estaba equivocada. Herida y ofendida como estaba, tuvo un destello instantáneo de sentido común, alzó la cabeza, secó sus lágrimas y, con firmeza, decidió el camino a seguir.

De manera que, cuando la señorita Quentin informó a sus alumnas de declamación de que Gladys iba a representar el papel principal y no Alison, la niña no dio la menor muestra de desilusión. Estaba pálida porque había dormido mal aquella noche, pero tuvo una calma y dignidad que asombró a todas.

—De manera que Gladys representará el papel protagonista —terminó la señorita Quentin, que rozó ligeramente la cabeza ensortijada de Alison—. ¡Me temo que Alison esté desilusionada!

—Claro que no, señorita Quentin —dijo Alison, mientras se apartaba de la mano de la profesora—. Creo que Gladys debe tener ese papel. Es la mejor de todas y yo me alegro mucho por ella.

Las niñas miraron a Alison con el mayor asombro. Esperado lágrimas, incluso reproches, pero no aquella fría aceptación de un hecho para ella desagradable.

—¿Quién hubiera pensado que Alison iba a tomárselo así? —pensó Janet—. ¡Bravo por Alison! De todas maneras, creo que es una vergüenza. La señorita Quentin nos hizo creer a todas que Alison tendría el papel.

Alison evitaba encontrar la mirada de la señorita Quentin, Representó muy bien el papel que le dio, pero pareció incommovible ante las frases de elogio de la profesora. La señorita Quentin estaba intrigada y un poco dolida.

—Niñas, tengo algo que deciros —dijo al finalizar la clase—. El próximo trimestre no estaré aquí. Os echaré a todas mucho de menos, ¡en especial a una o dos que han trabajado de firme!

Miró fijamente a Alison, esperaba ver lágrimas y oír gritos como: «¡Oh, señorita Quentin! ¡La echaremos mucho de menos!». Pero Alison no miraba a la profesora. Miraba por la ventana como si no la hubiese oído.

Hilary aclaró su garganta y habló con toda cortesía: Estoy segura de que todas lo lamentaremos, señorita Quentin. Esperamos que sea feliz vaya donde vaya.

La señorita Quentin, dolida y desilusionada, se dirigió a Alison directamente:

—Alison, ya sé que has trabajado muy duro por mí —le dijo.

—Trabajé de firme porque me gusta la declamación —replicó Alison con voz fría al mirar a la señorita Quentin a los ojos por primera vez.

Aquello era un desaire directo y las niñas quedaron sorprendidas. ¿Por qué se comportaba así Alison? La contemplaron con admiración. De manera que la niña había sabido ver, por fin, el verdadero talante de su adorada señorita Quentin y, en vez de llorar y lamentarse, se había revestido de una capa de frialdad y dignidad. ¡Bien por Alison!

La señorita Quentin se retiró muy intrigada para acudir a la siguiente clase, mientras las niñas rodeaban a Alison, preguntándole curiosas:

—¡Alison! ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que te ha ofendido tu adorada señorita Quentin?

—Callaos —replicó mientras se abría paso entre las niñas—. No puedo deciros nada. No quiero discutir sobre esto. Dejadme sola.

La dejaron marchar extrañadas, pero respetaron su deseo.

—Algo ha ocurrido —dijo Hilary al observar la pálida cara de Alison cuando salía de la estancia—. Pero, sea lo que sea, es para bien. Alison parece haber crecido de pronto.

—Ya era hora —exclamó Pat—. De todas formas, si deja de revolotear alrededor

de alguien distinto cada trimestre, o por lo menos escoge a alguien que valga la pena, ¡será una bendición!

Nadie supo nunca qué había hecho cambiar a Alison tan de repente. Sólo ella lo sabía, y de su dolor salió algo meritorio, que iba a ayudarla mucho en años venideros.

Capítulo 20

UN EMOCIONANTE FIN DE TRIMESTRE

Eran los días de los exámenes y las niñas se preocupaban mucho por ellos. *Mademoiselle*, muy nerviosa, temía que alguna de las niñas no alcanzase la puntuación necesaria para pasar de grado, y las alumnas estaban muchísimo más nerviosas convencidas de que ninguna aprobaría el francés. *Mademoiselle* siempre las amenazaba con ponerles temas complicados, pero cuando llegaba la ocasión no eran tan difíciles.

En cambio, a Gladys los exámenes sí le resultaron difíciles porque su madre iba a ser operada aquella semana y estaba muy inquieta. Mirabel hacía cuanto le era posible por ayudarla cada noche. Daba gusto ver su paciencia y amabilidad. Las otras apreciaron más a Mirabel por eso.

Incluso Elsa sintió compasión de la pobre niña:

—Espero que tengas pronto buenas noticias —le dijo, y Gladys la miró con sorpresa y gratitud.

¡Imaginaos a Elsa diciendo algo amable! Las demás oyeron sus palabras, se miraron unas a otras y enarcaron las cejas. Habían mantenido la promesa que hicieron a la señorita Jenks y no habían molestado a Elsa en ningún sentido. Se limitaron a esperar que procurara portarse más razonablemente.

Pero, por otra parte, ninguna niña había sido capaz de demostrar predilección por Elsa. Era imposible. La niña había sido demasiado rencorosa y cargante para que ahora la apreciaran. La toleraban, pero nada más. La señorita Jenks observaba el comportamiento de cada una y llegó a la conclusión de que era inútil esperar ninguna facilidad o verdadera ayuda de las de segundo grado en favor de Elsa. Por otro lado, Anna, la perezosa, había sido todo un éxito como delegada de clase. Dejó a un lado su pereza y se puso a trabajar aceptando la responsabilidad y tomando decisiones con rapidez y capacidad. La señorita Jenks estaba muy satisfecha de ella. Ahora estaba preparada para pasar a tercer grado y convivir con las niñas mayores. Hilary Wentworth sería la delegada de clase el próximo grado.

La señorita Jenks se lo comentó a la señorita Theobald, que estuvo de acuerdo.

—¿Pero qué haremos con Elsa? —dijo—. Tendré que hablar con ella.

De manera que mandó llamar a Elsa, que llegó bastante cabizbaja al despacho de la señorita Theobald. Esperaba una reprimenda o algo peor. ¡Tal vez le dijeran que ya no la querían en el Santa Clara!

—Elsa —le dijo la señorita Theobald—, sé que este trimestre te ha resultado difícil, principalmente por tu culpa, como espero que reconozcas.

Elsa miró el rostro solemne de la señorita Theobald. —Sí —le dijo al fin. Supongo que sobre todo ha sido por mi culpa. Las de segundo grado no me quieren. Nunca me aceptaron como delegada de clase. Sólo me toleran y eso me hace difíciles las cosas. Sé que nunca podré hacer variar su opinión y por eso no encuentro ninguna satisfacción en estar aquí.

—Comprende, Elsa, que una de las cosas que más cuestan olvidar y perdonar en este mundo es un espíritu vengativo —dijo la señorita Theobald—. La malicia y el rencor despiertan amargos sentimientos en los demás. Otras faltas, tales como la glotonería, la irresponsabilidad, la tontería, inspiran disgusto, pero son perdonadas y olvidadas. El despecho enconado nunca se olvida. Veo que nunca harás nada bueno para ti o para las demás en el segundo grado.

Elsa aguardó con el corazón angustiado. Aquello significaba que iba a pedirle que se fuera. Ella no quería marcharse. Le gustaba el Santa Clara y miró a la señorita Theobald con aire triste. La directora adivinó lo que la niña estaba pensando.

—No voy a decirte que dejes el Santa Clara —le dijo enseguida—. Creo que el colegio puede hacer muchísimo por ti, Elsa, y tú también puedes hacer algo por el Santa Clara. ¡No, no debes marcharte! Creo que en cambio debes pasar a tercer grado y dejar atrás a las chicas de segundo grado que han visto ese lado malo de tu carácter. Una vez en el tercer grado, el año que viene encontrarás cinco o seis niñas nuevas con las que tendrás ocasión de mostrar un lado distinto de tu carácter. La verdad es que no estás preparada para pasar ni por tu trabajo, ni por tu comportamiento, pero yo te pasaré a tercero si me prometes que aprovecharás esta oportunidad y trabajarás de firme, y lo que es más importante aún, tratarás de alejar de ti ese rencor que todas las niñas del colegio detestan.

El corazón de Elsa dio un vuelco de alegría. ¡Pasar a tercer grado y dejar atrás a las niñas que siempre la habían disgustado! ¡Vaya si trabajaría de firme! ¡Y sería amable, simpática y servicial con las niñas nuevas que no sabían nada de ella! Sonrió complacida.

—¿Y Anna? —preguntó—. ¿Va a pasar también?

—Sí, pero puedes confiar en que Anna no te traicionará —le dijo la señorita Theobald—. Es una buena niña y la verdad es que ha desempeñado muy bien el cargo de delegada de clase. ¡Ahora, Elsa, aprovecha esta oportunidad y pórtate bien!

—Lo haré —replicó Elsa—. Gracias, señorita Theobald. ¡Nunca pensé en pasar a tercer grado! ¡Esto lo cambia todo!

Elsa se marchó contenta y animada. En el pasillo vio a Gladys Hillman y se acercó a ella con un gesto de amistad.

—¿Alguna noticia de tu madre, pequeña? —le preguntó.

—Todavía no —respondió Gladys, que se preguntó qué le había ocurrido a Elsa para mostrarse tan contenta y amable.

Elsa prosiguió su camino y se encontró con Bobby.

—Oye —le dijo—, ¡acabo de ver a Gladys ahora mismo! ¿No podrías hacer algo para animarla un poco? Está triste de nuevo.

—¡Buena idea! —exclamó Bobby al momento—. Le gastaremos a *Mademoiselle* una broma. Ya sabes, ¡aquel truco que hace saltar los platos! *Mademoiselle* comerá hoy en nuestra mesa porque la señorita Jenks tiene que salir. ¡Será divertidísimo!

De manera que le comunicó a las de segundo grado que iba a gastar una broma y todas se animaron; olvidaron los exámenes y miraron a Bobby con ojos brillantes. ¡La primera broma de aquel trimestre! ¡Ya era hora!

Mademoiselle estaba de muy buen humor. El primer grado había realizado de manera brillante el examen de francés.

Sonrió a todas. Las de segundo le devolvieron la sonrisa y Doris rió inesperadamente, imitando la risa de *Mademoiselle*.

—¡Ah, esta Doris! —dijo *Mademoiselle*, mientras le daba una palmada en el hombro—. Me imita perfectamente, pero no puede pronunciar la erre francesa. Ahora vamos al comedor. Ya ha sonado el timbre de la comida. ¡Hoy os acompañaré yo, porque la señorita Jenks ha salido!

Las de segundo grado ocuparon su mesa con *Mademoiselle* a la cabecera. Bobby estaba tres lugares separada de ella y las otras le sonrieron. ¡Esperaban que hubiera podido entrar en el comedor y preparar su truco!

Bobby lo había preparado todo cuidadosamente. Había un montón de platos delante de *Mademoiselle*, dispuestos para que sirviera por turno a cada niña. Bobby había corrido los platos y colocado el tubo de goma debajo del mantel, de manera que iba desde el primero de los platos a la silla de Bobby, pasando por debajo del mantel. El globo estaba debajo de los platos y la pera de goma, que debía ser presionada, junto a Bobby. Los platos resultaban demasiado pesados para que, al hincharse, el globo pudiera moverlos, pero cuando todas las niñas estuviesen servidas y sólo quedase el plato de *Mademoiselle*, éste bailarían de maravilla en cuanto Bobby presionase la pera de goma que llenaba el globo de aire.

Mademoiselle sirvió el estofado rápidamente, y las niñas comenzaron a comer con apetito, sin apartar la mirada del plato de *Mademoiselle*. Ahora sólo quedaba uno, que la profesora llenó de estofado y salsa. Le gustaba mucho la salsa.

—Al principio... —dijo *Mademoiselle* tranquila, cogiendo su cuchillo y su tenedor—... al principio, cuando llegué a Inglaterra, no me gustaba el estofado inglés. ¡Pero ahora... oh, ahora lo encuentro delicioso!

Bobby presionó la pera de goma que tenía oculta bajo el mantel con lo que el globo fue aumentando de volumen al llenarse de aire. El plato de la profesora se levantó de un lado, osciló un tanto y volvió a quedar quieto cuando Bobby dejó de presionar la pera.

Mademoiselle, pasmada, se llevó la mano a la nariz para comprobar si tenía puestas las gafas. Sí, allí estaban. Pero ¿habría visto bien? ¡Su plato se había movido!

Echó una rápida mirada a las niñas. No parecían haber notado nada, aunque habían visto cómo el plato se levantaba y oscilaba, y luchaban con todas sus fuerzas para no reír.

Mademoiselle apartó el asunto de su mente. ¡Imaginaciones tuyas! Y reemprendió la conversación.

—Mañana, tendréis examen de francés —dijo sonriendo a su alrededor mientras trataba de cortar un pedazo de carne con el cuchillo, pero en el mismo momento Bobby presionó la pera, el aire llenó el globo, alzó repentinamente el plato de la profesora y derramó parte de la salsa por un lado.

Mademoiselle, alarmada, contempló su plato. Había vuelto a hacerlo. ¡Estaba vivo! ¡Había derramado la salsa encima del mantel!

—«¡Tiens!» —exclamó *Mademoiselle* muy sorprendida. ¿Qué es esto?».

—¿Qué es qué, *Mademoiselle*? —preguntó Janet muy seria.

—¡Nada, nada! —se apresuró a replicar la profesora, que no quería confesar que temía que su plato estuviese vivo. Pero algo le ocurría. Lo miró sin atreverse a tocar su comida.

Bobby dejó descansar el plato. *Mademoiselle* lo miró con recelo durante un rato y luego se armó de valor para comer una vez más. El plato parecía portarse bien, pero de pronto se volvió loco de nuevo.

Se elevó tres veces lenta y solemnemente, y luego se inclinó hacia un lado y derramó más salsa. *Mademoiselle* estaba muy alarmada y miró a las niñas. ¡Qué raro que ellas no vieran lo que estaba ocurriendo! ¡Debía de estar volviéndose loca!

—¿No le gusta el estofado, *Mademoiselle*? —le preguntó Pat—. Pensé que había dicho que era estupendo.

La profesora miró su plato, que ahora estaba quieto. Doris contó un chiste tonto para que las niñas pudieran reírse, ya que dos o tres estaban ya al borde del histerismo y hubieran descubierto el juego de no poder reír a sus anchas.

El resto del colegio miró con sorpresa a las de segundo grado y la señorita Theobald, sentada a la cabecera de la mesa de las de sexto, las reprendió.

—Silencio, por favor —dijo a las de segundo grado, que se callaron. Doris estaba roja por el esfuerzo de contener la risa y *Mademoiselle* miró a su alrededor con el entrecejo fruncido.

—¡Qué escándalo! —dijo en tono de censura, pero su atención fue atraída de nuevo por su plato que se elevó dos veces y luego quedó inmóvil.

Mademoiselle frunció el entrecejo de nuevo. ¡Aquello no podía suceder realmente! Los platos no hacen esas cosas. Qué tontería. Debía seguir con la comida y no pensar más en ello.

—No lo hagas más hasta que llegue el postre —susurró Carlota a Bobby—. Ahora nos echaríamos a reír y nos regañarían. ¡Déjanos descansar!

De manera que el plato se portó bien y la profesora comenzó a tranquilizarse. Pero cuando llegó el postre y hubo terminado de servir y sólo quedó su plato ante ella, la diversión comenzó de nuevo. El plato se alzó de repente y *Mademoiselle* echó su silla hacia atrás con un grito.

Las niñas rieron hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Ah! ¡Este plato! —exclamó *Mademoiselle*—. Es tan malo como el otro. ¡Mirad cómo salta!

Bobby mantuvo el plato inmóvil. Doris estalló en carcajadas, y dos o tres niñas se unieron a ella sin poder evitarlo. La señorita Theobald comenzó a mostrarse disgustada de veras. El resto del colegio alargaba el cuello para ver qué ocurría en la mesa de las de segundo grado.

El plato volvió a moverse y *Mademoiselle* se apartó todavía más. La señorita Theobald, asombrada y molesta, abandonó su sitio para acercarse a la mesa de las de segundo. Todas las niñas reían a mandíbula batiente; ni siquiera la presencia de la directora las contuvo. Aquello era lo más divertido que habían visto en su vida.

—*Mademoiselle*, ¿qué ocurre? —preguntó la señorita Theobald muy disgustada, y la profesora de francés se volvió hacia ella al momento.

—¡Mi plato! —exclamó—. ¡Mi plato!

—Bueno, ¿qué le pasa a su plato? —preguntó la señorita Theobald impaciente, pensando que *Mademoiselle* debía de haberse vuelto loca—. No le veo nada raro.

—Señorita Theobald, salta, baila y se inclina sobre la mesa —dijo *Mademoiselle* con exagerado énfasis con la esperanza de impresionar a la señorita Theobald—. Es un plato loco. No puedo soportarlo.

La directora contempló el plato de postre, que estaba encima de la mesa, inmóvil y por completo normal. Luego miró a las niñas y supuso que se reían del comportamiento de *Mademoiselle*, el cual, bueno, la verdad es que era extraordinario.

—Será mejor que vaya a echarse, *Mademoiselle* —dijo al fin—. Creo que hoy no está usted muy bien.

—Estoy bien —dijo la pobre mujer—. Es el plato el que está loco. Debiera haberlo visto saltar, señorita Theobald.

La señorita Theobald miró el plato y Bobby tuvo la tentación de hacerlo saltar otra vez. Apretó la pera de goma con fuerza con lo que el plato dio un brinco. Luego osciló y se quedó quieto otra vez. La señorita Theobald miró asombrada a *Mademoiselle*, que lanzó otro grito. Las niñas se desternillaban de risa.

La señorita Theobald alzó el plato y apartó el mantel. Allí debajo apareció el pequeño globo sujeto al tubo de goma que iba hasta el sitio de Bobby. A *Mademoiselle* casi se le salen los ojos de las órbitas cuando lo vio.

—*Mademoiselle*, creo que una de las niñas le está gastando una broma —dijo la señorita Theobald—. Dejaré que usted arregle este asunto. Me atrevo a asegurar que Bobby sabe cómo se hace.

Las niñas dejaron de reír para ver cómo la señorita Theobald volvía a su sitio. Luego miraron a *Mademoiselle*, que tenía los ojos fijos en la pobre Bobby.

—¿Qué es este truco horrible? —preguntó en voz alta.

Bobby se lo explicó mientras la profesora escuchaba con toda atención. Cogió todo el aparato para examinarlo. Luego colocó de nuevo el mantel en su sitio y comenzó a comerse el pudding mientras miraba el artilugio con sus ojos de azabache.

Las niñas estaban nerviosas. ¿Estaría realmente ofendida, furiosa acaso? El truco era de lo más inofensivo. Terminado el postre permanecieron muy calladas.

De pronto *Mademoiselle* echó la cabeza hacia atrás e hizo un ruido extraño, todas la miraron sorprendidas. ¡*Mademoiselle* reía a carcajadas! Se reía tanto que las de segundo, aliviadas, no pudieron por menos que reír con ella.

—Ha sido un buen truco —dijo la profesora al fin, al secarse los ojos—. Sí, un buen truco. Mi hermana va a llorar de risa cuando se lo cuente. ¡Cuándo pienso en el plato saltando de esa manera! ¡Ah, c'est magnifique!

—Si quiere, se lo dejaré —dijo Janet—. Es de mi hermano. Puede usted gastarle una broma a su hermana. *Mademoiselle* la miró encantada.

—¡Qué buena idea! —exclamó radiante—. Eso la animará mucho. Debes enseñarme cómo funciona este aparato.

La señorita Theobald sonrió al salir del comedor. La verdad es que había sido divertido. Qué suerte que *Mademoiselle* se lo tomara por el lado bueno, como siempre solía hacer. ¡Pobre *Mademoiselle*, los cientos de bromas que le habían gastado las niñas durante los años que llevaba en Santa Clara! ¡Nunca aprendería a desconfiar!

—¡Maravilloso! —dijo Janet cuando las de segundo estaban en la sala común discutiendo el asunto—. Sencillamente superior. Bobby, lo hiciste muy bien. Yo creía que iba a morirme de tanto aguantar la risa. ¡Oh, Dios mío, cuando pienso en el plato bailando y en la cara horrorizada de *Mademoiselle*, me entran ganas de reír otra vez!

Todas se divertían, y Gladys, que había visto muy pocos trucos como aquél en su vida, reía tanto como cualquiera. Olvidó su problema durante un rato, y Mirabel se alegró al ver su rostro sonriente mientras escuchaba los comentarios.

Al día siguiente, *Mademoiselle* repartió el examen de francés. Era mucho más fácil de lo que las chicas habían temido y todas lanzaron un suspiro de alivio. ¡Incluso Doris esperaba conseguir la puntuación suficiente para aprobar!

Durante el examen, cuando todo estaba en silencio, alguien pasó por debajo de la ventana en bicicleta como una exhalación. Mirabel alzó la cabeza. ¡Era el chico de los telegramas! Miró a Gladys, que también le había visto. Estaba muy pálida, se

preguntaba si aquel telegrama sería portador de malas noticias.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y entró una doncella.

—Por favor, ¿podría ir la señorita Gladys Hillman al despacho de la señorita Theobald? —dijo.

Gladys se puso en pie, las piernas le temblaban. Estaba segura de que en aquel telegrama le comunicaban la muerte de su madre. Salió de la clase caminando como en sueños, Mirabel la miraba con tristeza. También ella temía lo peor.

¡Pero a los dos minutos Gladys había vuelto! La puerta se abrió de par en par y la niña entró con el rostro radiante y los ojos resplandecientes, y se fue directa hacia Mirabel.

—¡Mirabel! ¡Han operado a mamá y ha sido un completo éxito! ¡Se pondrá buena! ¡Voy a verla pronto, durante una hora! ¡Tal vez la semana que viene, Mirabel! ¿No es maravilloso?

Mirabel estaba tan contenta como si se tratase de su propia madre. Se olvidó de la clase y rodeó con su brazo a su feliz compañera.

—¡Oh, Gladys! —exclamó—. ¡Es maravilloso! ¡Cuánto me alegro!

—¡Hurra! —gritó Bobby, encantada como todas—. ¡Bien por Gladys!

—Yo también me alegro —dijo *Mademoiselle*, que olvidó el examen como por encanto—. ¡Qué sorpresa para ti! ¡Ahora podrás sonreír de nuevo!

Gladys miró a su alrededor y recordó de pronto dónde estaba. Lo había olvidado todo por un momento, excepto que debía decírselo a Mirabel, su amiga. Volvió a su sitio tan feliz, que creyó que iba a llorar de dicha en cualquier momento.

—Ahora debéis volver a concentraros en vuestros exámenes —dijo *Mademoiselle* en tono amable—. ¡Gladys, es el momento de hacer un examen estupendo con la ayuda de esa buena noticia!

Todas se alegraron. Sólo faltaban dos días para finalizar el trimestre y estaban contentas de que Gladys tuviera unas expectativas agradables. ¡Fueron todo lo amables que pudieron con ella, incluso Elsa!

Llegó el último día y comenzaron a preparar las maletas. Gladys no pudo evitar sentirse un poco triste al ver que todas se preparaban para ir de vacaciones. Ella debía quedarse en el colegio, pero no importaba, podría ver pronto a su madre. Qué lástima que estuviera tan lejos, le resultaría difícil visitarla más de una vez.

Mientras las chicas de segundo grado hacían el equipaje, apareció la señorita Theobald con una carta en la mano. Acababa de recibirla. Las niñas se pusieron en pie y escucharon.

—Ah, Mirabel —dijo la señorita Theobald con su voz clara—. Acabo de recibir una carta de tu madre. Dice que, si yo te doy mi permiso, puedes invitar a Gladys a tu casa para pasar las vacaciones. Así ella podrá ir a ver a su madre dos veces por semana desde tu casa, que no está muy lejos del hospital.

Mirabel lanzó un grito de alegría y Gladys se puso como la grana.

—¡Señorita Theobald! ¡Qué maravilla! ¿Verdad que mamá es un encanto? ¿Permitiría que Gladys viniera conmigo?

—Claro que sí —respondió la directora, que sonreía a la asombrada y radiante Gladys—. Pero tendrá que hacer el equipaje muy deprisa. ¡Gladys, apresúrate para estar lista cuando llegue el autocar del colegio!

¡Lista! ¡Claro que estaría lista! Ayudada por todas, Gladys volaba de un lado a otro, lo recogió todo con el corazón rebosante de alegría. ¡Iría a casa de Mirabel conocería a la hermana y al hermano de su amiga, y visitaría a su madre dos veces por semana! ¡Qué suerte!

«*Y si no hubiera hecho frente a Mirabel aquella vez, consiguiendo que cambiara de opinión y se quedara, nada de esto hubiera ocurrido!* —pensó la niña mientras recogía sus jerséis—. *¡Eso demuestra que hay que tener el valor de ir directamente al asunto! ¡Oh, es demasiado bueno para ser verdad!*».

Pero era cierto y Gladys se fue en el autocar del colegio al lado de Mirabel, cantando con las otras camino de la estación. Alison le dio una palmada en la espalda.

—¡Felices vacaciones, Gladys! —le dijo.

—Igualmente —replicó Gladys.

«*Alison ha cambiado. No es tan tonta —pensó Gladys—. Ahora me gusta más. ¡Ahora me gusta mucho más la gente, pero Mirabel más que nadie!*».

—¡Adiós a todas! —gritaron las mellizas—. ¡Felices Navidades y próspero Año Nuevo, cuando lleguen!

—¡Adiós! ¡No comas demasiados pasteles, Anna!

—¡Adiós, Elsa! ¡Felices vacaciones!

—¡Adiós, Bobby! Inventa algunos trucos más. ¿Te acuerdas de la cara de *Mademoiselle* cuando saltó el plato?

—Adiós, Hilary. Nos veremos el próximo trimestre. ¡Me alegra saber que volverás para ser nuestra delegada de clase!

—¡Adiós a todas! ¡Adiós!

Notas

[1]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<